





INVISIBLE, S/A

JEAN-GASTON VANDEL

GRAN PREMIO FRANCÉS de NOVELA FANTASIA CIENTÍFICA



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



INVISIBLE S.A.

Jean Gaston Vandel

Título de la obra en inglés: Bureau de L'invisible
Traducción de Fernando Sesén
Primera edición: Agosto 1962

I

El crepúsculo empezaba a caer sobre Londres» pero la disminución de la luz diurna no era todavía suficiente como para disparar el alumbrado automático de la ciudad. La cúpula de la catedral de San Pablo, sobrepasando apenas los edificios de aparcamiento erigidos en sus alrededores, se coloreaba con un hermoso tinte anaranjado bajo los últimos rayos del sol poniente. Reflejos sangrantes bailoteaban sobre el Támesis, donde la intensa actividad cotidiana disminuía progresivamente.

Perdida entre la multitud que deambulaba por Oxford Street, Joan Melrose caminaba a paso vivo. De unos cuarenta años, había conservado la silueta esbelta de una joven de veinte, pero las cremas de belleza no habían podido borrar de su rostro las alteraciones que dejaron impresas en él las penalidades y las inquietudes. Y, hoy en particular, una nueva angustia crispaba sus rasgos.

A pesar de la indecisión que la torturaba, Joan continuaba avanzando hacia Baker Street. Por décima vez se preguntó a sí misma sobre la oportunidad del paso que iba a dar, pero incapaz de discernir una elección mejor, prosiguió su ruta como si alguien la empujase por la espalda. Trató de dominar sus nervios, de no dejar transparentar su estado febril, temiendo obscuramente encontrarse de improvisto a una persona conocida.

Después de tomar una bifurcación y entrar en Baker Street, subió por aquella vía animadísima que los escaparates iluminados inundaban de claridad. Quizá Jim se lo reprochase con dureza, más tarde, le reprocharía haber seguido este impulso, ¿pero qué diría si Marjorie moría sin que se hubiese hecho nada por avisarle?

Reprimiendo un suspiro que le subía hasta la garganta, con los ojos bajos y las pupilas húmedas, Joan midió una vez más su inmensa soledad. Si Jim hubiese sido otro hombre... Y además, a pesar de eso, le amaba, no podía evitar amarle, tal como era, con sus terribles defectos, su carácter inflexible y sus sempiternas audacias. Nunca, nunca, había tenido el mínimo consuelo de poderse confiar a alguien, de libertar su corazón del peso que le oprimía. Pero ahora, estaba firmemente decidida a quebrantar las reglas que Jim le impuso después de su matrimonio... seis años antes.

Atravesando la calle, Joan Melrose entró en Crawford Street y, al cabo de algunos pasos, tuvo la impresión de estar muy lejos del centro de Londres.

Se encontraba sola, ninguna otra persona la obstaculizaba en aquella vía secundaria, bordeada de pequeños inmuebles burgueses con ventanas cuidadosamente cerradas. Cada una de estas casas parecía abrigar un secreto; sus fachadas idénticas reforzaban el anonimato, una obscuridad relativa acentuaba el aspecto misterioso.

Joan reprimió un escalofrío. Súbitamente tuvo ganas de huir, de renunciar a su proyecto. Se detuvo al borde de la acera, esforzándose en

calmar los precipitados latidos de su corazón y de sobreponerse a su desánimo.

Era el número 28, a una veintena de metros, el lugar hacia el que se dirigía. Era preciso que se decidiera... Su ausencia no se podía prolongar, Marjorie necesitaba a su madre. Cada minuto que pasaba se restaba inexorablemente a los dos o tres días que la niña tenía todavía de vida.

Con los dientes apretados, Joan se decidió a avanzar. En algunos segundos llegó a la casa indicada por el anuncio. Sin perder tiempo en reflexionar subió los dos pequeños tramos de escalera y oprimió el botón del timbre. La puerta se abrió al instante.

Delante de la visitante apareció un corredor desnudo, pintado en gris obscuro, difusamente iluminado y sobre el que no se abría más que una puerta, la del fondo. Una voz gangosa articuló:

—Entre, se lo ruego. La sala de recepción está directamente delante de usted.

Sin saber por qué, Joan esperaba una recepción de este género. Las palabras habían sido pronunciadas por un altavoz disimulado, era inútil responder, si uno no se conformaba a la invitación. Más segura de sí misma, al darse cuenta de que la suerte estaba echada, Joan franqueó el umbral y entró dentro del vestíbulo.

Un silencio notable reinaba en esta casa; los pasos de la visitante no hicieron el menor ruido porque una alfombra de esponja de plástico absorbía hasta las más íntimas pisadas.

La puerta del fondo se abrió con un movimiento regular, mientras se volvía a cerrar la de entrada. Joan tuvo un ligero movimiento de retroceso cuando apercibió a un hombre sentado, en una actitud rígida, ante una mesa de ébano colocada en el centro de la estancia. Una luz incolora muy atenuada daba una claridad igual a los muros sin ventanas, al techo y al suelo. Todas las paredes del local tenían el mismo tono gris sombrío que parecía verdaderamente inimitable. La desnudez de aquel escritorio singular hubiese estado completa si, además de su ocupante, un sillón bajo no hubiera estado puesto en la estancia dando una mala nota de confort.

Sin hacer el menor gesto, el hombre habló.

—Tenga la bondad de sentarse, señora, y exponerme el motivo de su visita.

El timbre de su voz era tan poco expresivo como su rostro. Tenía los ojos pardos, frente despejada, rebordeada por un cabello suave y ondulado, nariz regular y su mentón en punta servían para dar una figura humana sin originalidad, pero la fijeza un poco ausente de su mirada y sus rasgos inciertos le concedían sin embargo una especie de autoridad misteriosa. Sentándose, Joan se preguntó si su interlocutor era un individuo excepcional o un charlatán hábil; el hálito de confianza que tuvo al entrar en la casa se había ya desvanecido.

—Cálmese y reúna sus ideas —murmuró Spencer Kerrick, director de

«Invisible, S. A.», para quien Joan Melrose era la primera cliente.

La visitante levantó sus ojos fatigados hacia el hombre y sonrió penosamente. Cualesquiera que fuesen sus posibilidades o sus intenciones, aquel desconocido era un ser humano, un ser ansioso de escucharla y capaz, quizá, de acudir en su ayuda.

—No sé si el caso que yo quiero presentarle está dentro de su línea de negocios —comentó Joan dubitativa—. El texto de su anuncio no era muy claro y...

Hizo una pausa. Spencer Kerrick declaró:

—Podemos intervenir eficazmente en todos los casos donde los servicios tradicionales de ayuda se muestran impotentes. Sólo dos reglas limitan el campo de nuestra actividad; no dispensamos cuidados médicos y tampoco hacemos nada que vaya en contra de las leyes.

Estas frases sin entonación, articuladas serenamente, llevaban una extraña fuerza de persuasión. La absoluta inmovilidad de Kerrick, que ni siquiera movía una ceja, el silencio extraordinario que reinaba en la pieza cuando se callaba una de las voces, el tono uniforme de los muros y la cualidad especial de la luz, contribuía en todo a incitar a Joan a salir de su mutismo.

—Me llamo Joan Melrose —dijo ella con una voz pastosa—. Vivo en Theobald Road, número 165. Soy madre de una niña de ocho años que los médicos dan por perdida. Quisiera avisar a mi marido de que nuestra hija no tiene más que dos o tres días de vida, pero ignoro dónde se encuentra en este momento...

Spencer Kerrick respondió con cierto retraso, después de haber bajado los párpados durante dos segundos:

—¿Por qué no recurre usted a la policía? Estaría en condiciones de hacer difundir una llamada por radio.

Joan evitó la mirada nebulosa que Kerrick fijó sobre ella.

—No puedo recurrir a la policía, ni a ningún servicio oficial. Mi marido es un agente de información, y por lo tanto sus superiores no saben dónde se encuentra en este momento. Además, viaja bajo identidad falsa, una identidad que no me ha sido comunicada.

Al anunciar el problema que la atormentaba, Joan se dio cuenta súbitamente de que reclamaba de su interlocutor un socorro casi milagroso.

—Yo... pagaría lo que fuera preciso —añadió con precipitación—, porque es preciso que sepa...

Spencer Kerrick no pareció sorprenderse en absoluto por el carácter insólito de aquella solicitud. Se quedó reflexionando los medios que tendría que poner en movimiento para hacer saber a un hombre que llevaba una existencia clandestina en alguna parte del mundo, que su presencia en Londres era requerida con el menor retraso posible.

—¿Tiene usted alguna foto de su marido? —preguntó—. Me sería preciso también un objeto que le pertenezca.

Joan Melrose abrió su bolso, comprobó rápidamente el contenido. Inclinó la cabeza sobre las diversas bolsitas y departamentos interiores, mientras que Kerrick la examinaba de los pies a la cabeza.

El primer cliente de «Invisible, S. A.» venía a solicitar una ayuda que entraba «exactamente» en el cuadro de las actividades posibles de la agencia. Ningún otro organismo privado hubiese podido resolver un problema de aquel género, por lo menos en tiempo útil. Spencer se felicitó a sí mismo por haber montado tal organización puesta exclusivamente al servicio de los particulares. Su equipo no tardaría mucho en ganar dinero en abundancia, sin infringir la ley sin publicidad estruendosa.

Joan se levantó para entregar a Kerrick una fotografía en colores donde estaba con su esposo delante de una cascada de las Highlands. La instantánea era buena, se distinguían bastante bien los rasgos de las dos personas. Joan depositó sobre la mesa una alianza de platino, además.

—Mi marido la llevaba al principio —explicó—. Ahora no lleva nada consigo que pueda permitir su identificación... Y como verá usted nuestros nombres están grabados en el interior de este anillo.

Kerrick abandonó por fin su inmovilidad granítica. Sus manos, que había tenido planas delante de él desde el principio de la entrevista, se animaron con una velocidad extraordinaria para coger la foto y la alianza; jugaron un instante con la joya y con la instantánea.

—Esto será suficiente —dijo por fin, con aire soñador—. En resumen, usted desea que su marido se reintegre al domicilio conyugal por el medio más rápido. ¿Nada más?

—Hay una condición, que puede llegar dentro de un margen de cuarenta y ocho horas —precisó Joan con una expresión dolorosa—. Lo esencial es informarle que Marjorie se muere: El mismo decidirá si debe venir o no.

Sabía muy bien que Jim no dejaría pasar el tiempo y que tampoco una súplica imperativa haría efecto alguno si estimaba que el viaje comportaba inconvenientes demasiado graves.

Kerrick depositó sobre la mesa las dos reliquias que estuvo manipulando.

—Debo pedirla un anticipo de cincuenta libras —declaró con su tono uniforme—. Deme su número de teléfono y, antes de dos horas, le haré saber si se puede llegar a un resultado positivo.

Joan, algo sofocada por la importancia de la suma que se le reclamaba, sacó de su bolso un fajo de billetes. Pero, en una circunstancia como aquella, el dinero no tenía ningún valor. Dio su número de teléfono y entregó las cincuenta libras, después dijo a media voz:

—Presumo que está usted bajo el secreto profesional y que una discreción absoluta cubre sus intervenciones, ¿verdad?

Spencer Kerrick hizo un signo de asentimiento, después añadió:

—Las solicitudes de nuestros clientes no son ni siquiera registradas,

únicamente tomamos nota de su nombre y dirección. Ha debido usted de darse cuenta —añadió señalando la superficie perfectamente vacía de la mesa de ébano—. Aquí todo se toma de memoria, y después se olvida cuando el caso se ha solucionado.

No se levantó para acompañar a su visitante.

De pie, Joan experimentó una cierta relajación y, también, una indecisión provocada por el rápido fin de la entrevista. Su interlocutor, que no le había hecho ninguna pregunta concerniente a la personalidad de Jim, tampoco se había molestado en preguntar cuál era la última vez que estuvo su marido en su domicilio, si había dejado alguna señal susceptible de proporcionar un comienzo de pista, o si su misión presentaba una naturaleza particular capaz de facilitar la identificación. ¿Cómo entonces aquella agencia iba a procurarse los medios de alcanzar a Jim urgentemente?

—Hasta la vista, señora Melrose —dijo Kerrick—. No salga usted de casa hasta tener noticias mías.

Joan se dirigió hacia la puerta que, girando lentamente sobre sus goznes, le dejó paso.

Cuando la visitante hubo llegado a la calle y después que la segunda puerta se cerrase tras ella, Spencer se levantó, llevando la foto y la alianza asidas en su mano izquierda. Apartando el pesado sillón con el talón de su zapato, se dirigió hacia el ángulo de la pieza. Un panel se deslizó lateralmente, dejando abierto un acceso hacia otras localidades del inmueble.

* * *

Inclinada sobre la camita, Joan contemplaba Ja carita enflaquecida, de una palidez diáfana, de Marjorie. La niña dormía con un sueño demasiado apacible, un sueño sobre el cual no vacilaba más que una minúscula llamita de vida.

Con el corazón destrozado, Joan espiaba el progreso de aquel mal espantoso que la medicina se encontraba impotente de atajar y cuyos estragos aumentaban notablemente después de algunos años. La aparición de los primeros síntomas ya suponía una condena; el fin sobrevenía de ordinario al sexto día, a pesar de todos los cuidados con que se atendiese a las pequeñas víctimas. ¿Por qué la muerte segaba las vidas de irnos y respetaba las de otros? Este pensamiento torturaba sin cesar a Joan, la indignaba contra una suerte esquiva cuyas decisiones no tenían apelación.

Postrada, sin pensar nada más que en la gestión que había hecho en Crawford Street, la madre estaba abrumada por su tristeza. Por lo tanto se estremeció de pies a cabeza cuando el timbre de la puerta del apartamiento sonó. No esperaba a nadie; el doctor tenía que venir durante el curso de la mañana.

Joan se incorporó, rectificó de una manera maquinal la ordenación de la ropa y apretó el botón de la telepantalla para ver quién llamaba a su casa a las

ocho de la tarde. La pequeña superficie vítrea se hizo borrosa, después mostró las cabezas de dos hombres. Uno era Spencer Kerrick, el otro un desconocido de cabeza cuadrada, con facciones de luchador.

Las ideas bruscamente despertadas de un retorno eventual de Jim se apoderaron de Joan que fue a abrir e introdujo a los dos visitantes en un salón amueblado con lujo refinado.

—He creído preferible venir a verla para darle los primeros resultados de nuestras investigaciones —dijo Kerrick—. ¿Está usted bien segura de que quiere que sigamos con la misión que nos ha encomendado?

Joan fijó sucesivamente la vista en Kerrick y su compañero, que le fue presentado entonces en los siguientes términos:

—Wilfrid Kertch, uno de mis colaboradores...

El llamado Kertch inclinó el busto sin pronunciar palabra. Podría tener unos cincuenta años; su impresionante construcción física y el brillo metálico de sus ojos le hacían parecerse más a un detective que a un hombre de ciencia.

—¿Y por qué iba yo a cambiar de opinión? —preguntó Joan con un tono ligeramente duro.

—Porque, después de haber cedido al impulso de sus sentimientos, es posible que al poder reflexionar después y pensar las posibles consecuencias perniciosas que podrían resultar de nuestra intervención, haya pensado mejor dejar las cosas tal como están.

Kerrick se expresaba con una voz igual, neutra, como si se dedicara a un simple juego de suposiciones. Pero Joan adivinó que tenía un motivo preciso para sugerir el abandono del asunto.

—No le comprendo —mintió ella con deliberación—. Mi marido debe ser avisado, deseo que vuelva.

Spencer Kerrick inclinó la cabeza, cambió una mirada con Kertch. El último se volvió un instante hacia la habitación en donde dormía Marjorie, después se alzó de hombros con gesto fatalista.

—Entendido, señora de Melrose, haremos lo que sea preciso —dijo Spencer—, pero necesitaba declinar nuestra responsabilidad. Siento tener que pedirle un suplemento de cien libras esterlinas...

Joan se sobresaltó al oír la cifra. Sus dedos se entrelazaron nerviosos, una palidez extraña apareció en sus pupilas.

—Su precio me parece exorbitante —pudo articular con la boca seca—. No tengo grandes medios de vida y...

Kerrick levantó la mano para interrumpirla.

—A cambio de esas ciento cincuenta libras, la rendiremos un servicio inestimable, señor de Melrose —murmuró—. Pero hará usted mejor contándonos toda la verdad.

II

Joan temió súbitamente haber caído en las garras de una banda de estafadores; porque su razón rehusaba admitir que en menos de dos horas aquellos individuos hubieran podido solucionar un enigma tras el que la policía luchara después durante varios meses. A pesar de su azoramiento, trató de seguir la corriente.

—Ya les he dicho la verdad —dijo—. Ignoro dónde se encuentra Jim, es indispensable que...

—De acuerdo —opinó Kerrick—, el estado crítico de su hija no es la única razón. Su marido no es ningún agente de información, es un fugitivo de la justicia; recientemente ha cometido un robo que le ha proporcionado cincuenta mil libras. Hasta ahora la policía no ha podido reunir las suficientes pruebas para acusarle y conseguir un mandato de arresto. Hay pocas oportunidades de que lo consigan, aunque de todos modos el terreno está bastante peligroso para que su esposo aparezca por aquí dentro de unas semanas. He ahí lo que la ha decidido a usted a hacerle prevenir ya que tiene usted intención de comunicarle detalles suplementarios nada más esté a su lado...

Joan hundió la cara entre las manos, su espalda se vio sacudida por pesados sollozos. Kertch se aproximó hasta ella, le puso la mano en el hombro y le dijo con voz sorda:

—Sabemos también que usted no se ha mezclado en nada ilegal, en ninguno de los delitos que ha cometido su marido y que atraviesa usted por un mal momento, señora de Melrose. Es por eso por lo que deseamos proporcionarle una ayuda que se salga un poco del margen que usted nos tiene asignados. Yo la puedo certificar que Jim estará cerca de usted mañana poco después del mediodía. Correrá cierto riesgo al reaparecer en Gran Bretaña, pero sus penas tocan a su fin. Si una gran desgracia va a producirse, será la última. Después, usted conocerá una vida menos desordenada y sus sueños anteriores encontrarán realidad.

¿Fue el efecto de las palabras o del contacto físico que había establecido Kertch? Joan se sintió un poco aliviada de su pena, su respiración se hizo regular, un relajamiento de todos sus músculos la procuró un bienestar análogo al que provocaría un ligero anestésico.

Cesó de llorar y volvió a tomar plena posesión de sí misma. Ni por un instante se le ocurrió que su interlocutor la estuviera prodigando consuelos fútiles. Ella tenía la convicción profunda de que la acababa de decir la verdad.

—Se lo agradezco —dijo ella, suspirando, secándose los ojos—. La presencia de ustedes me ha hecho bien; comprendo que puedo confiar en los dos. ¿Pero cómo han podido averiguar dónde se oculta mi marido?

Kerrick, con las manos en los bolsillos, emitió una curiosa sonrisa, muy

sutil además.

—Jamás divulgamos nuestros métodos, señora de Melrose. «Invisible, S. A.» trabajaba según técnicas ultramodernas que constituyen un monopolio y que ha de conservar por todos los medios.

Kertch se había apartado de Joan. Con aire ausente parecía desinteresarse de la continuación de la entrevista. Con las pupilas bajas se dedicaba a contemplar la alfombra.

—Y bien, señores, no me resta nada más que pagar la factura —dijo Joan—. Perdónenme un par de segundos...

Salió de la estancia con un paso ligero, como si toda su fatiga acumulada por varias noches de vela se hubiese disipado por obra de magia.

Una vez solos, los dos hombres no se movieron en absoluto. Spencer se contentó con pasear los ojos por los cuadros colgados de las paredes, mientras que Kertch continuaba confinado en su meditación.

Cuando regresó Joan reprimió un suspiro antes de entregar a Kerrick los diez billetes de a diez libras.

—Sería lo más lógico —observó la mujer—, que les pagara sus honorarios después del regreso de Jim. ¿Qué recurso me quedará si, por cualquier razón, mi marido no vuelve?

—Ninguno —precisó Spencer—. Nosotros podemos garantizarle que su marido recibirá el aviso, pero declinamos toda responsabilidad en cuanto a los incidentes que pueda jalonar su viaje...

Después de un silencio, añadió:

—Estese tranquila, señora de Melrose. No tardará en felicitarse por haber recurrido a nosotros.

Con un breve gesto de la cabeza, los dos hombres se dieron la vuelta y salieron del apartamiento.

* * *

En la terraza de la villa que había alquilado en Montecarlo, Jim Melrose se fumaba el último cigarrillo antes de meterse en la cama. Gozaba plenamente de la admirable vista que se le ofrecía ante sus ojos y hubiese gozado más si algunas preocupaciones de orden privado no hubiesen despertado una pizca de inquietud en un rincón de su alma.

Sin noticias de Joan y Marjorie después de seis semanas, dudaba en darlas un signo de vida. El correo de los Melrose debía estar vigilado, la menor imprudencia podría atraer sobre él la atención de los detectives. Tenía la impresión de que el dinero estaba en lugar seguro, juiciosamente repartido en las cajas fuertes de varios bancos suizos, franceses y monegascos, y que la posibilidad de dejarse prender había disminuido notablemente, pero a Jim no le gustaba la soledad. Como no subestimaba la perspicacia de los sabuesos de Scotland Yard, prefería seguir oculto todavía unos cuantos meses, sometido a un aislamiento poco agradable, cierto, pero indispensable para su seguridad.

Sintiendo cómo le vencía el sueño, Jim se estiró perezosamente. Aquel clima del sur de Francia no valía nada para un hombre de acción; el individuo más combativo acababa por perder el gusto de la lucha, de emprender cualquier cosa. Jim, que desconfiaba de todo cuanto pudiera disminuir sus facultades, se preguntó si no sería mejor irse hacia el Norte y encontrar un clima más vivificador. Acarició esa idea con complacencia; un viaje tal borraría todavía más su pista, al mismo tiempo que le acercaría a las Islas Británicas.

Se prometió examinar la cuestión al día siguiente y franqueó el umbral de la terraza que conducía a su dormitorio. Después de su última hazaña, un golpe tan perfectamente llevado a cabo, podía imaginarse por anticipado una existencia cómoda para él y para su familia. También podría poner término a su carrera de malhechor si su temperamento no le inclinaba a probar suerte desafiando a la sociedad.

Jim se tendió sobre la cama, apagó el cigarrillo en el cenicero y cerró los ojos. En la rada, un petrolero a punto de zarpar inició tres largos mugidos con su sirena antes de lanzarse a su crucero transatlántico. La música lejana de un cabaret arrulló con sus acordes los últimos pensamientos de Jim, que se hundió dulcemente en el sueño mientras intentaba recordar el rostro de Marjorie. Una hora más tarde, cuando las luces de la villa comenzaban a apagarse, roncaba a pierna suelta.

Al correr la noche se agitó varias veces en la cama; efectuó asimismo gestos bruscos como si estuviese padeciendo una pesadilla, musitando al mismo tiempo palabras ininteligibles.

A las seis de la mañana se despertó. El alba blanqueaba ya el cielo, el frescor matinal cayó sobre la piel de Jim como un trapo mojado. Tuvo primero la tentación de taparse con la sábana rechazada en la víspera, pero bruscamente se enderezó, con el ceño fruncido. Una idea imprevista ocupaba su espíritu: Tenía que volver a Londres; no tenía tiempo que perder.

Saltó de la cama para proceder inmediatamente a su aseo personal. No tuvo ninguna necesidad de consultar ninguna guía para saber que el avión directo Mónaco-Londres partía a las catorce horas cero ocho. Si quería que le reservasen una plaza era preciso que lo hiciera antes de las diez de la mañana.

Con una prisa poco acostumbrada, Melrose se arregló, tragó el desayuno que le servían, por abono semanal, todos los días a las siete. Reduciendo su equipaje hasta lo mínimo, puesto que tenía intención de volver a Montecarlo lo más de prisa posible, Jim no cogió más que un maletín pequeño, metiendo dentro de él dos trajes inarrugables, un impermeable de plástico y un comunicador de bolsillo regulado en la longitud de su teléfono de Theobald Road. Antes de entrar en su domicilio, se pondría en contacto por lo menos con Joan, por mera precaución.

Una vez hubo acabado sus preparativos se dirigió a las oficinas de la «Regional Stratolines», donde obtuvo billete sin dificultad. Se sometió a los controles policíacos sin el menos temor, sabiendo que su falsa identidad era

una garantía suficientemente segura como para que no le descubriesen. Se le entregó un papel «Bono de embarque» para depositar en la máquina de control situada a la entrada del aparato; después, no le quedó más que devanarse los sesos para pensar cómo pasaría el tiempo hasta el momento del despegue.

El resto de la mañana transcurrió con una lentitud desesperante y esa espera fue indudablemente para Melrose una de las pruebas más penosas que conoció. La ansiedad que se había apoderado de él desde su despertar se convertía poco a poco en angustia; pero lo que le ponía en un estado de desesperación próximo a la furia era que no podía explicarse las razones de sus agitaciones interiores.

La sensación de estar anclado en Mónaco hasta el despegue del avión le producía una intensa tortura. Quería partir, abandonar aquellos parajes, volver a Inglaterra costara lo que costara. Si no hubiese escuchado más que su deseo, se habría echado a correr por toda la ruta costera, hasta Villefranche, hasta Niza, con la pura esperanza de hallar por el camino otro medio de locomoción capaz de llevarle hasta Londres. El carácter completamente irrazonable de sus suposiciones era evidente para él, pero tampoco podía substraerse a la terrible atracción que aquéllas ejercían en su espíritu.

Los minutos precedentes al vuelo del avión fueron un verdadero calvario. Jim Melrose, en el colmo de la excitación, hubiera tomado en persona los mandos de la aeronave si ésta poseyera puesto de pilotaje. En todo caso habría apresurado a los otros pasajeros y a los técnicos encargados de la teledirección para que activasen la partida.

Su suplicio acabó de una manera casi instantánea cuando el aparato comenzó un movimiento ascendente bajo el impulso de sus reactores verticales. El peso que oprimía a Jim desapareció como por encanto, pero él, cuya condición física había sido siempre excelente, atribuyó los síntomas abrumadores del despegue a una turbación profunda de su sistema nervioso; tanto es así que se prometió consultar a un médico a la menor brevedad.

Comprobó sin embargo que la aceleración notable del aparato no le influenciaba en absoluto; su perplejidad creció todavía más cuando una hora más tarde, el aparato perdió velocidad y altitud para posarse sobre la plataforma número seis del aeropuerto de Londres. Varios pasajeros se sentían incómodos por esta caída calculada, mientras que Melrose no había experimentado el menor malestar.

Es más, desde que el avión quedó inmóvil en la zona de aterrizaje, sintió Jim el deseo irreprimible de lanzarse hacia su casa. Las formalidades de entrada le fueron insoportables, teniendo que hacer acopio de todos sus resortes morales para dominarse.

En vez de esperar el transporte colectivo al centro de la ciudad, saltó a un helitaxi y exigió al piloto que le llevase lo más pronto posible al aparcamiento de Saint Paul. Del helitaxi pasó a un taxi terrestre, el cual, bajando en espiral por la rampa, llegó al nivel de la calle y se encaminó hacia

Theobald Road.

Desde el vehículo, Jim llamó a Joan por medio de su microradiófono. Nada más iluminarse la esferita azul, indicando que se había establecido comunicación, preguntó con una voz ronca:

—¿Eres tú, Joan? Aquí Edward...

El minúsculo altavoz que tenía cerca de su oreja vibró también.

—¡Santo cielo! ¡El! ¿Dónde estás?

—No lejos de tu casa... ¿Puedes recibirme?

—Sí... No hay nadie.

—En seguida llego.

Tenía vía libre, la policía no le atraparía cuando entrase en su casa... Jim emitió un profundo suspiro de alivio; de todos modos, si Joan no le hubiera puesto en guardia contra cualquier imprevisto, no habría podido evitar correr a su apartamiento, de eso estaba seguro.

Eran las cuatro menos cuarto cuando Melrose penetró en el vestíbulo de su casa. Joan se lanzó a sus brazos, trastornada, incrédula, a la vez que dichosa y desesperada.

—¡Oh, Jim! —sollozó—. Estaba segura de que sería «esto» lo que te haría volver...

Melrose, que abrazaba con ardor a su esposa, se separó de ella y preguntó crispado:

—¿Qué quieres decir?

Joan le miró a los ojos.

—Pues... —comenzó—, ¿sabes bien por qué te he llamado con tanta urgencia?

Jim mostrose cada vez más asombrado.

¿Qué me has llamado? Pero si no sabías dónde...

Un silencio de plomo gravitó sobre ellos. En alguna parte había un mal entendido, o una increíble coincidencia. Para Joan, en todo caso, una sola cosa contaba: Jim estaba allí. Poco importaba cómo había podido venir. Quizá era mejor que lo ignorase.

Pasándose la mano por la frente, dijo Joan con una voz desmayada:

—Perdóname, Jim. Creo que me vuelvo loca... Marjorie se muere...

Su marido le rechazó con un gesto instintivo para lanzarse hacia el cuarto de la niña. Estaba pálido y sus rasgos se contrajeron cuando divisó el cuerpo casi yerto de su hijita. Se arrodilló despacio delante de la cama, mientras que Joan se le acercaba poniéndole la mano en el hombro. Abrumado, el padre le preguntó con un suspiro:

—¿Desde cuándo está...?

—Desde hace cinco días, Jim.

Joan acababa de hablar con un tono extrañamente tranquilo, lleno de resignación. Y él no se dio cuenta. Agitó varias veces la cabeza, de una manera maquinal. La justicia de los humanos no había podido hacerle entrar en vereda, pero un castigo más cruel le abrumaba en el presente, precisamente

en su punto más vulnerable. La idea de que aquella inocente criatura pagase quizá el precio de sus propias faltas, le sacudió como un terrible puñetazo.

—Que viva o que muera —decidió por último, con los labios secos—, juro conducirme de ahora en adelante como un hombre honrado.

* * *

En el número 28 de Crawford Street, Spencer Kerrick y Wilfrid Kertch estaban sentados en compañía de otras tres personas .alrededor de una mujer de relativa edad que, a largos intervalos, pronunciaba retazos de frases. La decoración de la estancia era idéntica a la que había visto Joan Melrose, pero la obscuridad era todavía más densa que cuando su visita.

—Despierta, Úrsula —ordenó Kertch.

Después, casi sin comprobar si la mujer salía de su sueño hipnótico, se dirigió a la secretaria de «Invisible, S. A.», Cecilia Bell.

—Vea usted... Las indicaciones de la señora Holmes concuerdan muy bien con las de nuestro amigo Chañar, que recoge sus informaciones por un método fundamentalmente diferente. Las dos técnicas se reúnen aquí, bajo el ángulo del resultado. Este primer negocio muestra una maravilla de lo que el señor Kerrick le ha enseñado hasta ponerla al corriente.

Cecilia, una linda morenita de veintiocho años, vestida a la última moda, hizo un guiño divertido y reconoció:

—Efectivamente, tienen ustedes cosas sorprendentes, pero es duro creer que puedan tener éxito, dar en el blanco en cada caso. Por otra parte, me pregunto todavía por qué, además de mi contratación, me han exigido doctorado en ciencias... Todo esto sale evidentemente del dominio de las ciencias aplicadas; puesto que tiende además de...

Duró al pronunciar la palabra que le había venido a flor de labios. Spencer Kerrick intervino:

—¿Quiere usted decir que tiende hacia la magia? Tranquilícese: Ninguno de nosotros tiene tratos con el señor de las tinieblas. Simplemente hemos racionalizado ciertos métodos, por otra parte muy antiguos, y los hemos elevado hasta el rango de una ciencia exacta. Lo esencial, para usted, no es profundizar en nuestras teorías, sino simplemente discernir en qué ocasiones se puede prometer a un cliente la ayuda de «Invisible, S. A.». La regla es sencilla: Oriente sistemáticamente hacia el médico ,el sacerdote, el detective privado o el abogado a las personas que crean tener necesidad de nosotros y cuyos problemas sean fácilmente resueltos por cualquiera de estos hombres dedicados a una profesión o vocación. He ahí por qué quería que usted estuviera al tanto de las disciplinas científicas existentes: Es necesario que sea capaz de circunscribir nuestro propio dominio.

Nosotros no necesitamos hacer la competencia a los demás...

Cecilia, pensativa, se pellizcó la barbilla. Acababa de debutar ocho horas antes en aquella empresa singular y no podía todavía acostumbrarse a la

extraña atmósfera de la casa. Además de ella misma, cinco personas trabajaban en «Invisible, S. A.», y cada una de ellas parecía pasarse la mayor parte de su tiempo durmiendo. Se hubiera buscado en vano por toda la casa una máquina de escribir, un fichero o un documento administrativo cualquiera. El papel parecía rigurosamente proscrito: Se podía circular por todas las estancias sin ver una revista, un libro o un block de notas. ¿Cómo podían aquellas personas mantener una especie de orden en sus asuntos si éstos tomaban cierta extensión?

Úrsula Holmes, cuyos rasgos se deformaban periódicamente por un tic nervioso en tres tiempos, aprovechó el silencio para exclamar en un tono suplicante:

—Me encuentro agotada, señor Kerrick. ¿Puedo retirarme?

—Sí —contestó Spencer—, pero entrégueme en seguida el tubo de proxitol con el que pensaba drogarse esta tarde.

La figura erguida de Úrsula mostró una mezcla de indignación y de horror.

—¡No tengo de esa droga!—protestó con vehemencia levantándose para alcanzar la puerta.

—Leroy —exclamó Spencer—, ¿dónde la oculta?

Un hombre minúsculo, todavía joven, aunque completamente calvo, dirigió sus ojos sobre Cecilia diciendo con tono destacado:

—Hoy, la ha escondido en su mano izquierda...

—¡Oh! ¡Usted! —fulminó la señora Holmes con el rostro crispado en todos los sentidos por contracciones nerviosas.

—Démela voluntariamente, Úrsula —aconsejó Kerrick con una suavidad equívoca—. Es por su bien, no se olvide...

Cecilia observaba la escena sin parpadear. La misma situación se reproducía casi todas las tardes y siempre Kerrick apelaba a Leroy para obligar a la señora de Holmes a devolverle el producto tóxico del que ella abusaba.

Vencida desde el principio, Ursula sacó de su manga un tubito transparente en el cual temblaban una serie de pastillitas. Con rabia concentrada le lanzó con violencia sobre la mesa, dio media vuelta y se fue sin mirar a nadie. Cecilia sintió una obscura piedad para aquella mujer que, evidentemente, era neurópata.

Después de este incidente, Hamid Chanar, un joven hindú notablemente guapo, con los ojos pardos y muy moreno, sacó la foto y la alianza entregadas la víspera por Joan Melrose y dijo a Kerrick:

—Estos soportes materiales pueden ser devueltos, a menos que uno de ustedes desee utilizarlos todavía...

Paul Leroy y Kertch hicieron un signo negativo. Spencer tomó los dos objetos, los palpó por última vez y después los entregó a la secretaria:

—Envíelos por correo, sin ninguna nota.

Cecilia asintió. Miró el clisé, curiosa por ver la fisonomía de los dos

seres cuyo destino acababa de ser modificado por «Invisible, S. A.» sin que ellos se dieran cuenta.

—¿No puede hacerse nada por la pequeña Marjorie?— preguntó mirando a Kerrick, suplicante.

El aludido sacudió la cabeza lentamente.

—No podemos luchar contra la muerte, señorita Bell...

Reflexionó un instante, después rectificó:

—Por lo menos, no siempre... Eso depende en parte de la voluntad de vivir que resida en un individuo. Marjorie no tenía deseos de vivir.

En aquel momento, el timbre de la puerta de entrada sonó. Cecilia consultó discretamente su reloj, puesto que su trabajo acababa a las siete. Eran las siete menos cuarto...

—Un cliente, sin duda —dijo la secretaria—.

Debo recibirle?

—No —contestó Spencer—. Ya me encargo yo. Espere en la estancia del salón de recepción, con Kertch y Leroy. Usted, Chañar, vaya a proceder a sus ejercicios, ya le veré más tarde.

Treinta segundos después, Spencer estaba senado delante de la mesa de ébano, con las manos llanas sobre la madera y adoptando una inmovilidad estatuaria. Con la rodilla apretó un resorte y la puerta de entrada se abrió articulando el altavoz la frase de ritual.

Poco después, un hombre con apariencia acomodada, vestido con sobria elegancia, penetró en la estancia. Era de unos cincuenta años y con cabellos grises. Su actitud denotaba la prosperidad; tenía los ojos grises, muy movibles, que se fijaron sobre Kerrick y después recorrieron rápidamente los muros y el techo. Visiblemente, el visitante estaba desconcertado por el aspecto insólito del local.

—Tenga la bondad de sentarse —invitó Kerrick.

El hombre obedeció, se apretó las manos y buscó el modo de entrar en materia. Mientras estaba allí, parecía temer que su historia fuese ridícula. Miró inexpresivo a Kerrick y se le aumentó el embarazo.

—Hábleme con toda confianza, señor Highburn —dijo Spencer, con los ojos semicerrados—. Creo saber de dónde provienen sus dificultades.

El interpelado levantó las cejas, su boca formó un perfecto círculo de sorpresa.

—¿Me conoce?

—No puedo decir tanto... ¿Qué es lo que quiere exactamente?

Highburn inspiró profundamente, como si se dispusiese a lanzarse a una piscina de agua fría.

—Tengo miedo que me maten por accidente —declaró apretándose las manos y haciendo crujir las articulaciones—. De que me maten o de matarme yo.

III

Kerrick se dio cuenta de que Highburn se liaría puesto a sudar. La falta de ventanas debía de causar una sensación penosa.

—¿Cómo ha llegado usted a tener esa creencia, señor Highburn? ¿Ha sentido usted la muerte cerca en estos últimos tiempos?

Con respiración entrecortada su interlocutor empezó una serie de explicaciones.

—Debo advertirle, ante todo, que jamás he padecido de enfermedades mentales y que mi salud ha sido considerada muy satisfactoria por mi médico de cabecera. Sólo, después de mi primera juventud, he padecido vértigo; me abstengo de mirar hacia abajo cuando, por azar, me hallo en pisos altos de un edificio. Pero, con tres días de intervalo, me he despertado en dos ocasiones, en plena noche, encontrándome en equilibrios sobre la balaustrada de un balcón situado en el piso tercero de mi casa; por una casualidad casi milagrosa, caí hacia la parte interior, en lugar de precipitarme al vacío...

Solo de pensarlo, Highburn se inundaba de sudor frío; tuvo que interrumpirse para calmar la agitación que le dominaba.

—No hay ningún milagro en eso —apuntó Kerrick—. La probabilidad es la misma que en el juego de cara y cruz: Tenía una posibilidad contra dos de caer del lado bueno, pero si ese fenómeno sonámbulo se repite, terminará usted indefectiblemente por estrellarse contra la calle. Era tiempo ya de que usted viniera a vernos.

El visitante se estremeció.

—Vengo de casa de mi médico —prosiguió agitado—. Según él, con calmantes se puede evitar la reaparición de las crisis de sonambulismo. Me sugiere, también, que haga condenar las ventanas que hagan acceso a los balcones. ¿Pero, qué ocurriría si la dosis es insuficiente, o si mi organismo se acostumbra al producto? Además, viajo mucho, no puedo condenar a todas las ventanas de los hoteles en donde me aloje... ¿Es usted capaz de liberarme de esta pesadilla y de garantizar mi seguridad?

Kerrick no respondió directamente a la pregunta.

—Usted es un hombre rico, señor Highburn —musitó pensativo—. ¿No se encuentra usted deprimido por acontecimientos de orden financiera o privada?

El quincuagenario se removió en su asiento adoptando una expresión de desconfianza.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi caso? Si cree usted que tengo tendencia inconsciente al suicidio, está muy equivocado.

—No haga conjeturas acerca de lo que pueda creer o no, señor Highburn; limítese a responder simplemente a mis preguntas, aunque parezcan no tener relación ninguna con el problema que nos ocupa. Usted se

casó con una mujer mucho más joven que usted hace tres años, ¿verdad?

El hombre ensombreció; el giro que tomaba el interrogatorio no le gustaba en absoluto. Sin embargo, no perdió de vista que su vida quizá estaba en juego y que su salvación bien valía ciertas confidencias. El impresionante individuo que estaba sentado ante él pareció además saber muchas cosas de su existencia. ¿De dónde diablos las habría descubierto?

—Sí —admitió al fin de mala gana—. Sí; el comportamiento de mi esposa me inspira algunas inquietudes, nada me permite afirmar que me engañe. Su actitud, a mi respecto, se ha enfriado considerablemente después del principio de nuestro matrimonio, pero quizá se pueda atribuir esto al hecho de que apenas tengo tiempo para ocuparme de ella. Mis negocios exigen una vigilancia constante...

—¿Consultó usted a su médico durante la primera crisis?

—No. Creí que se trataba de un accidente excepcional, de los que ocurren una sola vez en la vida. Hasta la segunda vez no me alarmé lo suficiente como para decidirme a exponerle el caso.

—¿Está al corriente de sus dificultades sentimentales?

—Lo supongo... Por lo menos debe de estar advertido, lo más probable es que se haya dado cuenta. Viene a comer a nuestra casa una vez por semana.

Kerrick se refugió en la meditación y no prestó la menor atención a Highburn. Al cabo de unos cuantos segundos, este último volvió al verdadero origen de su tormento:

—Dígame con claridad si su firma puede protegerme contra riesgos que corro durante mi sueño, o si tengo que recurrir a otra organización —dijo con una cierta seguridad en sí mismo, además de impaciencia por el motivo prolongado de su interlocutor.

Spencer levantó la vista.

—Somos capaces de protegerle mediante el pago de unas diez mil libras...

Highburn experimentó un sobresalto y abrió la boca para protestar, pero Kerrick le interrumpió:

—Concluyamos un acuerdo estipulando que el pago de esta suma a «Invisible, S. A.» no será una entrega definitiva. La cantidad será reembolsable a sus herederos si su muerte sobreviene por caso de una caída provocada por cualquier crisis de sonambulismo, en cuyo caso nos veríamos obligados a pagar, además, mil libras por daños, perjuicios y, quizá, también, como indemnización.

Abrumado por las cantidades de la propuesta, Highburn las sopesó cuidadosamente antes de dar su aceptación, pero las ventajas innegables del trato se le aparecieron con desusada claridad.

—Son ustedes caros —gruñó—, pero su propuesta es honrada y la acepto. ¿Quiere que le firme un cheque?

—No. Vendrá usted mañana a la misma hora con un contrato redactado en el sentido que le indiqué con anterioridad y con una suma de diez mil libras

en efectivo. Ahora, le dejaré solo durante algunos minutos con el fin de dedicarme a ciertas investigaciones. ¿Me lo permite?

Spencer se levantó de la silla y se fue sin prisa, dejando a su visitante en la penumbra.

Una vez franqueado el quicio de la puerta deslizante, entró en la estancia en donde Leroy, Cecilia y Kertch estaban reunidos.

—¿Lo han oído? —preguntó por mero formulismo, sabiendo que no se habían perdido ni una sola palabra de la conversación—. ¿Qué opinan ustedes?

—Caso sencillamente trivial —dejó caer Kertch—. Ese individuo tiene una depresión nerviosa sin saberlo. Una vez está dormido, su subconsciente le ordena abandonar un medio familiar en donde se siente extraño, y va a pasearse por las alturas.

—¿Qué dice usted, Leroy?

—Comparto la opinión de Kertch. Usted no se ha ido con chinitas pidiéndole diez mil libras...

—¿Cecilia?

—Creo también que el cliente atraviesa un mal período y que podría curarse mediante algunas sesiones de hipnotismo.

Kerrick se metió sus largas manos en los bolsillos y miró al techo.

—Ya me imaginaba que todos ustedes tendrían a misma opinión. Por eso he venido, quería demostrarles que cualquiera de nosotros, aisladamente, es incapaz de llegar a resultados positivos. Sólo un trabajo de equipo, con una buena coordinación desde la jefatura, nos permitirá hacer prevalecer nuestros talentos. Dicho esto, mi opinión es que estamos en presencia de una tentativa de asesinato.

Aquella declaración suscitó diversos movimientos; Leroy saltó de hombros con aire indiferente, Cecilia escrutó el rostro de Spencer con incredulidad; Kertch se apresuró a expresar su escepticismo, pero escuchó con atención la ampliación de detalles.

—¿Ninguno de ustedes se ha hecho la pregunta de por qué *se despierta* Highburn cuando está en una situación crítica?

Nadie pronunció palabra. Kerrick prosiguió:

—Es el único indicio que debería haberles mostrado que nuestro cliente no sufre excesos de sonambulismo naturales. No habría ningún riesgo para él de pasearse por lugares peligrosos si continuase durmiendo hasta el momento en que regrese a su cama. Al despertarse ni siquiera sabría tampoco que había salido de su habitación. Aquí se ven evidentes dos anomalías destacadas: Primera, horror instintivo que experimenta Highburn hacia el vacío y que debería impedirle pasearse por una balaustrada situada a veinticinco metros por encima del suelo; segundo, recobra la conciencia espontáneamente mientras que el abismo se abre bajo sus pies, cosa que no ocurre jamás en un sonambulismo ordinario. ¿Conclusión?

Kertch hizo un signo de comprensión y afirmó:

—Hay alguna cosa además... ¿Le parece a usted, Spencer?

—Ha aparecido su foto en la crónica mundana del «Morning Post», hace tres años, poco después de su matrimonio. Es administrador de una poderosa fábrica de productos sintéticos textiles; su esposa, que tiene veinticinco años menos que él, era vocalista en un club nocturno de Nueva York. Todos estos datos figuraban al pie de la foto.

En su fuero interno, Cecilia se maravillaba de las prodigiosas facultades de la memoria de Kerrick, testimoniado en multitud de ocasiones. Se había dicho que era incapaz de olvidar lo que en ella registraba y que sus recuerdos más lejanos permanecían tan vivos como los de la víspera.

Leroy ya no se fingió más indiferencia. Por lo contrario parecía deseoso de tomar parte activa en la solución del asunto.

—¿Cómo piensa usted proceder? —preguntó dirigiéndose a Kerrick.

—Del modo más lógico —respondió el último—. En tres etapas: Es preciso, primero, substraer a Highburn de la influencia que sufre. Esto es del dominio de Kertch... Usted puede ponerse en acción en el acto, Wilfrid. En seguida averiguare- —os quién, sea hombre o mujer, ejerce esa influencia con la intención de provocar la muerte. Por último, tendremos al presunto asesino en situación de no poder seguir adelante con su crinen. Eso bien vale diez mil libras.

Unánimemente aprobaron los demás. Después, Kertch abandonó la estancia.

Algunos minutos más tarde, Highburn, que comenzaba a encontrar larga la espera, se sintió invadido por una dulce somnolencia. Mientras ensayaba a resistir eso que gravitaba sobre sus párpados como losas de plomo, Spencer decía a Leroy, a la otra parte de un muro espeso de más de treinta centímetros, las siguientes palabras:

—Haga usted inventario del contenido de sus bolsillos, Paul, y deme su dirección...

Leroy continuó fijo en Kerrick, sin tratar de localizar el lugar ocupado por Highburn en el salón vecino. Con voz clara, enumeró los objetos que «veía»:

—En la cartera, cinco billetes de banco de diez libras, tres de una; tarjetas de visita diversas, algunas llevan su nombre. Dirección: Maida Vale, 34... Una foto dedicada, es una mujer rubia con sonrisa estereotipada. Sin lugar a dudas, su esposa... Una factura de la casa Flaherty y Compañía, el joyero de Bond Street: Era un collar de treinta libras... ¡Caramba! un regalo así para una mujer de tal especie es casi un insulto...

Cecilia, que escuchaba la enumeración con estupor, no pudo evitar sonreírse. El origen francés de Leroy se manifestaba a menudo por tal clase de manifestaciones.

—Gracias, Paul —cortó Kerrick—. Ya no es preciso más. ¿Ha terminado Kertch?

—No lo creo. Highburn duerme todavía.

—Lo siento, pero vuelvo al salón. Mientras acabo con nuestro buen hombre, vayan a despertar a Ursula y díganle que la necesitaremos esta tarde. Usted, señora Bell, puede marcharse a casa...

Pero tenga la bondad de salir por la puerta de atrás.

Había una diferencia evidente entre la personalidad real de Kerrick y la que mostraba ante sus clientes. De cara a los visitantes aparecía impasible, acompasado y lejano, mientras que con sus amigos era vivo, dinámico y activo; Cecilia hubiera encontrado muchas dificultades en definir su verdadero carácter.

Spencer volvió a ocupar su lugar tras el escritorio cuando Highburn empezó a recobrar el conocimiento, convencido plenamente, sin embargo, de haber conservado toda su lucidez durante los largos minutos de espera.

—Vuélvase a casa sin ningún temor, señor Highburn —dijo Kerrick con la mayor naturalidad—. Desde este momento ya estamos velando por su riguridad. Esta noche no le ocurrirá nada peligroso. Si usted desea tomar los comprimidos ordenados por el médico, tiene libertad absoluta rara hacerlo, pero le aseguro que esa precaución es en verdad superflua.

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó el hombre de negocios—. ¿Qué tratamiento me recomiendan ustedes?

—Ninguno. Viva como le parezca. Es a nosotros a quien nos incumbe la obligación de tomar las adecuadas medidas.

—¿No va usted a destinar a nadie para que mí vigile?

—En absoluto. No precisa usted ni de una enfermera ni de un guardaespaldas. Tenemos medios que justifican además los elevados honorarios que exigimos. Espero su visita para mañana.

Profundamente desorientado, Highburn se levantó. ¿Habría perdido el tiempo yendo a consultar a «Invisible, S. A.»? Se encontraba con que estaba a punto de abandonar el local sin haber aprendido nada, sin ninguna línea de conducta precisa, sin otro consuelo que una promesa verbal y la perspectiva de tener que pagar diez mil libras dentro de veinticuatro horas. Su sentido común estaba profundamente trastocado por la falta de precisión del asunto. Era en verdad una cosa inusitada, nebulosa... Pero, aunque parezca extraño, en el fondo de sí mismo se sentía más tranquilo que antes.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Kerrick le interpeló:

—Perdón, señor Highburn, ¿puede dejarme la foto de su esposa?

Renunciando a comprender la ventaja que supondría a aquel hombre el conocer el rostro de Greta y la relación que dicho rostro podría tener con sus escaladas nocturnas por los balcones, el industrial sacó la foto de su cartera y volvió a depositarla sobre la mesa de ébano.

—Se la devolveré mañana por la tarde —prometió Kerrick impasible —. Buenas tardes, señor Highburn.

Después de la partida de su cliente, Spencer reflexionó sobre las preguntas que formularía a Ursula Holmes. Si preveía bien, con una sola sesión habría bastante.

* * *

En el reloj del Big Ben acababan de sonar las tres. Las campanadas que repercutieron sobre los techos de la ciudad, sonaron en el interior de los inmuebles y acrecentaron el nerviosismo de las gentes que sufrían de insomnio.

En el dormitorio de los Highburn, los dos esposos reposaban en camas gemelas, separadas por una mesita de noche común.

Su negra cabellera, desparramada encima de la almohada, los labios entreabiertos mostrando los dientes de una blancura resplandeciente, el busto agitado por una respiración regular, Greta era tan bella durmiendo como durante el curso del día. Sus brazos redondos y blancos, descuidadamente extendidos sobre la colcha rosa acentuaba la gracia de su actitud.

No lejos de ella, Highburn acababa de adormecerse por tercera vez. Sus dos despertares habían estado acompañados de un sobresalto de miedo; el industrial se había deshecho de las sábanas antes de darse cuenta, con una emoción indescriptible, que empezaba a levantarse de su cama.

Hacia las tres y diez se volvió, musitó algunas relabras incomprensibles y después, con un gesto lento, apartó el embozo, se incorporó sobre el lecho y metió uno de sus pies dentro de una de las pantuflas. Sacando después la otra pierna, la calzó y se puso en pie, sin que Greta percibiera el menor ruido.

Con los ojos cerrados, las manos extendidas, Highburn se puso en movimiento. Con una seguridad alucinante, llegó hasta la puerta, la abrió, se puso a ascender los peldaños de la escalera. Llegado el primer descansillo, mostró unos segundos de duda y después reasumió su ascensión. A pesar de la obscuridad total, el sonámbulo subía en línea recta, sin tocar la barandilla. Después de cada tramo, giraba un cuarto de vuelta para emprender el tramo siguiente, silencioso como un fantasma.

En el tercer piso, el industrial se quedó inmóvil delante de la puerta doble que conducía a la biblioteca. Sus manos acariciaron el pasador de madera, explorando su superficie. Más allá se extendía una gran estancia, con un balcón, y después el espacio, un espacio inmenso...

A tientas, Highburn buscó la llave dispuesta sobre la cerradura. El contacto del . metal frío le causó una especie de conmoción, pero no logró despertarle. Pasaron varios segundos antes de que se decidiese a dar vuelta a la llave.

Abajo, Greta dormía siempre.

* * *

Hamid Chañar salió del éxtasis que acompañaba a una exploración física. Envuelto en un batín de seda, se precipitó hacia la habitación que ocupaba Spencer y entró sin llamar. Rozó con suavidad la frente de Kerrick,

quien se despertó al instante.

—Pasa algo anormal —dijo el hindú con una voz uniforme—. Dos influencias contradictorias se disputan el alma de Highburn y la que le incita i evadirse parece que lleva las de ganar...

Kerrick se puso en pie de un salto y asió el brazo de Chañar.

—¿Desde cuánto tiempo se manifiesta la posición? —preguntó con el rostro tenso.

—Desde hace dos minutos...

Spencer giró sobre sus talones.

—Vayan a buscar a Kertch a toda prisa, mientras yo aviso a Leroy.

Los dos hombres salieron por puertas distintas; apresuradamente volvieron con los otros dos miembros del equipo.

—Al trabajo —ordenó Kerrick—. Tenemos que ir al número 34 de Maida Vale, hay dos mil libras en juego que están a punto de esfumarse. Leroy, ¿cómo se encuentra Highburn en estos momentos?

Paul relajó al instante todos sus músculos, perdiendo la conciencia de cuanto le rodeaba. Los hombres empezaron a desfilar sobre él, hacia la parte posterior de su cabeza. Alternativamente raras y precisas, pero sin representar nada conocido. De pronto, su campo psicovisual se redujo.

—Sube a la escalera que conduce al segundo piso —dijo Leroy con decisión—. Avanza, lleva los brazos extendidos...

Kertch ahogó un juramento.

—Hubiese debido prevenirle —gruñó—. El asesino está en trance de transmitirle órdenes mentales cuya potencia es superior a la acción diferida de las mías. Es un hombre muy fuerte...

—¿A qué distancia estamos de Maida Vale? —preguntó Kerrick con el corazón oprimido.

—A poco más de un kilómetro —contestó Kertch—. Eso no es ningún obstáculo... Puedo operar a más de cinco kilómetros, pero es preciso saber a qué distancia se encuentra el asesino. Si está más cerca que nosotros, no respondo de nada.

—Vamos, Wilfrid —ordenó Spencer—. Pon en juego toda tu potencia...

Kertch llevó a sus pulmones tanto aire como pudo. Su torso hercúleo se hinchó, mientras que apretaba las mandíbulas. Con los dos puños cerrados aplicados el uno contra el otro, con las piernas abiertas, remitió con violencia su magnetismo hacia el hombre alucinado que desde una mansión lejana se paseaba por entre la noche.

—Pone la mano sobre la llave de la biblioteca —anunció Leroy—. Esa estancia tiene un balcón...

Agazapado sobre sí mismo y con las manos aplicadas en su nuca, Hamid Chañar murmuró:

—La influencia criminal persiste... Highburn quiere subirse a la balaustrada...

IV

Las uñas de Kerrick se clavaron en su pijama. No dudaba de las formidables capacidades hipnóticas de Kertch, pero, era preciso sin embargo, que tuviesen tiempo de poder ser ejercidas con toda su eficacia. No se trataba únicamente de someter al sujeto a otra voluntad, sino, primero, de quebrar el impulso que le llevaba a su perdición.

—¿Y su mujer, Paul? ¿Qué hace? ¿Dónde está? —preguntó Spencer nervioso.

Un silencio cargado de electricidad llegaba a la estancia donde los tres hombres se esforzaban en emplear sus facultades hasta el límite extremo. El cuarto, Kerrick, se hallaba a merced de las indicaciones que los demás le proporcionaban. A fin de cuentas, sin embargo, era él quien coordinaba esfuerzos para alcanzar la meta deseada.

—Greta duerme —mustió finalmente Leroy—. Está en una habitación del primer piso.

Después, volviendo a su observación importante de sonámbulo, relató:

—Ha entrado en la biblioteca... gira lentamente sobre sí mismo... Avanza un paso hacia la ventara se queda inmóvil... Tiembla...

Kerrick lanzó una mirada hacia Wilfrid Kertch. Gotas de sudor le perlaban la frente al coloso, sus rasgos parecían cansados y tensos como si un vivo dolor perforase sus músculos.

—Highburn tiene miedo —dijo Chañar, mirando hacia el suelo—. No sabe a quién debe de obedecer y sufre al tener que estar sometido a dos voluntades antagónicas. Si su experiencia se prologa todavía tres minutos, su razón mental corre grave riesgo. Se encuentra en un momento crítico.

El asesino debía estar superiormente dotado para contrabalancear con éxito la influencia enérgica de Kertch. O bien, habitaba a dos pasos de su víctima y por tanto podía acentuar progresivamente su dominio por emisiones hipnóticas repetidas.

—Se acerca al balcón —dijo Leroy—. La contraventana está cerrada con pestillo, pero no tiene ningún otro dispositivo de seguridad.

«Está claro, pensó Kerrick. Al salir de aquí Highburn se sintió tranquilo. No tomó precauciones...»

Teniendo cuidado de no distraer a Chañar y a Kertch, se acercó tranquilo hacia Leroy para musitarle al oído:

—¿Ve usted algún aparato telefónico dentro de la biblioteca?

—Sí, se halla sobre el escritorio.

—¿Qué número tiene?

—MAI 08.40.

Spencer se volvió hacia Kertch, puso la mano sobre sus dos crispados puños. Wilfrid abrió los ojos, respiró con fuerza; su atención se quedó

centralizada sobre Kerrick con una expresión interrogativa,

—Quiero despertarle, es lo más seguro —le dijo este último—. Cuando el otro se de cuenta de que Highburn se le había escapado creería que su víctima acababa de lanzarse al vacío y cesará de influenciarle. Entonces intervenga usted para volverlo a conducir hasta su cama. Leroy le indicará d momento.

En cuatro zancadas, Kerrick pasó a la pieza adyacente para marcar el número del teléfono. A la otra punta del hilo telefónico el timbre comenzó a sonar mientras que el industrial abría ¡os dos hirientes de la ventana.

La aguda vibración del aparato instalado sobre el escritorio obró en Highburn como un pistolazo. Con un terrible sobresalto, el hombre de negocios salió de su sueño hipnótico. Se tambaleó en la obscuridad, se agarró a las cortinas, tuvo deseos de huir y sintió el frescor nocturno en el rostro. Con una obstinación persistente, el timbre le perforaba los tímpanos, estallaba dentro de su cráneo como las sirenas de cien coches de la policía.

Abatido, Highburn pasó las manos sobre la mesa con la esperanza de parar aquel terrible ruido que le atormentaba. Cogió el aparato, lo levantó y, por reflejo, se lo llevó al oído.

—Buenas noches, señor Highburn. Aquí «Invisible S. A.» —articuló una voz serena—. Esta llamada tiene el fin de demostrarle que nuestra vigilancia es perfecta y que su confianza en nosotros tiene plena justificación. Duerma tranquilo, señor Highburn.

El industrial, asombrado, no supo que responder. Por último, un clic advirtió que su interlocutor había colgado. Poco a poco recobraba la lucidez, pero no comprendía cómo había subido dos pisos para responder a aquella llamada telefónica. Se frotó la frente con el dorso de la mano, pensó en encender la lámpara del escritorio con el fin de ver a su alrededor con claridad.

En aquel preciso instante, en Crawford Street 28, Paul Leroy decía a Kertch:

—Vamos... Quiere oprimir el interruptor...

Wilfrid restableció en seguida su ascendencia con el sujeto; al instante se dio cuenta de que el industrial poseía una mayor maleabilidad. Ahora, podía ejercer su influencia sin competencia alguna. Desconcertado por el despertar imprevisto de su víctima, el asesino había soltado a su presa. Highburn no era más que un juguete sometido a una sola voluntad extraña y no ofrecía la menor resistencia.

Kerrick volvió a entrar, apresurado. Chanar le anunció:

—Ya está todo en regla... Todos sus pensamientos quedan orientados a un sólo deseo: Volver a su cama...

—Desciende por la escalera —confirmó Leroy—. Esta vez Wilfrid le tiene bien cogido.

Spencer se dejó caer sobre el borde de su cama.

—He tenido miedo —dijo—. Ese tipo ha estado a un pelo de

precipitarse al vacío. Primero debiéramos de habernos ocupado del asesino... ¡Es una buena lección la que acabamos de recibir!

—¿Conoce usted la identidad del criminal? —preguntó Chanar que estaba sentado en cuclillas, sobre el suelo.

—Su personalidad, sí. Su identidad, todavía no. Úrsula me ha dado sólo indicaciones fragmentarias. Procederé a una comprobación a primera hora de la mañana, con Kertch. Ahora que hemos podido medir la capacidad de nuestro adversario, so tengo deseos de enfrentarme con él sin un buen aliado que me acompañe.

Kertch se dejó caer bruscamente sobre una -anqueta; apoyó los codos sobre las rodillas y contempló a sus tres colegas. Su mirada, de ordinario penetrante, había perdido toda su brillantez. Daba la impresión de un ser vacío.

—¿Qué es lo que decía usted? —preguntó a Spencer con el ceño fruncido.

—Que tendremos que trabajar mañana por la mañana. usted y yo... Son ya las tres y media. Duerman todo lo que puedan. Mañana por la tarde tendremos un asunto resuelto. Mejor dicho, hoy ya por la tarde.

* * *

Eran las nueve cuando los dos hombres se presentaron al domicilio del doctor Rutherford, en Abbey Road. Durante el camino, Spencer había contado a Kertch la visión psicolostópica obtenida de Úrsula Holmes a partir de la foto de Greta Highburn. Era una escena que no dejaba ninguna duda sobre la naturaleza de las relaciones que unían a la joven con un hombre esbelto, con aire deportivo y de físico netamente mucho más seductor que el de su legítimo esposo.

—A pesar de que los dones de Úrsula son todavía limitados —expuso Kerrick—, los detalles que ha podido darme son bastantes completos. El malhechor, del que da claramente una sola escena, es un individuo al que Úrsula no puede situar. Para ella, los personajes que aparecen en el cristal son desconocidos, su identidad queda en el misterio. Lo mismo ocurre con el cuadro: ella describe todos los detalles pero no puede revelar el lugar en donde aquella estancia con decoraciones existe. Se limita a proporcionarnos parte de estas imágenes y a relacionarlas con la índole del asunto.

Después de haber llamado, los dos amigos fueron introducidos en una sala de espera. A partir de aquel momento, no intercambiaron ni una sola palabra.

Veinte minutos más tarde, el gabinete del médico abriose y el doctor Rutherford les invitó a entrar.

A la primera ojeada, Kertch vio tomar realidad sus previsiones. Con el codo, rozó descuidadamente el brazo de Spencer, quien comprendió.

Rutherford era grande, con aire deportivo, y muy distinguido. Saludó a

sus visitantes con breve inclinación de cabeza, después les dijo:

—Por principio, no acostumbro a recibir si no hay cita previa. ¿Es para una consulta?

—No precisamente —respondió Kerrick—. Ocurre que uno de sus clientes es también nuestro. Se trata del señor Highburn, de Maida Vale.

Muy dueño de sí mismo, el médico adoptó un aire altivo.

—¿Son ustedes detectives privados?

—En cierto sentido, sí. El señor Highburn nos ha encargado de la defensa de sus intereses. Usted es su médico de cabecera, ¿verdad?

—Sí —admitió el facultativo—, pero si tienen ustedes la intención de interrogarme sobre su estado de salud, les recuerdo que debo mantenerme callado por el secreto profesional y que no tengo nada que decirles.

El tono era frío, retador.

—No tenemos la menor intención de interrogarle, señor Rutherford —declaró Kerrick con precisión—. Queremos simplemente poner término a sus relaciones con Greta Highburn y a sus tentativas de asesinato contra la persona de su esposo.

El doctor palideció, una luz feroz pasó por la mirada que lanzó a los dos hombres. Pero, volviendo a tomar el control de sí mismo, dijo:

—¿Quieren ustedes intimidarme por una tentativa de chantaje? —Diciendo esto se sentó en el borde de su escritorio—. En este caso, será preciso que utilicen otra cosa más que afirmaciones fantasiosas... Como mínimo, por ejemplo, alguna prueba...

—Las pruebas no son indispensables más que cuando se quiere presentar a un culpable ante la justicia —observó Kerrick absteniéndose de mirar a Rutherford a la cara—. Las nuestras existen, pero no serían aceptadas por un juez. Por lo tanto, queremos solucionar este asunto entre nosotros mismos.

La inmediata amenaza que recubrían aquellas palabras, la presencia monolítica de Kertch y también la convicción de que aquellos dos individuos sabían perfectamente de lo que hablaban, incitaron a Rutherford a recurrir a su mejor medio de defensa. Fijó sus ojos en Kerrick con la intención de eliminar en primer lugar a aquel adversario.

Spencer recurrió a todo el resorte de su voluntad para tener en jaque el fluido anestésico que proyectaba hacia él el doctor. La prueba decisiva iba a proporcionarla en aquel momento el verdadero culpable: Amaba a Greta, ansiaba apoderarse de la fortuna de Highburn, se servía de su gran poder hipnótico para desembarazarse del industrial sin que su culpabilidad pudiera ser demostrada jurídicamente.

Sin cambiarse de lugar, Kertch pasó a la ofensiva. Una honda de energía salió de su persona, yendo a chocar contra los centros nerviosos del médico. El doctor comprendió demasiado tarde que se había equivocado al maniobrar; una especie de velo caía sobre él, nublándole todo, disolviendo su sensibilidad mental. Fijó su mirada en la de Kertch, resuelto a utilizar todos

sus recursos de un solo golpe para vencer la voluntad del coloso y de someterlo a un sueño sin fin.

Kerrick, al no verse influenciado por los ojos Je Rutherford, sintió un profundo alivio inmediato. Presenció entonces el espantoso duelo en el que se enfrentaban dos poderes casi iguales, en medio de un silencio mortal, preñado de odios.

Wilfrid poseía una robustez física excepcional; se recuperaba con una rapidez asombrosa y la lucha que había sostenido durante el curso de la noche no había dejado ningún rastro en su organismo. Resistió victoriosamente a la honda que radiaban las pupilas fijas de su antagonista, la dejó reflejarse en su propio centro magnético y la devolvió, aumentada con una dosis de fluido suplementario en dirección a las órbitas de Rutherford. Este último dejó caer sus pupilas, abandonó la lucha, y sus ojos se cerraron lentamente. Se hubiese desplomado como una masa informe si Kerrick no le hubiera cogido por el brazo sujetándole.

—Buen resultado —alabó Spencer mientras arrastraba al médico hasta la mesa metálica de reconocimiento del centro de la clínica.

Kertch compuso su figura y recuperó el ritmo regular de su respiración, sin quitar ojo del hombre adormecido.

—Dormirá durante una hora —calculó—, a menos que yo lo despierte antes.

—Es más de lo necesario. Ayúdeme, Wilfrid, dejémosle bien descubierta la nuca.

Se inclinaron los dos sobre Rutherford, aflojaron sus vestidos y le colocaron boca abajo. Después de una meticulosa auscultación, Kerrick señaló un punto situado en lo alto de la columna vertebral.

—He aquí el lugar —dijo pellizcando la carne entre sus dedos.

Se volvió a levantar, caminó hacia un armario vitrina que contenía instrumentos quirúrgicos y frasquistos con productos diversos. Eligió una aguja larga y fina, la desinfectó con ayuda de un pedacito de algodón empapado en alcohol puro y después volvió al lado de Rutherford.

—Colóquele en un estado próximo a la catalepsia —pidió a Kertch—. Lo que va a sufrir no es nada agradable...

El aludido puso las manos sobre los omoplatos del médico, se colgó algunos segundos sobre él. En seguida, le tomó el pulso, midió el grado de rigidez de sus músculos, y le alzó la cabeza.

—Puede usted pincharle si quiere y hasta partirle en dos y nuestro amigo no lo sentirá —declaró—. Adelante sin miedo.

Kerrick, con un gesto altivo, clavó la aguja en la base de la nuca del adormecido médico. El paciente no hizo el menor movimiento. Con la pequeña pausa de colocar la aguja en una jeringuilla, Spencer vertió unas gotitas de alcohol, después introdujo el líquido a presión en los tejidos que tenían que destruir.

—Este tipo ya no volverá jamás a necesitar nadie —dijo retirando con

un golpe seco la minúscula aguja de acero—. Reanímele un poco hágaselas de modo que Greta Highburn le inspire una viva repugnancia. De este modo, el ciclo quedará cerrado.

Kertch ejecutó la orden. Grabó sobre el cerebro ¿el médico una antipatía irreprimible hacia el rostro de Greta, hacia la voz de Greta, hacia la mujer. Grabó en el subconsciente de Rutherford con un sello indeleble todo esto de modo que pudiese condicionar sus actos y hasta influenciarlos toda su vida.

—Ya está —anunció con la frente perlada de sudor.

—Entonces, volvámosle a vestir.

Cuando Rutherford hubo recobrado algo de la apariencia impecable que tenía antes de la éntrala de sus interlocutores, los dos hombres se levantaron para llevarle hasta el sillón giratorio instalado delante del escritorio.

—Despiértele —dijo Kerrick.

Desde delante del escritorio Kertch resopló ligeramente, agitó la mano en el aire contorneando la figura del durmiente. El doctor agitó los párpados, vio delante de él a los dos desconocidos que habían penetrado en su gabinete un instante antes. Tenía una expresión embarazada, desconcertada. Su tez continuaba pálida.

—¿Qué decían ustedes, señores? —preguntó con cierta laxitud.

Habia perdido el recuerdo de las respuestas intercambiadas poco antes de caer en la inconsciencia. Los visitantes sabían que así ocurriría.

—Le preguntaba que si la depresión que sufre actualmente el señor Highburn podía tener consecuencias fatales para su salud —contestó Kerrick, con rostro impenetrable.

—¿Pero... quiénes son ustedes?

—Inspectores de la compañía de seguros en donde el señor Highburn quiere suscribir una nueva póliza.

—Ah, comprendo...—dijo Rutherford pasándose los dedos por las cejas como si quisiera suavizar un tenue dolor de cabeza—. Bueno, no creo que esos trastornos pasajeros puedan durar más tiempo, si es eso lo que les interesa.

—En efecto, es todo lo que necesitábamos saber, doctor. Lamentamos haberle molestado...

—No tiene importancia —dijo el presunto asesino levantándose con esfuerzo para acompañarles hasta la salida.

* * *

Durante la tarde del mismo día, Highburn se presentó en el número 28 de Crawford Street, portador de una suma de dos mil libras en billetes de Banco y un contrato de seis líneas. El industrial estaba más animado que la víspera.

—Espero que no vayan ustedes a despertarme todas las noches —dijo

con un tono placentero mientras depositaba el dinero y el contrato delante de Kerrick—. Dormía como un lirón y no me explico cómo pude responder al teléfono...

—Tranquilícese —dijo Spencer con los ojos bajos sobre el papel que firmaba—. De ahora en adelante respetaremos su reposo. Ya no tendrá más crisis sonámbulas susceptibles de ponerle en peligro. Si llegase incluso a subir sobre una balaustrada para mantenerse en equilibrio, no se preocupe, que descenderá con la misma facilidad y regresará a su cama sin acordarse para nada al día siguiente de su paseo nocturno.

-—¿Cómo? —preguntó Highburn—. ¿Ese caso puede todavía producirse? Pero si yo...

—Perdón —interrumpió Spencer metiéndose en el bolsillo el fajo de billetes—. Usted nos contrató para protegerle de un accidente bien determinado. Eso está hecho, queda usted a cubierto de tal peligro. Pero el sonambulismo natural es demasiado frecuente para que nosotros podamos evitarle tener esas crisis. Por otra parte, las crisis esas, como acabo de decirle, jamás amenazan la vida del sonámbulo. Tengo experiencia personal.

—Y sin embargo yo he estado a punto de estrellarme contra el suelo —replicó Highburn.

—Es que había una causa. Esta causa, actualmente ha quedado eliminada. No puedo explicarle más, señor Highburn. Los métodos de «Invisible, S. A.», jamás son divulgados.

El rostro hermético de Kerrick, al mismo tiempo que su tono categórico, disiparon la curiosidad del industrial, que se retiró sin insistir.

Estaba muy lejos de dudar que en el mismo instante, en alguna parte dentro de la casa, Kertch ponía punto final al asunto, aniquilando dentro de Greta los agravios que podía tener contra su esposo, y que la atmósfera del matrimonio, por tanto, iba a conocer profundos cambios.

Cuando se volvieron a cerrar las dos puertas a espaldas de Highburn, Spencer fue a reunirse con sus colaboradores en la pieza contigua, sólo faltaba Kertch.

—Ya hay un segundo éxito en nuestro activo —declaró con satisfacción frotándose sus largas manos una contra la otra—. Sin embargo, ha faltado muy poco para que el caso de Highburn se hubiera resuelto desfavorablemente y de ello debemos sacar una enseñanza: nuestros conocimientos, nuestro entrenamiento son suficientes para enfrentarnos a todos los problemas que vendrán a someternos. Ha habido quizás una oportunidad en cien millones para que encontremos a un individuo tan dotado como ese doctor Rutherford y sin embargo se ha producido. Pero, si intentamos preocuparnos de un asunto, es preciso que la probabilidad de éxito por nuestra parte sea muy cercana al cien por cien.

Leroy, excéntrico por naturaleza, hizo una mueca dubitativa.

—Va a parecer demasiado ambicioso, especialmente en un dominio donde los imponderables pueden jugar...

Una súbita severidad endureció los rasgos de Kerrick.

—No hay más imponderables en nuestro trabajo que en cualquier otra experiencia de física o química, Paul. En cada asunto, hay una guerra que libramos nosotros: Nuestras fuerzas conjugadas deben sobrepasar a las del adversario y estas fuerzas tenemos que desarrollarlas todavía más, cada uno dentro de nuestra especialidad.

Chañar agachó silenciosamente la cabeza en signo de aprobación, pero Úrsula Holmes se puso a gemir:

—¡Acabará usted por matarme, Kerrick! Usted no se da cuenta de que...

—Sí —atajó Spencer—. Usted, en particular, tiene que aferrarse a la letra a lo que le acabo de decir. Sus capacidades mejorarán sin que padezca su salud. Sin mí los estupefacientes le habrían dejado ya al pie de la tumba. Poniendo las cosas en su punto, usted estaría ya por lo menos internada en un asilo sanatorio para aficionados a las drogas.

La figura de la señora Holmes se vio agitada por algunos tics nerviosos, después adoptó un gesto ofendido.

Cecilia Bell, sentada modestamente en un rincón de la estancia, se preguntó si algún día podría penetrar el misterio que abarcaba toda aquella casa.

A este respecto, Paul Leroy, Kertch y Úrsula Holmes no habían avanzado más que ella. Ninguno de entre ellos sabía de dónde sacaba Kerrick los reglamentos que les inculcaba para regularizar sus dotes.

V

Encerrados en una estancia del segundo piso, Kerrick y Chanar seguían trabajando en un asunto en el que llevaban ya varios meses.

Spencer, con los ojos aplicados a los oculares del microscopio, examinaba la superficie de un barrote de metal que tenía la longitud de casi cincuenta centímetros. Iluminado por el haz de luz rasante proyectado por un minúsculo reflector, el barrote era perfectamente cilíndrico y tan pulido como un espejo. Bajo los rayos de luz emitía un resplandor rojizo.

A un lado de Kerrick, sobre la mesa, había una hoja de papel cubierta por signos ininteligibles. Con la mano derecha, y sin apartar los ojos del microscopio, Spencer se dedicaba a reproducir los caracteres que distinguía grabados en su superficie. Estos últimos formaban líneas de una longitud de cinco milímetros, y se sucedían como si hubiesen sido escritas en una estrecha serpentina enrollada en espiral sobre la cara cilíndrica del barrote.

Kerrick había copiado una nueva, imprimiendo desplazamiento imperceptible del cilindro del medio de un tomillo micrométrico, cuando interrumpió su examen para decir a Chanar:

—Comenzamos por traducir esta primera serie; después, echaremos una ojeada al texto compuesto ayer.

Chañar cogió la hoja que había llenado Spencer y la puso a su izquierda. Después, tomando una tiza, dejó reposar su mano derecha en una gran pizarra sobre la que, bien destacadas las unas de las otras, figuraban todas las letras del alfabeto. Su brazo caía inerte, como insensible. La tiza no estaba sujeta en su mano más que por una leve presión del índice y el pulgar.

La mirada sombría del hindú se veló. Sus pupilas se fijaron en una entera línea de signos curiosos que Spencer había trazado, pero sin pasar de uno a otro en particular.

Por su parte, Kerrick tomó una pluma y observó a Chanar. Pasaron algunos segundos en un silencio opaco. El cilindro relucía de un modo enigmático en el otro extremo de la mesa. La respiración de Chanar había llegado casi a ser imperceptible.

Sobre la pizarra, se agitó la mano del hindú. Se apartó lentamente de su posición inicial, se deslizó hacia la derecha, se paró, después volvió describiendo un círculo en un movimiento regular y rotativo. Independiente de todo impulso muscular, describió una espiral, después volvió a inmovilizarse.

Chanar no veía lo que pasaba sobre la pizarra, ni siquiera sentía los desplazamientos de su mano. Semejaba como si su miembro se hubiese vuelto de repente en una cosa extraña, como si no perteneciera a su sistema nervioso.

Llevado por los gordezuelos dedos del traductor, la tiza paseó a lo largo de las letras, la subió para poder cumplir un viraje, subió hacia ellas. Con

atención fija, Kerrick observaba estas idas y venidas, sabiendo que tarde o temprano adquirirían significación.

De repente, después de un reposo que parecía ser eterno, la mano volvió a adoptar su vagabundaje, recorriendo la pizarra en un deslizamiento continuo. La punta de la tiza se detuvo con lucidez delante de la letra «O», pasando en seguida directamente la letra «T», después señaló con una especie de prisa febril toda la sucesión de otras letras que Kerrick anotaba con la misma celeridad.

La operación se prolongó durante largos minutos. Con el torso rígido, Chanar no separaba su mirada opaca de las figuras dibujadas por Spencer, y que reproducían con fidelidad los signos microscópicos grabados en el cilindro.

Por fin, aparentemente despistada, la mano se balanceó por la pizarra en diagonal, cerrando en todos los sentidos y acabando por inmovilizarse en el centro, tan pesada como un trozo de plomo.

—Se terminó —dijo Chañar saliendo de su sueño.

Soltó la tiza que cayó rodando por encima de la mesa.

Kerrick enderezó sus espaldas curvadas; estudiando la sucesión ininterrumpida que acababa de escribir en el papel y tratando de cortarlas en palabras comprensibles.

—Veamos qué es lo que dice —murmuró con el ceño fruncido.

Leyó a media voz la frase que acababa de formar:

...Otra consecuencia del principio de Mkr sobre las transformaciones de energía: El rayo luminoso, vehículo bajo forma de frecuencias con propiedades caloríficas, eléctricas y masivas, puede igualmente transportar la honda hipnótica.

Spencer calló, después declaró con una excitación súbita:

—¡Santo cielo! ¿Se da cuenta usted Chanar de lo que entraña tal afirmación? *Ellos* poseen un modo de modular la luz por energía hipnótica, tal y como nosotros modulamos una onda hertziana por música o por imágenes. ¿Se da usted cuenta de que eso podría multiplicar hasta lo infinito la distancia a la cual un individuo puede influenciar sobre otro? —Estremeciéndose, exaltado, siguió con su razonamiento—: ¡Supóngase que modula la luz que gana una estrella! ¡Entonces se constituyen en capaces de imponer su voluntad a los habitantes de no importa qué planeta siempre y cuando esté bañado por la luz de tal estrella!

El hindú se cruzó de brazos, dirigió una mirada vagamente rencorosa al cilindro colocado sobre el objetivo del microscopio. Un sentimiento de temor se insinuaba en él ante la idea de que era instrumento involuntario de tales revelaciones. La ciencia resumida en aquel trozo de metal, en una lengua extraterrestre, él, Hamid Chanar, la traducía a Kerrick mediante el empleo de escritura automática e inconsciente. Con este hecho, participaba quizá en un robo muy cercano al sacrilegio...

—*¿Quiénes son ELLOS?* —preguntó con aire sombrío.

El entusiasmo de Spencer se apagó. Imperceptiblemente, Chañar volvió a la carga cada vez que trabajaban juntos. ¿Es que tenía una intuición funesta, o bien era el viejo fondo místico de su alma que exigía una respuesta en cuanto al mensaje que entrañaba la barra brillante? ¿Los seres que habían grabado aquel tratado estaban decididos a hacer el bien o el mal?

—¡Ya se lo he dicho! ¡Lo ignoro! —afirmó una vez más Kerrick—. Desearía saberlo tanto como usted. Es inútil que exploren mis pensamientos hasta el último confín de este asunto; ha debido usted darse cuenta de que no poseo ninguna información a este respecto...

—Yo no puedo leer siempre en usted —dijo Chanar con un gesto de pesar—. Posee la cualidad de obscurecer su espíritu a voluntad.

—Porque, a la larga, usted me irrita. Le dije en qué condiciones descubrí este... este libro. Estaba allí quizá una hora antes, o lo habían dejado seis meses atrás o diez millones de años, de eso no sé absolutamente nada. ¿Cómo quiere que adivine su origen?

—Ponga esta barra en manos de Ursula Holmes —sugirió Chañar, con los párpados entrecerrados.

—No —dijo Spencer con tono definitivo—. Primero, aparte de usted y yo, nadie en el mundo debe conocer la existencia en este documento. «Invisible, S. A.» no tendría ninguna razón de ser si las enseñanzas de las que nos aprovechamos fuesen hechas públicas. Y si algunos dudasen de que poseemos la clave de fuerzas que la ciencia jamás ha podido definir en su naturaleza exacta, le juro que las peores dificultades y los peores enojos se abatirán sobre todos nosotros. Además, la visión que podría tener Ursula si me confiase esa muestra de metal desconocido en la Tierra correría el riesgo de causarle un choque tal que la locura podría ser una fatal consecuencia. Sus facultades, tal y como está haciéndolas al presente, no son demasiado preciadas para comprometerlas en una experiencia de este género...

Chanar se dio cuenta de que sería en vano insistir. El mismo tenía cierto temor de entrar en contacto telepático con seres exteriores a nuestro planeta, aunque, a veces, lo había deseado en su interior. Por lo mismo, su cerebro se emborronaba cuando trataba de ojear el pasado. No obtenía resultados tangibles más que con los seres contemporáneos: le alegraba explorar el pensamiento de individuos vivos, cualquiera que fuese la distancia que les separase de él, con la convicción de abolir previamente sus propias facultades mentales y de representar ser el sujeto escogido.

—Quizá encontremos alguna indicación al fin del documento —dijo resignado—. Cuando estemos en posesión del texto completo, podremos sin duda formular una hipótesis...

Kerrick le detuvo.

—Eso deseo... En todo caso, a pesar de los múltiples ensayos que he efectuado para encauzar en mi memoria símbolos parecidos a los que figuran sobre la barra, no he logrado nada. Lo que me asombra, por tanto, es el informe que se ha podido hacer sobre este cilindro de los atributos que, en

todas las épocas, han simbolizado para el hombre el Poder, o la Sabiduría, cosas que revienen al mismo sitio.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el curioso hindú.

—Pues bien, es evidente: El cetro de los reyes, el bastón de los apóstoles, la varita de lo mágico, el pergamino rayado que en las grandes ceremonias sujetan los sabios, asimismo todavía el bastón de mariscal que se utiliza aún en nuestra época, todos estos recuerdan el objeto que tenemos aquí. ¿Querrá usted decir que la ciencia y la autoridad tienen, en todos los tiempos, un origen de transmisión a los hombres en esta forma cilíndrica?

—Es probable —admitió Chañar, abrumado por la justicia de la observación—. ¿Pero a qué concusión llega usted en cuanto al origen de nuestra barra?

Kerrick se sumió en una profunda reflexión, al término de la cual declaró:

—No puedo imaginar nada preciso, pero vengo preguntarme si este trozo de metal se encontraba por accidente en el lugar en donde yo lo descubrí o...

Se interrumpió para dar más peso a la otra alternativa:

—O si *ellos* lo depositaron allí voluntariamente.

Chañar no se había formulado tal pregunta, pero el enigma permaneció irresoluble.

—Ningún argumento puede descartar una u otra de sus suposiciones —dijo más que nada respondiéndose a sí mismo—. Sin embargo, no me entra en la cabeza que se tratase de un mensaje destinado a la Humanidad por seres de ciencia superior, puesto que está escrito en carácter microscópico, en una lengua incomprensible y la deben haber usado en un lugar del planeta en donde un objeto de tal dimensión podría escapar a las miradas de los humanos hasta la consumación de los siglos.

—A menos que no la haya conducido nadie, sin lugar a dudas, hacia ese lugar preciso —replicó Spencer, pensativo—. Jamás he podido discernir si es mi voluntad sola o una influencia extraña la que me había llevado a aquella zona del Sahara donde nadie antes de mí, probablemente, puso el pie, por ser un lugar tan inaccesible. Faltó muy poco, además, para que abandonase aquella barra donde la encontré: Creí que se trataba de los restos de un avión, cayendo allá por azar después de una catástrofe aérea. Pero, a decir verdad, fue la perfección de su pulimento lo que me dejó intrigado.

Las miradas de los dos hombres convergieron sobre el misterioso lingote que centelleaba en la sombra.

—¿Es en verdad un metal? —preguntó todavía Chañar.

Kerrick, perplejo, respondió:

—Esta materia posee por lo menos dos propiedades características a los metales terrestres: Conduce bien el calor y la electricidad. Su dureza sobrepasa la del cromo; no se deja atacar por ningún agente corrosivo; su inmutabilidad es asombrosa. No emana ninguna radioactividad, de eso estoy

seguro. Colocada en el campo de un electroimán, esta barra muestra líneas de fuerza: es entonces vía magnética. En cuanto a su peso específico, es muy parecido al del níquel. Al no poder arrancar una pequeña porción como muestra, no me ha sido posible conocer su temperatura de efusión, porque he temido siempre borrar el texto micrograbado.

Sacudiendo la cabeza, Spencer concluyó:

—No, esta pieza no ha podido ser fabricada en la Tierra. Aunque no llevase ninguna inscripción sus características físicas y químicas denunciarían otro origen...

—Y a pesar de ello —objetó el hindú—, todo lo que recogimos del mensaje grabado en ella parece haber sido concebido, experimentado y verificado por los hombres. El sabio que ha redactado esta memoria razona exactamente como lo hacen nuestros mayores súbditos, y las leyes que enuncia se aplican muy bien a las facultades humanas.

—Eso no me sorprende en absoluto —dije Spencer—. Los fenómenos obedecen a las mismas leyes en todo el Universo. Las reacciones nucleares del helio, por ejemplo, se producen por todas partes en las mismas condiciones. Que sea habitante de otra galaxia o uno de nuestros físicos el que las estudie, es preciso que llegue a las mismas conclusiones y que las expresen casi del mismo modo. Igual tiene que pasar en los fenómenos psíquicos: Allá donde reina la inteligencia, los procedimientos puestos en acción para explorar el Invisible deben parecerse por lo menos.

Chanar meditó algunos segundos. Al cabo de ellos, creía que los signos alineados en la barra intentó traducirlos partiendo de esta base, no consiguió nada. Por contra, después de que practicó la escritura inconsciente, los resultados fueron abrumadores: Una ciencia inmensa, de la que la Humanidad no poseía más que algunos vagos rudimentos, estábase revelando poco a poco a Kerrick y a él; Spencer, realista como son los occidentales, no había dudado en utilizarla para ganar dinero.

—Conservará usted indefinidamente para su beneficio y el nuestro, los secretos que nos revele este lingote, ¿verdad? —preguntó Chanar con una voz dulce.

Kerrick emitió una risita sin la menor alegría.

—Estoy muy decidido —afirmó, con aire definitivo—. Mi pobre Hamid, ¿se da usted cuenta de lo que ocurriría si estas teorías se hicieran públicas y si los métodos puestos en acción los pudiera poseer el primer hijo de vecino? Gente sin escrúpulo, ávidos de poder que forman legión, no las utilizarían más que para despojar, esclavizar o dominar al prójimo. Ante las agresiones de género nuevo, la protección del ciudadano no podría garantizarse por los medios clásicos, puesto que la fuerza material y la eficacia de las armas se convertirían en cosas ilusorias. Sería preciso entonces trastornar a fondo las leyes existentes para crear un nuevo equilibrio. El mundo conocería un período espantoso, puesto que su organización anterior se hundiría antes de ser reemplazada por un sistema más adecuado. No,

créame, es una suerte que seamos nosotros quienes estemos en posesión de este documento: Somos honrados, reunimos nuestros medios excepcionales al servicio de causas justas y no ambicionamos apoderamos del poder. Que el mundo continúe progresando según su curso normal... Eso sería rendirle el más hermoso de los servicios, mucho mejor que abrirle de golpe las puertas de lo Desconocido...

Colocando la mano sobre el mazo de hojas apiladas ante él, Kerrick añadió:

—Esto no constituye solamente una mina de ero científica, es también, mejorando lo social, la más terrible de las bombas. Cuando hayamos acarado el trabajo, estudiaré el manuscrito a fondo rara grabarlo enteramente en mi memoria, después reduciré estas páginas a cenizas y veré el medio de lanzar la barra al fondo del Pacífico, a fin de que ninguna otra persona aprenda a domesticar la energía psíquica jamás.

Chanar cruzó los brazos.

—Quizá tenga usted razón, Spencer —admitió de mala gana—. La Humanidad no está lista para recibir la luz, pero, por mi parte, hubiese deseado que «Invisible, S. A.» graduase la llama para transmitirla a las generaciones futuras. ¿Tenemos derecho a explotar egoístamente, con fines vagamente comerciales, técnicas que exceden a los secretos mejor ocultos por la Naturaleza? Su memoria infalible, su sólido buen sentido y sus cualidades morales nos hacen dignos de llevar la antorcha. ¿No la entregará usted, antes de morir, a otro individuo tan equilibrado como usted mismo que la llevará como en relevo y transmitirá al porvenir? ¿Quién sabe si, un día, la población del Globo no tendrá una necesidad urgente de tal ciencia...

Kerrick no rechazó de plano las sugestiones del hindú. El mismo las habría aceptado de buena gana si no hubiese mesurado a su justo valor las indudables posibilidades que ofrecía el estar en posesión de fuerzas ocultas. ¿Otro igual que él podría resistir la tentación de la celebridad, de la riqueza o de la gloria? ¿Transferir a alguien los conocimientos no sería confiar en un depositario que pudiese desencadenar todos los males que él acababa de describir? ¿No era esta una razón para manifestar querer destruir la inestimable documentación que había él mismo puesto al día?

—Ya estudiaremos eso más tarde —dijo con un suspiro—. Siempre estaremos a tiempo de volver a considerar el problema cuando hayamos descifrado la totalidad de este misterioso mensaje. Sigamos, Hamid...

* * *

Pasaron algunos días sin que «Invisible, S. A.» tuviese visita de ningún cliente. Pero una mañana, mientras Cecilia Bell ocupaba el salón de recepción, el timbre de entrada vibró.

Poco después se presentó delante de ella un hombre de apariencia borrosa, con el rostro socarrón, con vestimenta maltrecha y un poco lúgubre.

Daba vueltas a la ala de su sombrero entre sus gordezuelos dedos, cuyas uñas negreaban.

La secretaria lo examinó con discreción, lo invitó a sentarse y a exponer el motivo de su visita. El hombre debía tener preparado lo que iba a decir, puesto que comenzó sin buscar palabras:

—Me llamo Woodford, Wallace Woodford, y le prevengo de que no tengo mucha fe en las promesas del anuncio de ustedes.

Su voz tenía una resonancia agria, desagradable. Cecilia se esforzó en no testimoniar la antipatía que sentía ante su interlocutor y se dedicó a retener mentalmente todos los detalles de la entrevista como lo había enseñado Kerrick:

—Los términos de tal anuncio han sido cuidadosamente sopesados —dijo con calma—. Mi papel consiste en no acordar la ayuda de «Invisible, S. A.» más que en los casos en donde el éxito sea seguro.

El hombre hizo un guiño de picardía.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Se dan ustedes el lujo de escoger a los clientes?

—No intervenimos más que yendo a lo seguro, señor Woodford —corrigió ella, serena—. Al contrario de ciertas oficinas, nosotros no reclamamos honorarios si no es en el caso de que estamos en situación de dar satisfacción plena. ¿Qué desea de nosotros?

Woodford se agitó en su sillón, instalándose más confortablemente.

—Anote lo que le voy a decir —dijo—. La historia es endemoniadamente complicada y no quiero repetirla por dos veces.

—Jamás registramos las declaraciones de nuestros clientes. Ya le pediremos aclaraciones si lo encontramos indispensable.

A menudo, Wallace Woodford impresionaba a las personas por sus modales autoritarios y su perpetuo mal humor, pero aquí sus truquitos no tenían éxito, su cualidad de cliente no le comportaba ninguna consideración especial.

—Bueno —accedió con la boca encuadrado por dos pliegues amargos —. El fondo del asunto es que me han despojado de una herencia... Ni la policía, ni los hombres de leyes son capaces de enderezar esta situación y me sentiría maravillado si ustedes pudieran tener éxito... He aquí cómo han pasado las cosas: Mi hermana, Ethel Woodford, se casó a la edad de veinte años con un rico escocés que murió cuatro años después en un accidente de aviación. Ella heredó sus bienes por un importe de veinticinco mil libras esterlinas. Mi hermana hubiese podido vivir, la tonta, con toda comodidad, sino se le hubiese puesto en la cabeza volverse a casar, a los veintinueve años, con un individuo sin un céntimo, un poco más joven que ella y que carece de escrúpulos. Al cabo de dos años, el matrimonio resultó un infierno: Las disputas violentas se sucedían y Ethel se obstinaba en creer que algún día su marido se enmendaría. Vivía en una propiedad de Northumberland, llamada «Les Bruyères», no lejos de Rochester. Hace dos años, mi hermana se ahogó

en el lago de sus posesiones. La encuesta se encerró con un veredicto de muerte por accidente, y los bienes de Ethel pasaron a poder de su marido.

Woodford se golpeó la rodilla con la palma de la mano y gritó, irritado:

—¡Estoy convencido de que él la asesinó, pero no puedo probarlo!

VI

Woodford miró a Cecilia con aire de desafío, como si esperase que pusiera en duda sus palabras. La secretaria no parpadeó siquiera, escuchando los datos concretos sobre los que su interlocutor establecía su convicción.

—Sí —afirmó él—. Estoy seguro de que la ha matado y que ha hecho pasar su crimen como si se tratara de un accidente. Como es natural no ha tenido testigos... Mi hermana no mostraba rastro alguno de violencias cuando se la recuperó. El médico forense ha diagnosticado muerte por congestión. No ha habido señal alguna que permitiera a los investigadores sospechar de un asesinato. Trate usted de hacer reabrir un fichero, sobre todo cuando el presunto culpable está muerto igualmente...

El fino rostro de Cecilia reflejó asombro, a pesar de su propósito de no exteriorizar sentimiento personal alguno.

—¿Ha muerto también su cuñado?

Wallace Woodford dio curso libre a su exasperación:

—¿Es que no me ha comprendido? ¡Pues claro que está muerto! ¡Eso es lo que complica las cosas! Ha legado la fortuna de Ethel a una mujer, a una tal Clara Mild, que se convirtió en su amante seis meses después de la desaparición de mi hermana. Por lo menos, sus relaciones se han hecho oficiales desde este instante, pero solo Dios sabe cuánto tiempo ha pasado desde su comienzo... Esa Clara Mild disfruta de una fortuna que me pertenece por derecho, puesto que si se hubiera demostrado la culpabilidad de mi cuñado, habría perdido el beneficio de heredar a su esposa. Desgraciadamente, ese granuja pereció en la catástrofe del paquebote submarino «Atlantis» la semana pasada. Mientras vivía, tenía yo una oportunidad de hacerle pagar su crimen algún día y de recuperar los bienes de Ethel, pero ahora, ¿qué quiere usted que haga?

Se echó a reír burlonamente.

—Un caso bonito para ejercitar los talentos de ustedes, ¿verdad?

Cecilia no se dio cuenta del sarcasmo contenido en la pregunta de Woodford. Estaba demasiado preocupada por ver si la reputación de «Invisible, S. A.» podía verse comprometida seriamente en una empresa tan ardua.

Por una parte, el hombre sentado ante ella quizá cometía un grave error al imaginarse que su hermana había sido asesinada: no aportaba el menor elemento en apoyo de sus sospechas. Por otra parte, aun admitiendo que hubiera habido un crimen, obtener, dos años después de producirse los hechos, una prueba determinante que hubiera pasado desapercibida a los policías que investigaron el caso, parecía una verdadera locura...

—¿Cómo se llamaba su cuñado? —preguntó por pura rutina.

—Clifton Jebb. Tenía treinta años. Había conservado «Les Bruyères»

como domicilio.

Sin demasiada seguridad preguntó Cecilia:

—¿No tiene usted aquí una foto de Ethel, un objeto que ella llevara siempre, cualquier recuerdo?

Woodford se encogió de hombros sorprendido.

—No colecciono reliquias... Tras su segundo matrimonio no tuve con ella más que contactos lejanos.

—¿Quién ocupa «Les Bruyères» actualmente?

—Creo que nadie. Clara Mild vive en Londres. No quiere enterrarse en aquel lugar... Fui a verla a su domicilio, en Fairhaxel Gardens, para tratar de obtener una participación amistosa de los bienes, pero ella, la muy zorra, me puso de patitas en la calle...

Todavía se estremeció de cólera.

—Cuál es la dirección de usted? —preguntó Cecilia.

—Oíd Kent Road, número 52.

Cecilia reflexionó, después declaró con un tono completamente administrativo:

—No puedo tomar la responsabilidad de decirle en este momento si acordaremos o no concederle nuestra ayuda. Es preciso que consulte con la Dirección.

Woodford hizo un gesto de desaliento.

—¿Me va a despedir con buenas palabras, no?

Como los detectives privados a quienes he visto antes de venir aquí... El anuncio de ustedes no es más que un engaño...

—No haga aseveraciones con anterioridad a nuestra decisión —dijo Cecilia con frialdad—. Antes de veinticuatro horas se le comunicará lo acordado.

El hombre se levantó, giró pensativo entre sus manos el ala de su sombrero y exclamó con suspicacia a la secretaria:

—Tengo decidido pagar mil libras esterlinas por obtener una prueba irrefutable de la culpabilidad de Clifton, ¿comprendido?

* * *

Nada más marcharse Wallace Woodford, Cecilia entró en la estancia donde se hallaban reunidos los cinco miembros del equipo. Se dio cuenta del criterio que se había formado Kerrick por el modo que ella había tenido de comportarse durante esta primera negociación.

—Perfecto —la tranquilizó Spencer—. Ha dado usted la nota precisa. Más vale mostrarse algo reticente. La gente no debe pensar que somos infalibles, eso quitaría méritos a nuestros éxitos.

Masivo, doblado sobre sí mismo, Kertch hojeaba con desgana una revista. Ursula Holmes estaba haciendo punto de media. Leroy y Chañar jugaban al ajedrez, sin poner en la partida facultades especiales que habrían

falseado el juego. Ninguno de ellos parecía haber prestado gran atención a la entrevista que había tenido lugar en la sala de visitas, y Cecilia se sintió ofendida.

—¿Qué piensa usted de esa historia? —preguntó a Spencer sentándose en un diván—. Ese Woodford puede estar equivocado, y asimismo, si ha entrevisto la verdad, me parece que ya es demasiado tarde para desentrañar las circunstancias del drama...

Kerrick se rascó la barbilla. La secretaria razonaba con lógica, pero una lógica restringida; no se daba cuenta que todo hecho deja rastros indelebles y que los métodos que se salieran de lo corriente podrían hacerlos aparecer a la vista.

—Pienso que mil libras, ofrecidas para enderezar una injusticia, son siempre buenas de cobrar— dijo con una sonrisa ambigua—. El tal Woodford no es simpático, pero, después de todo, defiende sus derechos. «Invisible, S. A.» se dedicará a comprobar sus acusaciones.

Al oír estas palabras, los colaboradores de Spencer levantaron hacia él sus miradas. No desplegaban sus aptitudes supernormales más que a solicitud, pues la utilización de tales facultades Ies producía una fatiga aniquilante, seguida de una enorme depresión. Por esto mismo, alguno de ellos experimentaba vivo sufrimiento después de una sesión de investigación en un medio que ningún instrumento científico podía explorar.

Frecuentemente se le ocurría a Kerrick que ellos cinco constituían *un ser de esencia superior.* La suma de sus dones complementarios, amplificados por un trabajo opcional, creaba una especie de superindividualidad con poderes extensos; los cinco sentidos normales permiten al hombre plena conciencia del mundo que le rodea. En ese caso, las hipersensaciones ofrecían a Kerrick el panorama de regiones desconocidas del Universo. Su grupito, unido y bien adiestrado, podía remontar obstáculos que desafiaran la sagacidad de los mejores sabios, pero fuera de los momentos en que los ponían en práctica, ellos no diferían en absoluto de las personas normales y se comportaban como todo el mundo.

—Este asunto no ofrece el menor asidero —observó Kertch—. Los interesados principales están muertos y no tenemos nada preciso como punto de partida, más que el coronel dictaminando un accidente y podemos estar seguros que tal veredicto no se emitió a la ligera...

Kerrick se frotó las manos.

—Esta es la ocasión pintiparada de poner en práctica alguna de mis teorías —afirmó con un guiño imperceptible en dirección a Chanar—. El plazo de veinticuatro horas que la señorita Bell ha dado a Woodford debe bastarnos para poner en claro el asunto. Partiremos todos después del mediodía para «Les Bruyèeres».

La señora Holmes acogió la noticia con repugnancia. Detestaba viajar. Depositando sobre sus rodillas la labor que estaba haciendo, rezongó:

—¡Usted no me obligará a trasladarme a Northumberland en plena

noche! A mi edad, la humedad...

—Lo lamento, Ursula —contestó Spencer con ¿re contrito—. Pero es preciso que venga usted, es muy importante. Sin su colaboración, nada podremos hacer...

Halagada en su interior, la señora de Holmes mantuvo, sin embargo, su oposición:

—Tiene usted ideas peregrinas, Spencer —protestó, con el rostro deformado por tics nerviosos—. Sabe bien que puedo operar a distancia,, tomo Chañar, Leroy o Kertch. ¿Por qué hacemos ir allá, tan lejos, esta tarde, antes de haber cobrado honorarios?

—Tiene razón —la apoyó Paul Leroy—. ¿Qué es lo que nos impide iniciar desde aquí las investigaciones?

Kerrick apoyó su barbilla en la palma de la mano; Se notaba observado por Cecilia Bell y no quería, en su presencia, desvelar las razonas de su decisión. Por lo menos, todas no...

—Woodford no nos ha entregado objeto personal alguno sobre el que podamos trabajar —explicó—. Sobre el terreno, encontraremos más de je necesario, pero no podemos llevamos lo que deseemos: será preciso examinarlos en el mismo campo de operaciones. Por otra parte, la atmósfera especial del lugar puede orientar nuestras investigaciones. No pasaremos allí más que el mínimo tiempo posible.

Se levantó y consultó su reloj.

—Son las doce menos diez. Partiremos a las tres, para llegar a Rochester al caer la noche. Como hay algo de niebla, usted Paul, tomará el volante. Kertch, haga el favor de reunirse conmigo en mi habitación después de almorzar, tenemos que tomar juntos algunas precauciones. En cuanto a usted, Cecilia, no se inquiete: habremos regresado antes de que vuelva Woodford.

La secretaria no reflejó en su rostro la alegría cordial que experimentaba ante la perspectiva de quedarse sola en aquella extraña mansión, cosa que prefería a la eventualidad de tener que acompañar al grupo a la residencia de los finados Ethel y Clifton Jebb.

* * *

Al cabo de un viaje de quinientos kilómetros, el coche se detuvo no lejos de la verja que confinaba el dominio de «Les Bruyères». La noche era negra, un viento continuo curvaba la cima de los árboles. No se alcanzaba a ver a simple vista a diez metros, el cielo se hallaba ensombrecido por espesas nubes que derivaban hacia el mar.

—Siento tener que ponerle al trabajo, Paul —dijo Kerrick antes de invitar a bajar a los otros—, pero usted únicamente es capaz de guiarnos en las tinieblas...

Leroy esbozó un gesto negligente.

—Conducir inconsciente un vehículo no me ha fatigado en absoluto... Hubiera podido empuñar el volante dos mil kilómetros más sin sentir la menor crispación interior. ¿Dónde quiere que les lleve de momento?

—Para empezar a la casa. Después al estanque en dónde se ahogó Ethel...

Leroy ocultó la cabeza entre las manos y se acarició los párpados.

—Está a cien metros de aquí —evaluó—. La reja está cerrada con llave...

—Pues bien, tiene usted ocasión de ofrecernos una muestra de sus facultades metaquinésicas —dijo Spencer con tono seco que contrastaba con el aspecto siniestro del paisaje—. Vamos, en marcha...

Kertch y Chañar, que viajaron en el asiento trasero, abrieron las portezuelas y luego ayudaron a Ursula Holmes a bajar del vehículo. La mujer se estremecía y temblaba como un flan cuando el viento empezó a darle en el rostro. Bajo el brazo izquierdo apretaba contra sí un pesado envoltorio esférico, tapado con un trapo negro. Kerrick se dio cuenta y dijo con una pizca de humor perverso:

—Déjese la bola de cristal dentro del coche, Ursula. No va a necesitarla...

—No puedo hacer nada sin ella —refunfuñó la mujer apretando contra su cuerpo la esfera.

Spencer se dijo que debía renunciar a hacerla admitir que aquella bola no tenía la menor utilidad. A pesar de las pruebas contrarias que él la había proporcionado, la señora de Holmes se obstinaba en creer en las virtudes mágicas del globo ce cristal; o quería comprender que la videncia puede manifestarse sin recurrir a un espejo o a cualquier otro objeto más o menos fascinante. Tenía demasiada edad para cambiar de opinión en ese punto ...

—Muy bien —respondió Kerrick—. Peor para usted si la deja caer y se rompe. Adelante...

Haciendo crujir las hojas secas bajo sus pies, siguieron todos ellos a Leroy cuya silueta veían confusamente a cinco metros delante de ellos. Kerrick, bien o mal, sujetaba a la señora de Holmes, mientras que Chañar, aguzando su receptividad mental, esforzábase en detectar la proximidad de otros seres humanos.

Los cinco compañeros se reagruparon ante el portalón. Quedaron inmóviles a dos pasos de la verja y entonces percibieron un ruido metálico. Uno de los batientes se abrió lentamente mientras los goznes emitían un penetrante chirrido.

—Bravo, Paul —murmuró Spencer—. No me atrevería jamás a dejarle a solas con mi caja de caudales...

—Pongo en práctica sus enseñanzas —replicó Leroy, siguiendo su camino por el sendero central.

Los otros siguieron detrás, las pisadas haciendo rechinar la grava. Ninguno de ellos había entrado fraudulentamente jamás en una propiedad

particular y no pudieron evitar sentir algo de temor. Kerrick cogió a Chanar del brazo para pedirle:

—¿Qué informa, Hamid, su radar cerebral?

—No hay persona viva en torno a nosotros y en un radio de tres kilómetros.

Esta afirmación tranquilizó algo a los miembros de la expedición, que maldecían interiormente a Kerrick por meterles en tal aventura. El paseo nocturno, en un parque rodeando una vi- rienda desierta, no tenía nada de agradable.

Minutos más tarde, Leroy abrió sin tocarla la pesada puerta de roble de la casa señorial en que vivió Ethel Jebb, de soltera Ethel Woodford.

—Entre con Ursula —dijo Kerrick—. Que ella se impregne del ambiente de la mansión. Si ven en alguna parte una foto, una joya o un vestido de Ethel, tráiganlo. Les esperamos aquí.

De repente, al experimentar un fuerte angustia, la señora de Holmes efectuó un movimiento de retroceso. Su rostro se decoloró, sus dedos se crisparon nerviosos en el brazo de Paul, después, tomo atraída por la densa negrura que se abría ante ella, se sumergió despacio en la obscuridad, acompañando a su guía.

Con las manos en los bolsillos, Kertch esperó a que su compañera se hubiera adentrado lo bastante dentro de la casa, para decir a Spencer:

—No dudo de que le sea posible saber la verdad, pero no podrá, bajo el punto de vista legal, declarar qué métodos hemos utilizado en estos momentos... Se nos procesaría por violación de domicilio.

Desde la sombra, Kerrick sonrió.

—Si ha habido realmente un crimen, es Woodford quien tendrá que vérselas con el procedimiento legal y no nosotros. Nuestro papel debe limitarse a proporcionarle una prueba, una prueba válida jurídicamente, y no a proclamar cómo la hemos logrado...

—De acuerdo, pero él sí que tendrá que explicar su origen. No dejarán de interrogarle a este respecto...

—Ya me lo figuro, pero esperemos primero el resultado de nuestra investigación. Si Ethel murió accidentalmente, no hay tal problema… o no lo habrá...

Una ráfaga de viento silbó por entre las ramas. A lo lejos, la reja, todavía abierta, emitió un gemido al pivotar sobre sus goznes. Pasaron largos minutos antes de que Paul y Ursula reaparecieran en el umbral de la mansión.

Kerrick se apartó de la pared en la que habla estado apoyado.

—¿Han recogido objetos personales?

—No estoy muy seguro —respondió Leroy—. Parece ser que el llamado Clifton se dio buena maña en suprimir todos los vestigios de la presencia de su esposa. No he visto nada que haya sido con seguridad uno de sus objetos familiares. *Al* azar, he tomado un cortaplumas de su secreter hay muchas probabilidades de que ella lo utilizara...

—¿Y usted, Ursula, qué impresión tiene?

La interpelada contrajo involuntariamente sus rasgos varias veces. Apretó con mayor fuerza su bola de cristal y murmuró:

—La desgracia gravita sobre la casa. Todos los que la han habitado o la habitarán murieron o morirán de muerte violenta.

Kerrick sabía cómo interpretar las frases a menudo grandilocuentes de sus colaboradores. Cuando hablaba de «desgracia» designaba un campo de fuerzas nefastas que orientaban al ser humano hacia una futura catástrofe, de manera tan segura como el instinto hace que las ratas huyan del navío a punto de naufragar. Ethel, su primer marido y Clifton Jebb habían sufrido tal influencia.

—Vayamos al estanque —decidió Spencer—. El agua conserva bien el reflejo de los acontecimientos.

Siguiendo a Leroy, el grupito se puso en marcha por las frondosidades. Kertch, en previsión de la tarea que esperaba le encomendaran, comenzó a almacenar energía y a dilatar su pecho robusto. En cuanto a Chanar, cuyo caminar felino no haría el menor ruido, se preguntaba por qué Kerrick le había hecho estar presente en tal inspección. ¿Era a simple título documentario o para recurrir a él?

Paul Leroy embocó un sendero bordeado por zarzales, lo recorrió durante cincuenta metros; bruscamente, la imagen que le proporcionaban sus ojos coincidió con la más nítida, que le ofrecía su percepción ultrasensible. Un poco más lejos la superficie rielante de una porción de agua se agitaba apaciblemente. Allí, dos años antes, se había ahogado Ethel.

Kerrick se separó de sus compañeros; siguió el borde del estanque para buscar un emplazamiento propicio. Pronto descubrió un promontorio artificial, rocoso, desde donde se divisaba toda la superficie acuática. El lugar era muy conveniente...

Volviendo sobre sus pasos, Spencer reunió a los demás y los invitó a acompañarle hasta la plataforma.

—Aquí —dijo— se cumplen todas las condiciones desde el punto de vista de la hora, el lugar y las coordenadas parapsíquicas. Nuestra primera tarea consiste en recoger el testimonio de fe de Ethel Jebb.

VII

Con un gesto discreto, Kerrick ordenó a Kertch que se pusiera manos a la obra. El coloso se situó detrás de Ursula Holmes y proyectó hacia su nuca una mirada perforante. Sin ninguna señal precursora, los ojos de la mujer se cerraron, tras convulsionar en sus órbitas, y ella misma cayó hacia atrás con la rigidez de una plancha de madera o metálica. Soltó la preciada bola de cristal, pero Leroy la atrapó al vuelo, mientras que Kertch frenaba la caída de la señora de Holmes sujetándola por la espalda. Luego, la depositó en el suelo, húmedo y duro, sabiendo que su compañera estaba insensible a cualquier contacto. Después, profundizó aún más el sueño hipnótico hasta convertirlo en letargo.

Leroy, Chanar y Kerrick contuvieron la respiración. Los tres sabían que nunca se había podido *obligar* a una persona difunta a comparecer ante seres vivos. Y precisamente eso era lo que Kertch y la señora de Holmes iban a intentar hacer. Chañar, aun conociendo lo que estaba escrito sobre el asunto en la barra metálica, jamás hubiera creído que Kerrick se atreviera a realizar el experimento.

Un mudo diálogo, cuya texto Spencer había dado previamente a Kertch, establecióse entre el hipnotizador y la vidente, cuyos dedos se crispaban sobre el cortaplumas.

La piel del rostro de la señora de Holmes se tensó encima de los huesos hasta el punto de darle el aspecto de una muerta. Su busto no mostraba el menor efecto de la respiración. Mientras que Leroy y Chanar la contemplaban fijamente, los ojos de Kerrick exploraban la superficie del agua.

Spencer estaba febril. Lo que sobre todo le importaba era la comprobación experimental de uno de los capítulos más alucinantes de la obra impresa en el metal extraterrestre. Si lograba convocar, según sus órdenes, a individualidades difuntas para arrancarles información requerida, ¡ningún otro problema humano quedaría insoluble!

Con los dientes apretados, el ceño fruncido, vigilaba con una atención redoblada el plano del agua que se extendía delante de él. A dos o tres metros en torno a su altura, una banda de niebla estaba en trance de condensarse. Durante un instante, Spencer se creyó víctima de una alucinación provocada por una tensión interior demasiado fuerte.

—Chanar... —jadeó en voz baja—. ¿Ve usted esa... esa voluta de humo?

El hindú, como él, fijaba intensamente su vista en la especie de bulto blanquecino de algodón que flotaba por el espacio, casi al alcance de la mano.

—Sí —respondió con un susurro—. Está en vías de formación... *ella*...

Paul Leroy, que siempre había negado la posibilidad de producir fenómenos de esta índole, contemplaba con la boca abierta la imagen que

poco a poco se hacía más precisa saliendo de la nada. Algunos segundos bastaron para que los contornos se precisasen y pudiese hacerse reconocible la silueta de una mujer joven. Poco después se enriqueció esta forma con una multitud de detalles y, de súbito, a escasos pasos de los tres observadores, Ethel Woodford flotó en el vacío, con una actitud muy natural, una expresión interrogadora llenando los rasgos de su rostro.

Una corriente de aire frío se abatió sobre los tres hombres, pero Kerrick la recibió con la satisfacción del experimentador que ve realizarse sus esperanzas punto por punto, puesto que esa señal acompaña obligatoriamente el nacimiento de toda aparición. Spencer advirtió también que el cuerpo de Ethel *no se reflejaba en el agua* otra característica de su origen hiperespacial.

Sin pretenderlo, se acordó de las preguntas que Kertch debía formular desde el principio a la hermana de Woodford, por intermedio de Ursula, sin que tales preguntas fueran enunciadas en voz alta.

Ethel debió comprenderlas porque dio su aprobación por dos veces. Sus labios se movieron, pero ningún sonido hizo vibrar el aire ambiente. Por otra parte, conociendo las preguntas, Kertch pudo leer las respuestas por los movimientos de la boca de la joven, sin esperar a que Ursula repitiera las frases. Mentalmente reconstituyó el siguiente diálogo mudo:

Kertch: «¿Cayó usted al agua accidentalmente o fue empujada por alguien?»

Ethel: «Clifton me empujó desde el lugar donde están ustedes ahora.»

Kertch: «¿La hizo involuntariamente o con intención definida de asesinarla?»

Ethel mostró una expresión dolorosa, desesperada. Retorció los brazos y meneó varias veces la cabeza al responder:

«Me había recostado en él... Me hizo soltarle en seguida. Leí el odio en su mirada cuando caí hacia atrás, al agua helada.»

Kertch: ¿«Qué profundidad tiene el estanque en esta zona?»

Ethel: «Tres metros.»

Kertch: «¿Está usted segura de que no quería solamente hacerla tomar un baño a la fuerza?»

Ethel: «No... no... quería desembarazarse de mí. Sabía que moriría ahogada, desapareciendo para siempre.»

Kerrick tuvo cuidado de repetirse que la persona de Ethel, tal y como la veía, *no existía en absoluto,* que aquella aparición fantasmal no era más que una percepción alucinantes engendrada por Ursula Holmes, y sin embargo se veía subyugado por la aparente materialidad del fenómeno.

Chenar y Leroy, a su lado, percibían a Ethel exactamente del mismo modo, constatando que una porción del espacio vecino estaba ocupada por *alguna cosa* que ni era un organismo vivo, ni un cadáver, ni siquiera un fenómeno físico de naturaleza luminosa.

En realidad, Ursula, conducida por Kertch a un estado psíquico ultrasensitivo, les abría una ventana a un plano sito más allá de las tres

dimensiones de nuestro mundo habitual; ella convertía en sensaciones, a su modo, formas de energía inconcebibles... tal y como el aparato de radio capta y transforma en excitaciones auditivas las ondas de las que no tenemos percepción directa.

Spencer abandonó un instante la contemplación de Ethel para inclinarse sobre la señora de Holmes. La máscara blanquecina de esta última traicionaba el espantoso gasto de energía vital al evocar a Ethel, a pesar de la constante contribución de las fuerzas que Kertch la suministraba por vía magnética.

El soplo de vida subsistente en el cuerpo de Ursula podía extinguirse de golpe, puesto que la mujer se hallaba en equilibrio entre dos planos inconciliables. Pero Kerrick quería llegar hasta el fin y obtener la verificación a toda costa. Ahora que se había adquirido la certeza de que Clifton asesinó a su esposa, debía franquearse y de prisa una segunda etapa...

Spencer posó la mano en la espalda del arrodillado Kertch. El hipnotizador relajó su esfuerzo un segundo e instantáneamente la aparición perdió algo de su consistencia. Ethel apreció diluirse, hacerse menos opaca. Pero Kertch había comprendido la orden de Spencer y restableció su influjo sobre Ursula de nuevo y la imagen recobró toda su intensidad. A un metro por encima del agua, lo bastante cercana al grupo para que fueran perceptibles sus menores detalles aun a pesar de la obscuridad, Ethel inclinó la cabeza, las manos juntas, como abandonada a una inmensa soledad.

Fue entonces cuando un segundo retazo de humo empezó a condensarse a la derecha de la primera aparición. Una cantidad creciente de vapor lechoso se ordenó en el seno de la noche, se modeló progresivamente, se engrandeció; como un personaje borroso visto por unos gemelos desenfocados, Clifton Jebb salió de las sombras. La mano derecha metida en el bolsillo de la americana, estudiándose las uñas de la mano izquierda, aire preocupado, tan ignorante de la proximidad de Ethel como del grupo de personas instalado en el promontorio.

De repente, en respuesta sin duda a alguna indicación de Ursula, dirigió la mirada hacia los cinco compañeros sin parecer sorprenderse de su presencia. Entonces, Kertch efectuó la segunda serie de preguntas a las que Clifton respondió dócilmente, sin esfuerzo ni embarazo, conservando una actitud algo afectada a dos metros de Ethel.

Kertch: «¿Reconoce usted haber empujado voluntariamente a su esposa para que cayera al estanque?»

Clifton: «Sí, tenía el deseo de asesinarla.»

Kertch: «¿Cuál fue el móvil?»

Clifton (con un destacado encogimiento de hombros): «¿Se conoce con exactitud lo que interviene para incitamos al crimen? Ethel me exasperaba, ella se imaginaba que su fortuna y mi pobreza la daban derecho sobre mí o hubiera debido ceder siempre a sus caprichos. Empecé a odiarla.»

Kertch: «¿Lamentó después su mala acción?»

Clifton: «Al principio, no. Los remordimientos empezaron cuando en

mi memoria aparecieron ciertos pesares por su suerte. Pero, eso sí, cuando me hundí con el «Atlantis» mi último pensamiento fue un atroz remordimiento...»

Ethel parecía indiferente a aquella conversación. Flotando en la negrura, no participaba de ningún modo en el diálogo; la confesión de su marido no parecía afectarla.

Con las órbitas doloridas de tanto observar intensamente a los dos apariciones, Kerrick tomó por el codo a Chanar y le dijo en voz baja:

—Prepárese, Hamid. Hay que escribir... Póngase en estado de recibir un mensaje psicoescrito: no hay motivo alguno para que esto no dé resultado como lo demás...

Asombrado, el hindú aceptó maquinalmente el block de notas y el bolígrafo que Spencer le puso en las manos. Apenas comprendió la intención de Kerrick se afanó en reducir el campo de su consciencia, en abolir su propia voluntad, entrando en un sopor análogo al de la somnolencia.

Kertch preguntó: «¿Está usted dispuesto a efectuar una declaración o una confesión retroactiva de su crimen?»

Clifton: «Sí. ¿Pero de qué servirá si mi muerte ha puesto punto final a ese horrible asunto?»

Kertch: «Subsisten inconvenientes de orden jurídico que una confesión suya despejaría. ¿Quiere dictar una declaración breve? Bastará con que usted guía la mano de nuestro agente psicosensible...»

Clifton dio su aprobación, bajó la frente como si mirara al agua temblorosa de sus pies. El viento soplaba a rachas, persiguiendo ante él a las nubes. Un retazo de cielo estrellado destacóse de entre las tinieblas; la pálida claridad reveló la orilla opuesta del lago, con sus álamos y sus zarzales; las dos figuras inmateriales, contra toda lógica, se hicieron más claras, pero Kerrick vio en esta variación de la luminosidad una confirmación suplementaria de la teoría en la barra de metal.

Sentado sobre sus talones, Chanar había dejado de ver. Con los párpados cerrados carecía de personalidad; no era más que un instrumento de infinita ligereza al servicio de otra voluntad.

Lo que Spencer esperaba realizóse bruscamente; la mano de Chanar se puso a trazar letras con una prisa y una seguridad casi mecánicas. La punta del bolígrafo viajaba por el papel sin dudas ni detenciones, las palabras se componían en sucesión al filo de una inspiración ordenada por Clifton, o más científicamente, por los vestigios indestructibles de su alma.

La redacción no duró más que un minuto. Acabó de manera tan súbita como había empezado. Kerrick se apoderó de la hoja, la plegó por la mitad sin leerla y se la metió en el bolsillo, antes de que Chanar volviese a la realidad.

Leroy intentó entonces, por su propia cuenta, una rápida experiencia: trató de localizar a las dos apariciones por percepción ultrasensorial. Tuvo que rendirse a la evidencia: lo que era visible a sus ojos no lo era a los órganos que le daban un conocimiento directo, mental, de los órganos sólidos. Las imágenes de Ethel y Clifton pertenecían a otra categoría de fenómenos que los

estudiados por la Física clásica.

—Basta con eso, Kertch —dijo Spencer inclinándose hacia su colaborador—. Libere a Ursula de su tensión...

Para él la prueba era concluyente. Ni siquiera se volvió hacia el lago para asistir al desvanecerse total de los dos protagonistas del drama, vueltos a enviar a la nada de donde se les había sacado.

El silencioso grupo reunido en el promontorio se animó poco a poco. Chanar se levantó con un esfuerzo de sus riñones preguntando si había escrito o no alguna cosa: no recordaba nada de lo que había hecho en los minutos anteriores. Paul Leroy se frotó vigorosamente las manos y los brazos para reactivar la circulación, puesto que se sentía entumecido. La señora de Holmes, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en Kertch, gemía balanceando la cabeza de un lado para otro. Kerrick la 'hizo beber un cordial para estimular sus funciones fisiológicas y ese tónico no tardó en producir efecto. Después de un suspiro capaz de conmover a un alma sensible, Ursula musitó:

—¿Dónde estoy?... Enciendan la luz...

Kertch se dedicó a ponerla en pie, ayudado por Spencer y Leroy. La mujer estaba más blanda que un globo deshinchado, pero ya su humor avinagrado se volvía a poner de manifiesto.

—Me está rompiendo el brazo, señor Kerrick —exclamó con verdadera mala fe, tambaleándose para no caer—. Y antes que nada, ¿dónde está mi bola de cristal? Usted me...

—Tome, aquí al tiene —dijo Leroy sarcástico—, aproveche la ocasión para deshacerse de ella. Tírela al estanque y no se hable más...

A pesar de que se hallaba al borde del agotamiento, Kertch no pudo por menos de sonreír. Como los demás, sufrió la chocante reacción propicia a la risa que se manifiesta después de una tensión nerviosa demasiado fuerte. Kerrick y Chanar experimentaban una creciente alegría infantil fuera de lugar, más irresistible.

La señora de Holmes, sofocada de indignación y recobrando como por arte de magia la plena posesión de sus sentidos, respondió con voz agria:

—¡De buena gana le estrangularía con mis propias manos, ave de mal agüero!

Los cuatro hombres tuvieron que hacer un esfuerzo para no soltar la carcajada. Dentro de aquel decorado de tragedia, la escena estaba fuera de lugar.

—Partamos —ordenó Kerrick para poner fin a la algarada y apresurar el regreso—. Gracias a su ayuda, a la ayuda de todos, hemos dado un gran paso en la investigación de acontecimientos del pasado. Este balance es más satisfactorio que las mil libras de nuestro amigo Woodford...

La claridad aumentaba en el cielo, la carretera era más fácil de seguir a la vuelta que a la ida. Leroy fue a devolver el cortaplumas al interior de la mansión, cerró la puerta sin tocarla y se reunió con los demás miembros del

equipo cuando estos franqueaban el portalón de la verja.

Se instalaron en el coche y se taparon las piernas con mantas de viaje. El reloj del tablero marcaba la una de la madrugada. El dulce ronroneo de la turbina motora se sobrepuso a los murmullos del bosque creando una especie de intimidad en el interior del vehículo, que partió describiendo media vuelta completa.

Al volante, Leroy no tardó en romper el silencio.

—Francamente, Kerrick, admiro vuestra pericia. Esta vez me veo obligado a inclinarme ante ustedes porque he presenciado un fenómeno asombroso de cabo a rabo y en plena lucidez. Pero, ¿de dónde diablos ha sacado usted los conocimientos que le han permitido realizar tal prodigio? Si pertenece a unos dominios en el que los sabios más ilustres van a tientas, eso es señal de que...

—Es necesario abordar esas cuestiones sin ideas preconcebidas —contestó Spencer con tono evasivo—. Primero, borrón y cuenta nueva de todas las ineptitudes que se han relatado a este respecto, tanto por la parte de los espíritus como por la de los psicólogos y los neurólogos. Todos han descuidado un punto capital: una comunicación de no importa qué género, visual, auditivo u otro, con el universo psíquico no es el fruto de una aptitud individual, sino el resultado de *un trabajo colectivo.* No basta estudiar a un individuo capaz de establecer el contacto con lo que, por comodidad, se llama el Más Allá, es necesario englobar en el estudio las facultades de todas las personas presentes: teniendo en cuenta que las que sólo creen presenciar la demostración, es decir, los testigos, son en realidad participantes activos.

Se interrumpió un segundo para precisar su pensamiento.

—Así, a pesar de nuestra aparente pasividad. Chañar, usted mismo y yo hemos colaborado en la evocación creada por Kertch y Ursula.

—¿Qué es lo que dice? —intervino la señora de Holmes, con el rostro agitado de nuevo por el tic que el sueño hipnótico había suprimido provisionalmente—. Me pregunto por qué me hizo sentar al borde de aquel lago, puesto que mi reumatismo...

—Ha estado usted sensacional, Ursula —dijo Spencer obsequiándola con una sonrisa desarmante—. Gracias a usted, el llamado Woodford recuperará una fortuna y nosotros nos embolsaremos unos buenos honorarios, lo que compensará la ligera frescor que experimentó usted en sus posaderas.

Una carcajada sacudió a los hombres, para contrariedad de la señora de Holmes. La mujer adivinó que se habían aprovechado de sus facultades sin avisarla y se sintió mortificada.

—Desapruebo su falta de delicadeza, señor Kerrick—proclamó con severidad.

Después, envuelta en su dignidad ofendida, se aferró con más fuerza a la bola de cristal y se apartó de la conversación pensando en proporcionarse algo de Proxitol gracias a la complicidad de Cecilia Bell.

El taquímetro marcaba 180 kilómetros por hora. Sobre el revestimiento

granuloso pero rigurosamente plano de la autopista, el vehículo corría como un cohete. Un leve ronquido escapóse de la cargante de Kertch. Extenuado, el gigante acababa de dormirse.

Paul Leroy continuó con sus preguntas en voz baja.

—¿Entonces, pretende usted que hemos »ido indispensables para la aparición de los fantasmas de Ethel y de su marido?

Spencer opinó:

—Lo que usted dice ni es del todo correcto, pero se acerca mucho a la verdad. Hemos sido indispensables a *la percepción* del fenómeno supra-normal. Ni Kertch ni la señora de Holmes, que por tanto provocaron el fenómeno, no lo han visto. Ellos establecieron el contacto, crearon un puente, pero sin tener conciencia, como nosotros, de lo que hacían.

Un abismo se abría a las reflexiones de Leroy. Tuvo súbitamente la sensación de que Kerrick habría podido, de quererlo, movilizar las suficientes personas y fuerzas como para dominar el planeta a su antojo. Contenía poderes que de ser ejercita dos públicamente habrían sembrado el terror en ia Humanidad. ¿Por qué deseaba pasar desapercibido, no utilizar sus conocimientos más que para resolver simples asuntos particulares?

Cuando Paul Leroy volvió a hablar, se guardó mucho de formular tales cuestiones y volvió a la materia que le tenía preocupado:

—¿Cree usted que mediante un interrogatorio sistemático de los muertos se puede conocer todo lo referente al Pasado?

Kerrick se arrellanó en su asiento, extendiendo sus entumecidas piernas.

—Nunca lo he dudado... Deseo hacerle una confidencia: ¡con técnicas muy parecidas se puede conocer incluso el Porvenir! Al imaginarse una máquina de explorar el tiempo, Wells creía de buena fe describir una anticipación, en lo que cometía dos errores: primero, esa máquina existía en su época, existe desde el nacimiento del Hombre. Segundo, el agente capaz de explorar el tiempo no es una verdadera máquina, es un conjunto de varias personas vivas cuyas dotes complementarias se utilizan combinadas en el medio de investigación más formidable de los conocidos...

—¿Cuál? —preguntó Leroy devorado por la curiosidad.

Kerrick adoptó una expresión formal.

—¿Cómo? ¿Es que no lo adivina? ¡Pero si nosotros lo utilizamos en todas nuestras pesquisas...!

Como Leroy parecía seguir sin comprender, Spencer precisó:

—EL SUEÑO...

El conductor crispó involuntariamente sus manos en el volante. ¿Cómo no había observado, en efecto, que el único punto en común de las actuaciones de Kertch, de Chañar y de Ursula y del propio Kerrick, cuando éste se aplicaba a sondear su memoria inconsciente (la que todos poseemos y que no olvida nada) era *siempre* el sueño, un sueño, más o menos profundo, que podían graduar a voluntad, bien ellos mismos, bien provocándoselo a un

sujeto, según el objetivo a alcanzar?

El valor informativo del sueño ha sido reconocido en todos los tiempos, pero de una manera intuitiva y es por esa razón que los pueblos en su totalidad tenían, a lo largo de la Historia, desarrollada una creencia simplista sobre el valor premonitorio de los sueños...

—La ciencia del sueño —prosiguió despacio Kerrick—, está todavía en sus balbuceos iniciales, por lo menos en los laboratorios oficiales. Si se sirve de ordinario del sueño artificial para operar a un paciente sin dolor, para curar ciertas enfermedades mentales o para restaurar las fuerzas a un organismo deficiente, se está muy lejos de haber explotado todas sus posibilidades dinámicas. Puede hacerse plegar a un hombre, o a una multitud, a la voluntad del operante, dictarle actos inmediatos o diferidos; pueden hacérsele revivir los detalles más fútiles de su existencia, que recuerde los hechos más lejanos de la especie humana, ponerse en correspondencia telepática con otros seres dormidos o despiertos, o, como ha visto usted esta tarde, acceder a las regiones más misteriosas de lo Invisible, por utilización racional de las propiedades del sueño. No existe barrera alguna para quien conoce profundamente estas propiedades...

Las palabras de Kerrick apenas resonaban en la calma y el silencio del vehículo lanzado a una velocidad de bólido. Leroy le escuchaba con atención sostenida, sin mirar a la autopista. Por un mecanismo que ni él se habría podido explicar, efectuaba todas las maniobras de la conducción por puro automatismo, advirtiendo interiormente los obstáculos o los virajes situados muy lejos delante del vehículo. Se hallaba sorprendido al comprobar que sus propios dones supernormales eran independientes del sueño. ¿Tenían naturaleza distinta a la de los de sus compañeros de trabajo?

—No le he visto mirar las líneas escritas por Chanar —preguntó de repente—. ¿Qué dicen?

Spencer sacó el papel de su bolsillo y sin desplegarlo lo tendió a su interlocutor, sabiendo que Leroy no había podido entender el diálogo entra Ursula y Clifton.

—Lea —le invitó con una sonrisa.

Con la mano libre, Leroy desplegó el mensaje. Las siguientes palabras podían leerse en una escritura picuda:

Ayer asesiné a mi esposa, con la suficiente habilidad para que no se me pueda probar el crimen. Quizá la presente confesión se deba a una mórbida, coquetería, pero este papel no caerá jamás en manos de la policía. Les Bruyères, a 16 de noviembre de 1996. Firmado: Clifton Jebb.

Después de la lectura, Leroy miró a Spencer con aire interrogativo. Previendo la pregunta, Kerrick le dijo:

—Estese tranquilo... Los expertos estarán de acuerdo: es *su* escritura.

Paul suspiró, volvió a plegar la hoja y se la devolvió a Kerrick.

—Todavía hay una dificultad —objetó—. ¿Dónde dirá Woodford que descubrió este documento tan comprometedor?

Kerrick iba a responderle cuando Chanar, doblado sobre sí mismo al fondo del vehículo, anunció con voz desprovista de todo énfasis:

—Ethel Woodford no tenía ningún hermano.

VIII

Kerrick se volvió de un salto, dirigiéndose al hindú una mirada acerada.

—¿Qué dice usted, Hamid?

—Digo que el hombre que ha venido a «Invisible, S. A.» es un impostor... Ethel Woodford no tenía ningún hermano.

Se expresaba, como siempre, con una serena certeza.

—¿En qué se base? —preguntó Spencer, intrigado.

—En una onda telepática que acabo de emitir involuntariamente durante su sueño... Es además la única que nos ha llegado después de que abandonamos «Les Bruyères», a pesar de que le observaban sin descanso. Ha dejado caer la siguiente idea: *Si esos tipos tienen éxito, Clara Mild cantará al son que yo le toque...*. No ejercitaría ningún chantaje sobre esa mujer si fuera el heredero legítimo de Ethel Woodford: por tanto, no es su hermano.

Eso parecí^ evidente... Kerrick tuvo ninguna dificultad en meterse dentro de la cabeza del tal Woodford y convencerse de que era un vulgar delincuente, dotado de una caradura infernal. Aquel individuo no había puesto a contribución los servicios de «Invisible, S. A.» más que con la esperanza de procurarse dinero por un medio de eficaz chantaje.

—¡Eso es demasiado fuerte! —dijo por fin Spencer—. ¿Cómo ha podido imaginarse aun así que Clifton Jebb en realidad asesinó a su esposa?

Ni Leroy ni Chanar pudieron darle respuesta satisfactoria. Con menos dotes para este propósito que Kerrick, se daban cuenta de que se habían convertido en cómplices de un serio asunto de chantaje, pues si clara Mild no tuviese ningún derecho sobre la herencia de Ethel Woodford, su cliente singular tampoco lo tenía.

—En realidad no hemos hecho mucho mal —resumió Paul Leroy, de mala gana—. Valía la pena desplegar nuestras facultades para este asunto...

Felizmente, Ursula Holmes estaba adormecida desde algunos minutos antes. Apoyada contra Kertch, dormía con la boca abierta, vencida por la fatiga, y no oyó ninguna de aquellas palabras amargas. Muy enojado, lamentando haber hecho pasar por una ruda prueba a sus colaboradores sin obtener un resultado práctico, sino decepcionante, Kerrick no se decidía a considerar el asunto como un lamentable error.

—El pretendido Wallace Woodford ha cometido un pequeño error viniendo a vernos —exclamé con fijeza a la carretera—. ¡Tengan fe en mí y no tardará ese tipo en tener una oportunidad para arrepentirse del engaño!...

Leroy acentuó su presión sobre el acelerador: Tomando la pista en una recta rigurosa, el vehículo se lanzó en dirección a Londres.

* * *

A las once y media, el falso Woodford llegó al 28 de Crawford Street. Como la víspera, le recibió Cecilia Bell. Kerrick, según las instrucciones que había dado a la secretaria, no juzgaba interesante revelarle que un malhechor se ocultaba bajo la identidad de Wallace Woodford.

El individuo ocupó el sillón y atacó con su voz avinagrada:

—¿Y bien? ¿Van ustedes a anunciarme que mi proposición no les interesa? ¿No hay ninguna esperanza de recuperar los bienes de Ethel?

Cecilia, con las manos cruzadas, la atajó:

—Por el contrario, señor Woodford. ¿Está usted dispuesto a entregar mil libras a cambio de una prueba indudable de la culpabilidad de Clifton Jebb?

—¡Absolutamente! —confirmó el otro con energía.

Después, un resplandor de concupiscencia en los ojos y en la expresión apareció antes de que preguntara:

—¿Cree usted que se puede descubrir tal prueba?

La secretaria hizo cuanto pudo para no mostrar un aire demasiado triunfante.

—La poseemos —declaró ella lo más tranquila que supo—. Se lo entregaré contra el pago, en billetes de banco, de la suma convenida.

Woodford se aferró a los brazos del sillón, inclinando el busto hacia adelante.

—Tengo mucha curiosidad por ver lo que ustedes...

Estaba tan interesado que dejó caer su sombrero sin darse cuenta.

Cecilia exhibió una fotocopia de la declaración descrita de Clifton Jebb, se la enseñó al visitante que la recorrió con una ávida ojeada. Abrumado, meneó varias veces la cabeza, después lanzó una penetrante mirada a la joven.

—¿Dónde han encontrado ustedes este documento? ¿Cómo se ha podido escapar a la policía?

Cecilia recuperó la prueba, y la colocó en el cajón de la mesa de ébano.

—Si desea conseguir un certificado de autenticidad del original por un grafòlogo antes de comprarlo, es cosa suya, señor Woodford —dijo—. *Después* del pago le revelaremos de dónde lo sacamos.

Aquel hombre dudaba entre dos sentimientos contradictorios, uno el temor de ser engañado, otro el deseo de entrar en posesión de la declaración de Clifton. Lo que le desconcertaba sobre todo era la rapidez con la cual aquella organización había podido conseguir una pieza esencial, puesto que la víspera ignoraba todavía lo concerniente al crimen de «Les Bruyères». Llegó a la conclusión de que «Invisible, S.A.» se había limitado simplemente a fabricar una declaración falsa, pero tan perfecta que desafiaría la sagacidad de los expertos. En cualquier caso, aquel papel valía las mil libras porque representaría un ingreso de veinte veces más.

Un poco de mala gana, el falso Woodford dijo con voz condolida:

—Volveré con dos grafólogos, un funcionario del ministerio de Justicia y la suma pedida. Si surge la menor duda en cuanto a la autenticidad del

escrito, les demandaré por estafa...

No tenía ninguna intención de hacer tal, pero quería ver el efecto que producía su amenaza.

Está usted en su derecho —aprobó Cecilia—. Yo diría que según su punto de vista, es una medida de prudencia elemental. Obraría usted mal si no se asegurara de sus garantías.

Lejos de atenuarse, la perplejidad de Woodford se acrecentó todavía más. ¿Era materialmente posible que aquella agencia hubiese resuelto bien y pronto el problema? Aquella secretaria parecía muy segura de sí misma.

Woodford se inclinó para recoger su sombrero y después levantóse.

—¡Me verá usted muy pronto! —prometió—. ¡Tengan cuidado si intentan engañarme...

—Reflexione, señor. Cualquier engaño se volvería infaliblemente contra nosotros. ¿Dónde estaría nuestro interés?

Cecilia posó sobre él una mirada tan franca que el visitante se tranquilizó. No supo qué responderla y con los rasgos crispados se dirigió hacia la puerta.

Al salir a la calle, el individuo abandonó mentalmente su papel de Woodford para reintegrarse a su personalidad real. Se llamaba en verdad Manners y sus preocupaciones no gravitaban solamente en torno a la herencia de Ethel.

Antes de doblar la esquina de Baker Street, se aseguró de que no le seguían, pero aquella precaución matinal le pareció ridícula un instante después. ¿Por qué iban a seguirle?

Manners bajó a pie hasta la esquina de Oxford Street, con su alma siempre absorta por la entrevista que acababa de celebrar. No, decididamente, no podía concebir más que «Invisible, S. A.» hubiese tenido éxito en obtener en menos de veinticuatro horas una prueba decisiva, y tampoco una maniobra dudosa susceptible de poner a la razón social en una postura falsa.

Renunciando a formarse opinión definitiva, Manners llamó a un taxi. Antes de entrar, miró de nuevo circularmente para comprobar si era objeto de alguna vigilancia desconocida. Con los años, eso casi se le había convertido en una manía... Indicó al chófer la dirección a donde deseaba ir.

Después de que en el centro de Londres hubiese sido prohibida la circulación de los vehículos privados, los transportes públicos tenían vía franca. No fue necesario ni un cuarto de hora para que el taxi, muy de justo por cierto, hubiese llegado a Tooley Street, al otro lado del Támesis. Manners comprobó altivamente el precio de la carrera y penetró, luego de pagar, en un inmueble de ladrillos rojo obscuro, cuya fachada estaba ennegrecida por el tiempo, las oficinas de diversas empresas estaban agrupadas en aquella mansión, como lo atestiguaban las placas de cobre fijas en una parte y otra de la entrada principal.

Como de costumbre, Manners subió al primer piso, entró con aire autoritario en un local cuya puerta estaba adornada por un letrero: «Agencia

Atlas».

Preguntó a la secretaria que se ponía el abrigo para irse a comer:

—¿Está todavía Walcott?

La empleada, sobresaltada al ver que no se trataba de un cliente, afirmó con la cabeza y continuó vistiéndose. Manners franqueó el umbral del despacho contiguo, cerró la puerta tras él y miró al hombre sorprendido que estaba en un sillón, con las manos cruzadas sobre el estómago y los pies sobre la mesa. Otro individuo estaba cerca de la ventana, de pie, con el sombrero echado hacia la nuca.

Los dos ocupantes de la estancia contemplaron a Manners, con las cejas alzadas.

—¡Lo tiene! —anunció este último, seguro que su efecto asombraría a los otros dos. Luego se sentó a horcajadas sobre una silla.

En efecto, Walcott y Smithers adoptaron al momento una actitud menos negligente. Los dos detectives privados que, con Manners, guardaban el personal activo de la agencia Atlas, sufrieron un sobresalto de interés al que sucedió, sin transición alguna, una completa incredulidad.

—¡Imposible! —decretó Walcott, con las comisuras de la boca bajas con un rictus escéptico.

—¡Quieren engañarte! —puntualizó Smithers con un gesto de decepción.

Manners dejó su sombrero de fieltro sobre una esquina de la mesa, sabiendo que sus socios cambiarían de opinión cuando les proporcionara detalles más amplios. Les contó cómo se había desarrollado su segunda visita a «Invisible, S. A.», evocó sus propias objeciones y concluyó:

—No olvidéis que, de entrada, les previne que quería servirme legalmente de la prueba que pudieran procurarme. Si, en estas condiciones, se niegan a venderme por mil libras un papel falso, sería preciso que fuesen idiotas...

Walcott y Smithers meditaron las palabras de sus colegas. Al cabo de unos segundos, el primero hizo recular su sillón para volver a poner los pies en el suelo.

—Es sorprendente —dijo con aire de derrota.

Smithers, menos inclinado a las especulaciones y más afecto a los hechos, se negó a dejarse convencer.

—¡Narices! —exclamó—. No comprendo cómo han podido tener éxito, en sólo medio día cuando hemos estado batiendo el campo durante dos años. ¡Y todavía con menos elementos que nosotros!

Walcott, fiel a su papel de árbitro, era el pro y el contra.

—Nosotros, por lo menos, tenemos la certeza de que había un asesinato, mientras que ellos, después de su primera visita, podían dudar y debían comenzar por discernir ese punto. Si no hubiésemos escuchado cierta conversación entre Clifton y Clara, gracias al microemisor que ocultamos en la chimenea de su cuarto para cumplir con la investigación reclamada por

Ethel Woodford antes de su muerte, no habríamos, como la policía, adivinado que nuestro cliente había sido asesinado.

Manners cogió su rodilla con las dos manos cruzadas y dijo:

—Dad vueltas a la cuestión tanto como queráis, discutirla hasta moriros, no hay solución: Si queremos sacar dinero a Clara Mild, una buena parte de sus veinticinco mil libras que ella tiene indebidamente, será preciso que hagamos algo positivo, puesto que la intimidación no ha tenido éxito. Esos tipos de «Invisible, S. A.» nos lo ofrecen. Debe ser serio, porque de otro modo se expondrían a ser enchiquerados, en menos que canta un gallo... No nos rompamos la cabeza para averiguar cómo lo han obtenido, aprovechémonos de la ocasión y tratemos de reunir...

—Sí —accedió Smithers—, pero ahora se trata de tener mil libras, y eso sí que vale la pena de reflexionar por lo menos cinco minutos.

—Vamos —insinuó Manners—. Permitidme tan sólo que recuerde que antes de decidir a solicitar la colaboración de esa organización cuyo anuncio lo habíamos visto inserto en la prensa durante bastantes días, estuvimos meses y meses reflexionando.

—Hay un medio de arreglarlo todo —intervino Walcott—, se trata del peritaje, tanto para comprobar la escritura como para certificar la edad del documento. Puesto que la confesión lleva una fecha, un análisis químico de la tinta demostrará el correspondiente envejecimiento. Si el texto fue escrito ayer, se trata de una falsificación y lo sabremos en seguida...

Manners se rascó la cabeza, con la mirada vaga.

—Esa es con toda evidencia la mejor solución —reconoció—, pero la confesión no podrá ser comprobada hasta después de haberla comprado... Dadas las circunstancias y la obligatoria indiscreción de nuestros intereses, no veo mal movilizar a dos o tres especialistas para llevarlos al «Invisible, S. A.» y ponerlos al corriente de los tratos con tal firma, Es más, sería mejor que fuese en busca del papel, que me hiciese extender un recibo... redactado sobre el dorso de la fotocopia de la confesión original. De este modo, podríamos hacer examinar la fotocopia por compañeros, con toda tranquilidad, quienes podrían indicar el valor jurídico de esta prueba... Y si nos han engañado, ya sabremos cómo hacer que nos devuelvan lo anticipado... Sin olvidar que podrían incluso damos una pequeña indemnización de más —terminó con una risa equívoca.

Smithers parecían estudiar en silencio la sugestión de su colega. Deseaban ponerse al abrigo de cualquier sorpresa eventual desagradable.

—¡Bien! —concluyó Walcott poniendo las dos manos sobre la mesa—. Procederemos así. Manners irá mañana a Crawford Street; después que nos hayan proporcionado el papel, se les mantendrá aparte de la combinación. Yo me encargaré de hacer que el experto examine el papel y después, si todo va bien. Smithers irá a persuadir a Clara Mild de que se mejor pagar que no perderlo todo.

* * *

En el mismo instante, Kerrick celebraba una conferencia con Leroy, Chañar y Kertch. Cecilia se había ido a almorzar, la señora de Holmes continuaba durmiendo como una marmota, totalmente vestida.

El asunto de la conversación era, claro, la entrevista que celebró la secretaria con el falso Woodford. Spencer se mostraba receloso.

—Lástima que no haya estado usted presente, Wilfrid —deploró examinándose sus cuidadas uñas—. No hemos podido extraerle una indicación valiosa sobre su verdadera identidad.

Como Kertch no parecía comprender, Leroy se encargó de darle una breve explicación.

—No tema nada interesante en los bolsillos, ningún documento oficial a su nombre. Mientras hablaba con Cecilia, sus pensamientos estaban fijos en el motivo de la visita y Chanar se veía imposibilitado de recoger ningún nuevo indicio.

—Su figura no me dice absolutamente nada —contestó Kerrick con un leve deje le irritación—. ¡Trata de preservar su anonimato, el muy granuja...!

Kertch, agitando sus robustas espaldas, murmuró filosófico:

—No lo conservará mucho tiempo, haga lo que haga. ¡Dele sólo uno de sus cabellos a Ursula y ella tendrá bastante!

—Sí —asintió Kerrick—. ¿Pero cuándo volverá ese buen hombre singular? ¿Imagínense, que busca simplemente tener una certidumbre y que con eso le baste para iniciar un chantaje?...

El hindú rechazó bien pronto tal suposición:

—No, después de lo que he podido leer en él, necesita realmente una prueba concreta. Dentro de poco le volveremos a ver.

—¡Ojalá!... No me divertiría nada registrar todo Londres para ponerle la mano encima, pero aún me gustaría menos renunciar a ajustarle las cuentas.

Siempre escrupuloso, Kertch observó:

—Bajo el punto de vista legal, usted no puede hacer nada contra él. No ha hecho nada, hasta aquí, que pueda considerarse delictivo. ¡Y si se dedica a un chantaje contra Clara Mild, sólo es ella la indicada para presentar la denuncia y entablar una demanda!

—De acuerdo —admitió Kerrick—, pero también se da como el caso de Rutherford. Una situación para que nos interesemos de granujas de su género...

—Nuestro tal Woodford por lo menos ha prestado un servicio, involuntariamente, ofreciéndonos un asunto bastante original. Usted ha abierto nuevos horizontes a mis propias posibilidades, Spencer.

—Ya le abriré otros —afirmó Kerrick—. No estamos nada más que al principio.

Sin precisar más, abandonó el sillón donde estaba sentado. Sus tres compañeros dedujeron que el conciliábulo había terminado y se dispusieron a

partir. Todos comían en restaurantes de los alrededores, donde cada uno podía seguir su régimen particular.

Mientras Leroy y Kertch salían de la estancia, Spencer cogió a Chañar de la manga.

—Si no me equivoco, usted está en período de ayuno, ¿verdad? —dijo de modo que no fuera oído por los demás.

Al percibir un signo afirmativo del hindú, prosiguió:

—¿Quiere subir conmigo?... Quisiera dar un impulso a nuestro trabajo. Tengo prisa en tener una visión de conjunto...

El oriental estaba muy deseoso, él también, de llegar al fin del mensaje científico impreso en la barra. Detectó en Kerrick una fuerte aprensión parecida a la que experimentaba él mismo.

—De buena gana —aceptó.

Subieron por una escalera de caracol hasta la habitación que les servía de gabinete de trabajo y donde nadie más que ellos penetraba jamás. Cuando estuvieron en el interior, Chanar lanzó una ojeada al cilindro metálico colocado en dos cojines, después se volvió hacia Spencer para advertirle de su ansiedad.

—¿No tiene usted la impresión de que hay una amenaza suspendida sobre nuestras cabezas?

Sorprendido por tal pregunta directa que iba como una flecha al corazón de su secreta preocupación, Kerrick no quiso esquivar la respuesta, aunque se arriesgaba a provocar una nueva discusión con el hindú.

—Sí —admitió—. Esta impresión se me precisa de día a día y empiezo a preguntarme si ese bastón dorado no está en trance de ejercer sobre nosotros una creciente influencia. Quién sabe si, otra de sus particularidad psicoquímicas, no contenga un elemento susceptible de afectar al ser humano... Otra cosa distinta aún, permanente, magnetismo o a una radioactividad, puesto que sabemos que no puede ser ni lo uno ni lo otro.

Se sentaron a la mesa y reunieron como de costumbre sus instrumentos de trabajo.

—Se diría que emana una especie de advertencia— analizó Chañar, fascinado por el metal pulido, tan brillante como un espejo—. Además, debe de estar aureolado por cierto campo y también, puesto que yo traduje su texto por escritura inconsciente. Si no tuviese tal campo... yo no podría leerlo...

Kerrick, a punto de inclinarse sobre el ocular, se quedó inmóvil. Chañar acababa de dar precisión a la sensación provocada por el largo lingote: emanaba un influjo hostil, un efluvio, desde el punto de vista psicológico, que tenía la misma consecuencia que el acendrado, por ejemplo, por la visión súbita de un escorpión con el venenoso aguijón levantado.

—Es chocante —constató con un murmullo—. Me parece que a la larga acabaré por no poder soportar la presencia de este trozo de metal. Razón de más para que nos demos prisa en descifrarlo por entero.

IX

Al día siguiente por la mañana, Leroy estaba charlando con Cecilia en la sala de recepción cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Decepcionado al verse interrumpido en su discurso, el especialista en ultrapercepciones frunció el ceño y dijo a la secretaria:

—Me largo. Sería conveniente que una tarde de estas saliéramos juntos, si queremos estar tranquilos los dos solitos. A propósito, el que está a la puerta es el amigo Woodford...

—Es usted un genio terrible —contestó Cecilia con una sonrisa amistosa, antes de accionar el botón que abría eléctricamente la puerta de la calle—. Con su manía de mirar, gracias a sus dotes de excepción, lo que se supone debería estar oculto, en ninguna parte me sentiría tranquila con usted... ¡Si cuando me mira me parece que me hallo completamente desnuda!

—Le recuerdo, para su tranquilidad, que jamás utilizo mis dotes si no es con buen fin. Aunque su... belleza física resistiría airosa el examen profundo, riguroso y exigente de... esas deliciosas formas con que la naturaleza la agració...

Antes de que Cecilia pudiera comprender la intención de las últimas palabras de Leroy y que, por tanto, una oleada de rubor la inundara de pies a cabeza, el joven había desaparecido por el panel del fondo. Leroy se reunió con sus colegas en la pieza adyacente, estrechó la mano de Ursula Holmes a la que aún no había visto aquella mañana y quien se la retuvo entre la suya algo más del tiempo correcto. Por su parte, Paul comprendió demasiado tarde.

—Veo un matrimonio... —musitó Ursula extasiada.

Paul se soltó con bastante brusquedad. Chañar sonrió con aire enigmático, tras haber captado una idea emitida por Leroy. Este último le dirigió una mirada falsamente corrosiva, diciéndole:

—¿Cuándo se aprenderá, en esta casa, a respetar la vida privada de las personas?

Nada se le había escapado a Kertch, que se apresuró a sonreír, aunque un gesto imperativo de Kerrick le hizo contenerse, como a sus compañeros. En la sala de al lado, Manners, alias Woodford, acababa de trasponer el umbral.

—Traigo el dinero —comenzó, dándose unas palmaditas significativas en su bolsillo—. ¿Quiere entonces entregarme el documento que me enseñó ayer en fotocopia...?

Se sentó sin que le invitaran a ello, cruzó las piernas y se puso a la escucha con cierto aire retador.

Cecilia, diligente, abrió el cajón de la mesa y sacó un sobre. Levantóse para entregárselo **a** su interlocutor.

—He aquí el original, señor Woodford. Examínelo a placer...

Manners tomó la hoja que se encontraba en el interior del sobre, la desplegó y reconoció la escritura de Clifton Jebb. Sin embargo, al no estar ducho en análisis grafològico, no la miró atento sino con la intención de impresionar a la secretaria.

La muchacha no le prestó la menor atención. Un silencio casi palpable llenó la sala. Al cabo de dos minutos, Manners acabó por sentirse algo desconcertado. ¿Para qué proseguir aquel examen si un perito efectuaría otro más detenido momentos después?

—Que quede bien entendido —declaró—. Compro este documento, pero ustedes me firmarán un recibo por las mil libras. Es más, redactará el recibo al dorso de la fotocopia, certificando que con esa suma queda pagado el original, ¿comprendido?

—Perfectamente, señor Woodford —asintió la secretaria sin desconcertarse lo más mínimo.

Mientras ella se aplicaba a extender el recibo, Manners depositó un fajo de billetes sobre la mesa. Se efectuó el intercambio. Cada una de las dos. partes comprobó lo que la otra le entregaba.

—Permítame un segundo —rogó la secretaria—, voy a entregar el dinero a la Dirección.

—¡Oh! ¡Los billetes son buenos! —observó Manners siguiéndola con los ojos.

Tomó el sobre, guardó en él fotocopia y original, se lo metió todo en el bolsillo interior, se levantó y se dirigió hacia la puerta sin esperar el regreso de la joven. Estaba a medio camino cuando una voz de hombre le dejó petrificado.

—Quisiera decirle dos palabritas, *señor Manners* —pronunció Kerrick desde un ángulo de la estancia.

El poco escrupuloso detective palideció. Se dio cuenta de que las cosas adquirían otro giro no previsto por él. ¿Cómo habían podido averiguar su identidad en un solo día?

Giró lentamente sobre sus talones.

—¿Perdón? —exclamó altivo y ya a la defensiva.

—Tenemos por norma satisfacer a nuestros clientes —declaró Kerrick avanzando hacia él—. Le hemos proporcionado lo que nos pidió, usted nos ha pagado mil libras: estamos en paz. La transacción fue honrada. Dejará de serlo si usted se sirve de ese documento para chantajear a Clara Mild. Le aconsejo sinceramente que emplee la confesión de Clifton Jebb en restablecer la verdad de la muerte de Ethel.

Abrumado, Manners buscó en vano salvar las apariencias mediante una réplica adecuada, pero, no hallándola, estalló en imprecaciones:

—¡Banda de ladrones! —gritó—. ¡Demostraré que han preparado un documento falso! ¡Son ustedes los que practican el chantaje! ¡Les costará caro!

Se lanzó hacia la puerta, atravesó el corredor profiriendo insultos y

desapareció en la calle.

Cecilia, mientras, presenció la escena sin poder pronunciar palabra. Dirigió a Kerrick una mirada que contenía una solicitud de socorro. El rostro de Spencer había perdido su severidad; meditaba en una satisfacción sin reproches, carente de ironía.

—Mala suerte, Cecilia —dijo—. Su primer cliente ha sido un pájaro de cuenta... Pero la desdichada inspiración que le hizo venir a nosotros le ha costado una buena suma. Se ha hecho justicia. ..

Llevando a la joven, todavía asombrada, hasta la estancia en donde se hallaban los demás miembros del equipo, se dedicó a contarles todo el asunto, sin hacer hincapié, sin embargo, a lo ocurrido en «Les Bruyères», Northumberland.

—Hasta hace muy pocos minutos no nos fue posible descubrir su verdadero nombre —le dijo—. No llevaba documentación, pero Kertch lo durmió medio segundo, lo preciso para que Chanar obtuviera por vía psíquica los datos necesarios.. Creo que después de esta entrevista modificará sus planes.

—Y bien —exclamó Cecilia—, jamás se me habría ocurrido que un chantajista fuera capaz de recurrir a los servicios de una agencia como la nuestra con el fin de que le ayudáramos en su criminal empresa...

—Todo es posible en la vida —dijo Leroy con el tono del hombre que ha vivido mucho y no se hace ilusiones con respecto a sus congéneres.

Kertch había estado escuchando apaciblemente hasta allí, sin intervenir, pero su rectitud de conciencia le obligó a objetar:

—Me parece bien que hayamos descubierto a Manners sus maniobras fraudulentas, pero resulta que eso favorece a Clara Mild. Ella no tiene derecho a usufructuar esa fortuna.

El argumento tenía consistencia. Kerrick meditó unos instantes. Luego de su reflexión, Spencer ofreció su criterio.

—Nuestra misión no es enderezar todas las injusticias— dijo—. Debemos velar simplemente para que no se haga mal uso de las verdades que descubramos.

Mientras ninguno de los presentes le prestaba atención, Ursula Holmes palpaba los billetes entregados por Manners. Con la frente cruzada por dos pliegues verticales, estaba absorta en una intensa meditación: sus dedos arrugaban y estrujaban sin cesar el dinero de dudosa propiedad que le había dado Cecilia.

—Hay más de un hombre en este asunto—.salmodió ante la sorpresa general—. Veo un gran edificio de ladrillos rojos... En el primer piso, son tres personas. Este dinero viene de fuentes muy distintas, pero cada uno de los tres hombres lo ha contado.

Spencer se inclinó hacia ella, preguntándola con voz tensa:

—¿Dónde está esa casa? ¿Dónde?

Ursula interrumpió sus retorcimientos para decir con tono de excusa,

algo plañidero:

—No lo sé, yo...

* * *

En la Agencia Atlas se esperaba el regreso de Manners con una impaciencia obsesionante. Walcott y Smithers saltaron literalmente poniéndose en pie cuando su colega apareció en el umbral de la puerta. De repente, se dieron cuenta por su expresión de que algo ocurría y su enervamiento subió como una flecha.

—¿Lo tienes? —inquirió Walcott, con las uñas clavadas en el tablero del escritorio.

Con el rostro tenso, Manners contestó, lanzando sobre la mesa los dos escritos.

—¡Helo aquí! Está en regla...

—¡Pero ,santo cielo! ¿Por qué pones esa cara? —saltó Smithers, con los músculos tensos como cuerdas, mientras Walcott se precipitaba hacia el sobre.

Manners se dejó caer en una silla, arrojó su sombrero hacia una mesita y se secó la frente con el pañuelo.

—Tened cuidado —previno con voz ronca—. Han descubierto quién soy yo por qué quería establecer la culpabilidad de Clifton...

Si se les hubiera dicho a los falsos detectives que la abadía de Westminster se acababa de desplomar .hubieran mostrado sin duda menos sorpresa. Con la boca abierta, miraron a Manners como si se hubiera convertido en un leproso. Pero este último, un poco menos oprimido por haber desembuchado lo principal, les confirmó la asombrosa noticia:

—No sé cómo han podido poner el dedo en la llaga, pero nada más pagarles, un individuo que debe ser el dueño del negocio, me llamó por mi verdadero nombre y me advirtió que no intentara chantajear a Clara Mild... ¡Lo saben todo, C por B!

Estupefactos, Walcott y Smithers fueron incapaces primero de reunir sus ideas y de pronunciar palabra. Aquella historia sobrepasaba su imaginación. Después de la primera impresión, se esforzaron en dominar el tumulto que agitaba sus cerebros y en ver las cosas bajo un ángulo más razonable.

—¡O te han seguido o han ido a entrevistarse con Clara! —logró decir por último Walcott dejando caer su mano sobre el escritorio—. Quieren proseguir en nuestro lugar Ja operación utilizando una fotocopia... ¡Eso intentan!

Manners se encogió de hombros irritado.

—Lo que dices es idiota. Primero, no me han seguido, estoy absolutamente seguro, y aun cuando lo hubiesen hecho, ¿de qué habrían podido enterarse? Segundo, Clara Mild no sabe mi nombre, ni puede tener el menor interés de hablar de sus asuntos con el primer recién llegado, puesto

que ella sabe que hubo un crimen y tal crimen no va en su provecho...

Un furor concentrado sacudía los maxilares de Smithers. Para él eran vanas las suposiciones, porque no servían para alterar la realidad.

—Lo único cierto es que nos han despojado de mil libras y nos han cerrado el pico —gruñó blanco de rabia—. No me gustan las lamentaciones. ¡Si esos tipos quieren la guerra, la tendrán!

De repente, Manners y Walcott se olvidaron de sus especulaciones. Su rencor y su deseo de venganza se vieron nublados por la conclusión a que había llegado su socio. Los tres juntos habían desplumado a demasiadas personas para permitir ahora que alguien les arrebatara la presa.

—¿Qué es lo que propones que hagamos? —preguntó Walcott, súbitamente calmado.

—Primero, recuperar lo pagado, por las buenas o por las malas. No avisarán a la policía para no desperdiciar la mina de oro —observó Smithers.

—No nos quedaremos con los brazos cruzados, no, perdiendo tan tranquilos un negocio de veinte mil libras. ¡A título de advertencia, reduciremos a escombros su cuartel general!

Manners, de acuerdo en principio, no era sin embargo del parecer de emprender una expedición de castigo sin estudiarla a fondo con antelación.

—No te fíes, Smithers... Esos tipos nos han dado una simple muestra de su manera de obrar. Administrarles una corrección no va a ser cosa de coser y cantar. No sé cuántos tipos hay allí dentro, ni cuáles son sus dispositivos nocturnos de alarma. No embistamos con los ojos cerrados en un ataque demasiado peligroso.

Viendo que sus colegas adoptaban en seguida su punto de vista, Smithers se serenó. Si hubiese encontrado oposición se habría arriesgado a dar el golpe solo, para su satisfacción y su beneficio personales.

Walcott meditaba en la idea de su socio sin considerarla de ninguna manera como algo trivial. Estaba impresionado por el hecho que «Invisible, S. A.» empleara métodos de género muy especial y que sobrepasaba con mucho los procedimientos clásicos de investigación. De otro modo, ¿cómo explicar la facilidad con la cual aquella organización había desentrañado los hilos de una intriga que la Agencia Atlas no había logrado desenredar más que después de pacientes y laboriosas pesquisas?

Al término de sus cavilaciones, Walcott se unió a la discusión, diciendo:

—Que quede bien entendido: nos daremos una vuelta por esa casa de Crawford Street, pero siguiendo las reglas del arte y sólo para recuperar nuestras mil libras. Esta vez tenemos que realizar un trabajo científico: no podemos dejar nada al azar. Se trata de no exponernos a una sorpresa suplementaria: tened en cuenta que atacaremos a profesionales...

—¡En estas condiciones, adelante! —aprobó Manners—. Por suspicaces que sean, no pueden ni imaginarse que se prepare una incursión a su cuartel general. Con un programa adecuado, debemos tener éxito.

Smithers, con un gesto familiar en él, se echó el sombrero atrás. Una sonrisa maligna iluminó sus rasgos.

—¡Puesto que se trata de una organización, no contéis conmigo, yo no sirvo para esto!...

Sus dos compañeros comprendieron que lo decía de veras. Pero había algo más: antes de escoger la carrera que convenía a su temperamento, Smithers fue ingeniero notable en su regimiento y asesor y monitor de comandos, por lo que sería preciso utilizar sus cualidades, aun pese a su pintoresca negativa.

—Como base —precisó Walcott, fiel a su idea anterior—, preveamos dos objetivos: tenemos que llevarnos los fondos existentes y algunos ficheros para analizar sus métodos de trabajo.

—Está bien —dijo Smithers—. Dadme tres o cuatro días para estudiar la cuestión y ya hablaremos.

* * *

En «Invisible, S. A.» los días que siguieron transcurrieron bajo el signo de una súbita afluencia de clientela. Aunque Cecilia eliminaba tres de cada cuatro asuntos, quedaban los suficientes para tener ocupado a todo el equipo durante la jornada completa.

Kerrick tuvo que resolver problemas tan diversos como la búsqueda de una mujer desaparecida después de diez años (asunto cerrado por la policía sin que en la encuesta se hubiera podido decidir si se trataba de una fuga o de un deceso); la reconstitución de la vida que había llevado un amnésico en el transcurso de un período en el que perdió todo recuerdo; el esclarecimiento de la causa de ciertos ruidos siniestros que percibían cada noche los habitantes de un castillo de Sussex (Kerrick no había revelado la fuente de dichos ruidos, pero puso fin a la molestia...); o la designación del lugar en que se hallaría, entre las hojas, una joya de familia perdida tres generaciones atrás (se la descubrió cerca de un esqueleto enterrado bajo toneladas de tierra procedentes del bombardeo de Coventry, medio siglo antes...).

Todo esto ocupó con amplitud al personal de «Invisible, S. A.», proporcionó considerables beneficios y relegó a segundo plano los pensamientos de Kerrick referentes a los cómplices que rodeaban a Manners, según el decir de Ursula.

Para Kerrick, aquel caso estaba cerrado. Un día u otro algún sondeo realizado en Clara Mild demostraría si el granuja había hecho caso a la advertencia. En caso negativo, se le repescaría para paralizarle definitivamente; pero, por el momento, no valía la pena volver sobre el caso.

Cada tarde, cuando la actividad de la agencia se suspendía hasta el día siguiente, Kerrick y Chañar se engolfaban en su trabajo pacienzudo al que consagraban parte de la noche. A medida que se acercaban al final de la traducción, la tarea les resultaba menor penosa. En ocasiones se veían

contrariados por fuertes dificultades que inclusa llegaron a interrumpir el descifrado: o bien Spencer no veía en el ocular más que una serie de nebulosas rayitas en las que se fundían los contornos de los signos, o bien Hamid deletreaba frases sin pies ni cabeza que no tenían nada que ver con el texto de la barra.

Los dos investigadores empezaron a creer que no podrían llevar a cabo su tarea. Cuando se encontraban a menos de un metro de la pieza metálica, sentían una angustia mórbida. «Como si nos acercáramos a una zona prohibida al espíritu humano», precisó Kerrick.

Al leer las páginas copiadas en escritura comprensible y que ya formaban una pila de diez centímetros de altura, Spencer se daba cuenta del formidable progreso que podría imprimir con aquellos métodos a «Invisible, S. A.». El «Tratado del Sueño y de las Fuerzas Auto-Creadoras» proyectaba luces asombrosas sobre la estructura del Universo.

¿Qué físico había establecido jamás que hubieran ciertas formas de energía que no pudieran ser ni producidas, ni transformadas, ni detectadas por algún aparato material, pero que pudiesen manifestarse *por intermedio de un organismo vivo dotado de inteligencia*? ¿Qué revolución no causaría, en las esferas científicas, la demostración de que las fuerzas conocidas —y la materia misma, que no es más que un edificio complejo— no son otra cosa que los productos de otro universo en perpetua efervescencia creadora?

En ocasiones, maravillados y confundidos, Spencer y Chañar progresaban en aquel dédalo de conocimientos sin duda alguna acumulados por seres dotados de una civilización extremadamente vieja, remontándose quizá a centenares de millones de años. Y siempre la misma pregunta se les presentaba acuciante: ¿de dónde provenía la barra y qué raza misteriosa la había forjado?

Al término de cada sesión, los dos hombres, fatigados, llegaban a su habitación, en el piso de abajo, y se entregaban a un sueño «acelerado» en el que tres horas bastaban para recuperar las fuerzas de su organismo. Como exigió Kerrick cuando se constituyó el grupo, todos los miembros dormían en el mismo piso, en un mismo plano espacial y según idéntica orientación: esa condición servía para homogeneizar al equipo.

Una noche, una hora antes del alba, Chanar se despertó sobresaltado, con la frente húmeda. Tambaleándose, tuvo que desplegar una fuerza de voluntad extraordinaria para llegar hasta el cuarto de Spencer.

X

Kerrick accionó el conmutador y sintió mi9edo viendo el rostro descolorido de su colaborador. El hindú estaba verde, perlas de sudor daban brillo a su cara habitualmente mate. Respiraba con dificultad, si no hubiese estado de pie, se le hubiera podido creer en la agonía.

—¿Qué tiene, Hamid? —preguntó Spencer saltando de su cama para socorrerle.

Chanar se dejó acostar sobre la colcha, enjugó su sudor con un gesto del brazo y después habló, con los labios temblorosos.

—No lo sé —musitó—, Me hallo un poco aliviado después... después de recobrado el conocimiento... Debe... debe de pasar algo...

Terriblemente inquieto, Kerrick tomó el pulso de su amigo: latía a ciento diez. Además, Chanar tenía las pupilas dilatadas y sus manos estaban frías. O se encontraba bajo la fuerza de un temor, o bien le habían envenenado...

—¿Qué siente? —preguntó Spencer con voz apremiante—. ¿Tiene dolores internos?

Hamid hizo un signo negativo.

—No, ahora no. No es una enfermedad física... Escuche... Quiero decirle...

Viendo el esfuerzo que le costaban estas palabras, Kerrick le dijo:

—No tenga prisa... Descanse todavía unos instantes más... Voy en busca de Kertch, le ayudará a...

—¡No! —exclamó el hindú con insospechada energía—. ¡No me sumerja en el sueño! Sobre todo no...

Spencer detuvo su movimiento hacia la puerta de comunicación, deshizo sus pasos con el ceño fruncido. No quería contrariar a Hamid, conociendo su hipersensibilidad, pero se mordió los labios porque no podía acosarle a preguntas.

Chañar se recuperaba lentamente. Su respiración se serenó, su color mejoró un poco. Después de haber explorado toda la estancia, sus ojos negros acabaron por posarse sobre Spencer, sentado a su lado. Una pálida sonrisa distendió sus rasgos todavía alterados.

—No, no he tenido una pesadilla —respondió a la pregunta no formulada por Kerrick—. Es peor que eso... Una verdadera tempestad telepática se ha desencadenado dentro de mi cráneo hace algunos minutos. Mientras que por regla general no registro más que mensajes raros cuando no me pongo en estado de receptibilidad, esta vez una avalancha de señales ha caído sobre mí. Tenía dos particularidades que jamás había advertido antes: Primero, no representaba nada inteligible, después, su intensidad era tan fuerte que creí que mi cabeza no podría resistir. Imagínese lo que experimentaría un

hombre acostado en un campanario mientras que las campanas voltean en su torno...

Se calló, incapaz de describir mejor el fenómeno atroz que acababa de sufrir. Como Kerrick parecía esperar más detalles, prosiguió:

—En estado de vigilia puedo controlar mi receptibilidad, pero no así cuando duermo. Es por esa que le he impedido que llamara a Kertch: Baja ningún precio quiero volver a cerrar el ojo, puesto que me arriesgo a volver a empezar instantáneamente...

Spencer, pensativo, rebuscó en sus recuerdos para ver a qué se podía atribuir un síntoma de tal género en un sujeto tan fuertemente dotado, «El catálogo del sueño» no decía nada de aquel particular, no mencionaba las afecciones que podrían apoderarse de un bioreceptor, puesto que eso debería entrar en lleno en el terreno de la patología.

—Según usted, ¿a qué lo achaca? —preguntó al hindú—. ¿Su experiencia en la materia le permite por lo menos discernir si la causa de esa molestia suya reside en usted, o si ha sido influenciado por un fenómeno *exterior*?

Chañar se estremeció.

—Si se lo he revelado —murmuró—, no era para solicitar sus cuidados. Es porque, precisamente, tengo la absoluta convicción de que no se trata de una molestia, sino de una auténtica recepción. Un campo telepático ha pasado sobre Londres y quizá subsiste todavía en estos momentos. He ahí de qué quería prevenirle. En el caso de haber efectuado una prueba, hubiera sido fatal para mí. Era preciso que usted lo supiera...

Según eso, Hamid había creído un instante que iba a morir aterrorizado por aquella terrible inducción de fuerzas, pero había podido escapar y su razón permanecía intacta. Spencer no tenía derecho a tomar a la ligera el informe que acababa de recibir. Puesto que era insólito, excepcional e inverosímil, entraba dentro de la categoría de los problemas que él quería resolver.

—¿Qué es lo que puede producir un campo telepático anormalmente fuerte? —insistió.

Chañar declaró:

—Una multitud fanatizada... Un accidente en el cual perezcan docenas de personas... Un ejército partiendo al combate... La proximidad de un eclipse o de un temblor de tierra...

Buscó todavía más motivos, después renunció y terminó:

—Ya he percibido sus idas de pensamientos convergentes en la mayor parte de tales circunstancias, pero jamás con una intensidad comparable a la de hace unos instantes... Además, esos flujos son siempre interpretables y éste no lo era. ¡Algo terrible ha tenido lugar en este momento, o va a suceder, créame!

Y mientras tanto, la calma de la noche parecía desmentir las palabras del hindú. Kerrick tubo deseos de saltar hasta el tejado del inmueble para ver

si algún ser siniestro amenazaba la gran ciudad, después se acordó de que tenía a mano otros medios de exploración.

—Voy a llamar a los demás —decidió—. Es preciso que estemos prevenidos. No se mueva de ahí.

Efectuó una visita rápida a las habitaciones y, pronto, vestidos con batines y pijamas, Leroy, después Kertch y Ursula Holmes aparecieron, parpadeando y de mal humor.

—¿Qué ocurre? —gruñó Wilfrid, con irritación.

Leroy reprimió una maldición y adoptó un silencio y una actitud reprobatoria. En cuanto a Ursula, enervada, asaeteada por sus tics, juró abandonar definitivamente aquella casa desde primera hora de la mañana siguiente. Pero los sentimientos personales de los tres dieron paso a la curiosidad tan pronto como Kerrick les informó de lo acaecido a Chañar.

—Un acontecimiento extraordinario se desarrolla actualmente o va a producirse, tal es la convicción de Hamid —resumió con voz seca, dura—. Adjudico una importancia capital a la menor información susceptible de aclaramos la naturaleza del fenómeno. Les pido a todos ustedes que utilicen a lo máximo sus facultades.

Después, dirigiéndose en particular a Paul Leroy, dijo:

—Dé una vuelta por el horizonte del espacio que nos rodea, hasta una profundidad de cinco kilómetros.

Con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, Leroy cerró los ojos. Se quedó inmóvil. Su hipervisión barría los alrededores de Crawford Street como el haz de un faro.

Efectuó los barridos varias veces, con distintos grados de penetración cada vez más elevados, con vistas a tomar plena consciencia directa del menor hecho extraordinario.

Las calles de Londres están vacías, como todas las noches. De Marble Arch a Oxford Circus, los globos electroluminiscentes proyectaban en las desiertas vías una luz limpia, acusando los relieves. Más alto, admiré el de las plataformas privadas para los helitaxis, los números de los inmuebles lucían de cara al negro cielo.

—No veo nada anormal —dijo al fin volviendo a abrir los ojos—. Con toda seguridad no hay signos de temor colectivo en los alrededores.

Kerrick se volvió hacia la señora de Holmes.

—Coja las manos de Chañar, se lo ruego, y describa lo mejor posible las imágenes que él haga en hacer en usted...

—¿Y si la pongo en trance? —propuso Kertch mientras Ursula se aproximaba al hindú con aquel aire inspirado que adoptaba siempre para desvelar el porvenir a las mujeres de su barrio habitual.

—No —repuso Spencer, quien, en vistas de la situación de Chañar, temía que el shock fuera demasiado violento para el bioreceptor—. No creo que sea necesario amplificar su poder...

Con la mirada vaga, Ursula palpó las manos todavía húmedas de

Hamid, vigilada de cerca por Spencer. Su expresión cambió, perdió lo que contenía de ficticio, transformándose en lejana.

—Veo una barra... un grueso barrote de metal. Brilla en la obscuridad...

Chanar y Kerrick intercambiaron una breve mirada cargada de aprensión, pero las palabras siguientes de la señora de Holmes desviaron el curso de su pensamiento.

—La barra desaparece... Y ahora todo está negro... El negro se transforma en azul obscuro, cosas sin forma se agitan... No puedo distinguirlas, pero...

La voz ya de por sí débil de Ursula se convirtió en un murmullo apenas inteligible.

—...Pero siento un terrible frío —se puso efectivamente a temblar de pies a cabeza—. Allá, en el abismo insondable, una... un...

Bruscamente lanzó un grito terrible que heló la sangre de los hombres hasta casi convertirla en hielo; sus brazos latieron al aire y se desplomó como un fardo, desvanecida.

Kerrick se precipitó hacia ella, la levantó como una pluma y se inclinó para escuchar los latidos de su corazón. Kertch y Leroy, aterrorizados, no sabían qué hacer para ser útiles. En cuanto a Chanar, de nuevo lívido se enjugaba maquinalmente las palmas de las manos en su pijama de seda.

—Un simple síncope —dije Spencer incorporándose—. Voy a buscar algo con que reanimarla.

Salió de su habitación para ir al botiquín del cuarto de baño. Regresó poco después con un paño mojado y un frasquito y se dedicó a cuidar a la pobre vieja.

—Kertch, active el aire acondicionado. Póngalo al máximo.

El atlético Wilfrid movió una manecilla situada bajo el interruptor de la electricidad, al lado del quicio de la puerta; una brisa ligera acarició pronto los rostros de los ocupantes de la habitación.

Con las aletas de la nariz dilatadas, Ursula inspiraba los vapores del frasquito que le aplicaba Kerrick. Abrió los ojos, examinó sucesivamente las figuras que la rodeaban y después, con expresión de bienestar, cerró los párpados y suspiró.

—¿Cómo se encuentra, Ursula? —preguntó dulcemente Kerrick.

—Voy tirando, gracias —respondió—. ¿Qué me ha pasado?

Nadie respondió, temerosos de reavivar su terror; devorado por el deseo de saber lo que había visto, Spencer se contentó con reconfortarla diciendo:

—Una pequeña indisposición sin ninguna gravedad. Es usted demasiado emotiva... La preocupación de Hamid la ha influenciado, ninguna otra cosa.

Pero de repente, la señora de Holmes se levantó apoyándose en los antebrazos y respondió con calma sorprendente:

—¡Claro que sí, y mucho! ¡Tuve una visión abominable! Eso sólo que me ha...

—¿Qué? —inquirió Kerrick, animado por su tono natural—. ¿Qué tenía de extraordinario?

Los cuatro hombres estaban literalmente pendientes de sus labios, deseaban que se detuviera y ni pensaron en instalarla más cómodamente en un sillón.

—No sé cómo explicarlo... La imagen era confusa, pero no daba miedo al mirarla. Era como si una sombra se desplazara por la noche, sombras gigantescas vagando en silencio. Pero tengo la absoluta sensación de que en el interior de estas sombras se agitaban cosas repugnantes, diabólicas, *y que querían matarme.*

Un silencio oneroso, más que oneroso, se extendió tras las últimas palabras. Kerrick, cara a sus compañeros, no se creía adivinar lo que podía representar el extraño espectáculo visto por Ursula. Le preocupaba más comprender su sentido. El «Tratado» decía a este respecto que cuando un sujeto percibe una escena cuyos detalles no le evocan objetos conocidos, identificables sin posible confusión, el mensaje tiene valor simbólico. Ese fenómeno se producía sobre todo cuando la comunicación procede de...

—¡Rayos y truenos! —exclamó Kerrick acordándose del texto exacto.

Su juramento sobresaltó a sus cuatro colaboradores al mismo tiempo, y los nervios estaban sobrecargados.

—¡Y bien, Spencer! —apremió Leroy, furioso al verse sobresaltado—. Díganos lo que piensa...

Chañar había captado la idea que fulguró por el alma de Kerrick; no le afectó por tanto puesto que, después de su entrada en el cuarto, estaba persuadido que su crisis tenía tal origen. No se había atrevido a expresarlo antes de tener un principio de confirmación. Al mirar a Kerrick, con el rostro todavía lleno de estupor, Chañar sacudió varias veces la cabeza afirmativamente. En el presente, ya no tenía ninguna duda.

—¡Pero hable de una vez, sangre de horchata! —gritó Paul—. ¿A qué tanto misterio?

El jefe del «Invisible, S. A.» consintió al fin en revelar, al menos en parte, el resultado de sus deducciones. En un tono afectado, pronunció esta frase escalofriante:

—Astronaves venidas del fondo del espacio se dirigen hacia nuestro planeta...

Leroy y Kertch, aunque no más que Ursula, parecían no darse cuenta del carácter increíble de la noticia. Les fueron precisos algunos segundos para medir el sentido en toda su amplitud. Leroy fue el primero en recobrar la presencia de ánimo y su reacción fue espontánea:

—¡Eso es una insensatez! ¡Si así fuera, los satélites artificiales habrían señalado hace tiempo la proximidad y todo el mundo estaría actualmente en ebullición!

Spencer plegó los labios con un gesto de perplejidad.

—Estoy de acuerdo con usted. Las cosas deberían ocurrir así

normalmente...

—¿Está usted seguro de no equivocarse? Quizá cometa un error en la interpretación de los signos...

Kerrick abrió los brazos con un gesto de impotencia, sin admitir interiormente por completo tal eventualidad.

—No soy infalible —reconoció—, pero les aseguro que los riesgos de error son casi nulos, después de lo que acaban de experimentar Chañar y Ursula. El silencio de los satélites artificiales no es ningún argumento en contra de mi tesis: Se puede buscar mil razones que les impidan dar la alarma, bien sea que no detecte en nada, bien que se equivoquen al juzgar a la naturaleza de lo que ven...

El silencio volvió a instalarse. Lo rompió Kertch, cuyos pensamientos caminaban siempre con lentitud.

—¿Qué piensa usted hacer, Spencer? ¿Su deber no es prevenir con urgencia a las autoridades militares?

El realismo de aquella pregunta se abatió sobre todos como una ducha fría. Debía prevenirse con oportunidad de las consecuencias trágicas que podían resultar de la aparición de astronaves extrañas en el cielo terrestre.

Kerrick reflexionó un momento; después, como lamentándolo, sacudió negativamente la cabeza.

—No. Una acción tal no serviría de nada, si pretendo estar mejor informado que los puestos de alerta equipados con material ultramoderno, yo, un simple particular del centro de Londres, ¿quién me creería? ¿Cómo quieren que convenza a las autoridades? Lo único que lograría sería que me metiesen en un manicomio...

Al cabo de unos momentos, añadió:

—¡Por último, los vigías del espacio acabarían quizá por darse cuenta de una presencia insólita... y nada nos prueba que las astronaves desconocidas tengan intenciones hostiles!

Ursula intentó levantarse. Ayudada por Kertch se puso en pie, se arropó con su bata y murmuró:

—Me extrañaría mucho eso...

Después, con una voz más clara:

—Si quieren seguir discutiendo, son ustedes libres, pero yo me vuelvo a dormir. No se sabe lo que puede ocurrir en los próximos días...

—Usted debería saberlo —la increpó Paul para irritarla.

Esa pérfida alusión a sus dotes la puso furiosa. Antes de abandonar la habitación, respondió:

—¡Ríase, joven imbécil! ¡Cuando usted vea lo que yo he visto, desaparecerá todo su buen humor! ¡Acuérdese de lo que le digo!

Chanar, Leroy y Kerrick se quedaron solos, por-, que Kertch acompañaba a Ursula para sostenerla. Aquel mínimo incidente tuvo el mérito de contenerles y de tranquilizarles de inmediato.

—Comienza a apuntar el alba —anunció Paul desperezándose—. ¿Qué

podemos hacer si no es volvernos a la cama? Los ingleses dicen: «Espera y verás.»

Spencer opinó. El descubrimiento provocado por la atroz neuralgia de Chanar iba sin duda a preocuparles hasta por la mañana, pero nada útil podía hacerse ni intentarse aquella noche.

Yo —dijo Hamid—, prefiero ir a dar una vuelta.

Al día siguiente, Londres vivió como de costumbre. No solamente Londres, sino el mundo entero. Las gentes se dedicaron a sus ocupaciones, la estereovisión difundió sus insípidos programas, los políticos se disputaron gajes sin importancia, hubo cuatrocientos cincuenta y tres mil nacimientos y trescientas sesenta y seis mil defunciones. En virtudes estadísticas inalterables, el número previsto de accidentes y de catástrofes se produjo en varias partes del planeta. En realidad, todo ocurrió de manera excesivamente normal.

En el número 28 de Crawford Street desfilaron gentes con dificultades que sobrepasaban sus reanimas fuerzas y que iban a someter a «Invisible, S. A.». Cecilia Bell les recibió con una amabilidad distante y con una facilidad acentuada por la práctica, envió algunos a casa del psiquiatra o a la policía, retuvo mayor tiempo a otros para escuchar con más atención al detalle su caso. Observando el método preconizado por Kerrick, podía acordarse de todo sin tomar notas.

Por la tarde, Cecilia consintió en salir con Paul Leroy. Conocieron horas agradables, libres de problemas, llenas de alegría. Paul no le dijo ni palabra de los acontecimientos de la noche. Seguía creyendo que Kerrick cometía un error monumental y que acabaría por reconocerlo.

Kertch se acostó más pronto que de costumbre, después de dedicarse a sus ejercicios cotidianos. Más por divertirse que por medir sus progresos, había obligado a callarse a cuatro mujeres durante cinco minutos, a diez metros de él, en un salón de té. Sus víctimas recobraron simultáneamente el uso de la palabra y entonces recobraron el tiempo perdido.

De común acuerdo, Chanar y Spencer decidieron no seguir con la traducción aquella tarde. Hubiera sido un esfuerzo por encima de sus medios, ya que sus cerebros estaban acaparados por el extraordinario incidente de la noche anterior. Vagaron juntos por uno de los paseos de Hyde Park, evitando recíprocamente ahogar el temor que tuvieron al oír decir a Ursula tantas cosas sobre la barra, nada más tomó las manos de Hamid.

Durante este tiempo, la señora de Holmes hacía ganchillo hablando consigo misma, puesto que su confidente preferido, Wilfrid Kertch, dormitaba ya en la habitación de al lado. A ocultas, se había tomado una tableta de Proxitol y experimentaba una dulce euforia.

A media noche, todo el mundo había regresado, la casa se envolvió en el silencio, las luces se extinguieron una a una.

Pero mientras el persona del «Invisible, S. A.» dormía, a dos o tres kilómetros de allí, en Tooley Street, los de la Agencia Atlas estaban en el

centro de una actividad poco habitual.

Walcott, Smithers y Manners habían descansado bastante antes de reunirse en su cuartel general, pues la excursión al 28 de Crawford Street iba a realizarse aquella noche. Cada uno de ellos había estudiado minuciosamente el papel que le incumbía, conforme al plan establecido por Smithers. La víspera, una acalorada discusión había permitido ultimar los últimos detalles.

—Nuestra coartada comienza ahora —comentó Smithers—. No vamos a escabullimos, al contrario: Esperemos que uno o dos testigos providenciales nos vean partir...

Asegurándose de que no se olvidaban nada, dejaron el despacho y subieron en ascensor a la plataforma, en donde sólo estaba estacionado un helitaxi, adornado con un anuncio publicitario y llevando en grandes caracteres luminosos el nombre de la Agencia Atlas.

—No preocuparos, el material completo está reunido en un buen escondite, lo he comprobado —dijo Smithers con algo de excitación.

Los tres hombres se instalaron en la espaciosa cabina insonora, Manners tomó los mandos. El aparato despegó sin ruido, subió hasta doscientos metros, altura obligatoria para los desplazamientos del Este al Oeste.

Una vez hubieron pasado los confines de la ciudad, indicados con precisión por una cadena de balizas, subieron a quinientos metros, y no tardaron en volar por encima de Reading. La noche era opaca, el cielo estaba bloqueado por una espesa capa de nubes, pero cuando dirigían la mirada hacia el suelo, la señalización luminosa de las carreteras les permitía encontrar fácilmente el camino.

Dejándose caer en diversos sitios para leer el nombre de las localidades, Walcott consultó su reloj a fin de ver si se respetaba el horario. Al cabo de una hora, el helitaxi llegó por encima de Bristol. Con seguridad, Manners posó pronto el aparato sobre la plataforma de un establecimiento de moda, un cabaret-restaurante a donde acudían muchos londinenses.

En el momento en que los tres hombres desembarcaron sobre la terraza, otros tres individuos de la misma estatura, respondiendo a las mismas señas, vestidos del mismo modo, salieron del ascensor. Sin que se intercambiara una palabra o signo de reconocimiento, los clientes que salían cruzáronse con Walcott, Smithers y Manners, después subieron tranquilamente en el helitaxi que acababan de abandonar.

Con la misma indiferencia, el equipo de la Agencia Atlas subió a otro aparato, más lujoso y más rápido, que se encontraba en el ángulo sur de la plataforma. Todo se realizó con tanta naturalidad que las personas no prevenidas hubieran sido incapaces de observar la maniobra.

Los dos helitaxis se elevaron con algunos segundos de intervalo, pero mientras que el que llevaba ostensiblemente el letrero publicitario marchaba siguiendo un periplo hacia otros cabarets todavía abiertos, el segundo marchaba en dirección a Londres.

XI

—Las tres y diez —señaló Walcott, poniéndose guantes de plástico con huellas digitales de fantasía.

Manners pilotaba con prudencia el magnífico aparato (alquilado para ellos por dos cómplices de Bristol) por encima de los inmuebles de Gloucester Place. Por todas partes se veían helicoches aparcados en el aire sobre las plataformas, y si la circulación aérea era menos densa que durante el día, no había cesado por completo.

—Pósate en el número 90 de Gloucester Place —indicó Smithers—. Es un hotel donde los huéspedes se retiran pronto. El coche llamará así menos la atención.

Se equipó a su vez metiéndose en los bolsillos los diversos productos e instrumentos que podría necesitar. Las suelas de sus zapatos le molestaban un poco por ser demasiado grandes, pero si por desgracia tenía que atravesar algún charco, sus huellas no serían comprometedoras.

—Estoy listo —anunció Manners inmovilizando el helicoche en el aire —. ¿Desciendo?

—Cuando quieras —dijo Walcott—. Vamos...

Un instante después el tren de aterrizaje se posaba sobre el cemento. Las luces de posición fueron apagadas, dos hombres salieron del aparato.

—A los cuarenta y cinco, despegarás para venir a recogemos en la terraza del 28 —precisó Smithers—. No esperes más que un minuto: si no nos ves, es que nos hemos visto obligados a huir por abajo.

Manners asintió. En la acción, el papel de piloto encargado de facilitar la huida, le convenía a maravilla. Ya de por sí no le gustaban esas operaciones y aquella en particular distaba mucho de entusiasmarle. Por fortuna, Smithers formaba en cabeza tras decir que por lo menos dos personas del edificio conocían a Manners, por lo que era preferible que no entrara en el inmueble.

Por las pasarelas que enlazaban las diversas plataformas de aterrizaje, Walcott y Smithers sabían que podían llegar al 28 de Crawford Street. Una vez allí, tomaron por la escalera de hierro que conducía a la entrada superior de la casa, sin hacer el menor ruido.

Antes que nada, exploraron los alrededores con la mirada. De codos en la balaustrada que rodeaba la terraza, como si fueran posibles inquilinos tomando el fresco antes de acostarse, permanecieron inmóviles varios minutos, para despistar a cualquier espectador indeseable de los edificios colindantes.

Smithers sacó un frasco plano del bolsillo, desenroscó el capuchón y se acercó al tubo de aspiración del aparato de acondicionamiento de aire. Con gesto decidido, vació el frasco en el tubo, después regresó junto a Walcott.

—Dentro de veinte segundos, todos cuantos vivan en la casa roncarán

como un regimiento de cosacos —murmuró—. Ni a cañonazos se les podría despertar.

Una vez pasado el breve plazo, Smithers decidió atacar la cerradura. La previa introducción de un aparato desoxidante facilitó el trabajo, pero cuando la ganzúa giró dentro de la cerradura, el malhechor no empujó la puerta. Se dedicó a asegurarse que ningún dispositivo de alarma se pondría en funcionamiento al moverse la hoja. Walcott se le unió también en la tarea.

Con ayuda de instrumentos muy precisos de medida, inspeccionaron las jambas, buscando poner de manifiesto conductores eléctricos, algún campo magnético o un haz de luz negra. Bastante sorprendidos al comprobar que nada parecía proteger el inmueble contra un asalto, redoblaron todavía más sus investigaciones.

Walcott introdujo en el agujero de la cerradura un minúsculo tubito acodado en cuya extremidad llevaba un «ojo» electrónico, una especie de diminuta cámara de televisión de extremada sensibilidad; un cable fino comunicaba este ojo con una cajita del tamaño de una pitillera y dotada de un visor.

Smithers alzó la cajita a la altura de su rostro, miró por el ocular mientras que su compañero hacía girar lentamente el tubito para que el ojo electrónico registrara el vestíbulo de acceso en todas direcciones.

El examen fue satisfactorio: tenían el paso libre, sabiendo que el gas soporífero estaría ya disuelto y volatilizado en la atmósfera, siendo inofensivo, por tanto, para ellos, los dos granujas penetraron en la casa.

Smithers portaba una linterna eléctrica tan pequeña como un lápiz, cuya intensidad luminosa era regulable a voluntad. Un rayito azulado recorrió las paredes, se posó en un perchero vacío, en una mesa baja, iluminó el lugar donde acababa la escalera.

Los dos malandrines le emprendieron por los peldaños dispuestos en espiral, desembocando al descansillo del segundo piso. Tres puertas se abrían en el pasillo. Una simple presión en el pomo bastó para abrir la primera: era la estancia en la que cada tarde trabajaban Kerrick y Chanar.

Envalentonado por el silencio total que reinaba en la casa, Smithers dio un ligero codazo a su colega dirigiendo el haz luminoso a la mesa de trabajo.

—Su laboratorio...

Interesado hasta el máximo, Walcott se acercó. Sus ojos erraron el microscopio, por las hojas escritas, después se fijaron en la barra resplandeciente que reflejaba los rayos de la linterna. Intrigado, Walcott se inclinó.

—Parece de oro —murmuró.

Cogió la pesada barra, la sopesó.

—¿Para qué servirá este pedazo de metal?

Smithers hizo un gesto de ignorancia. Él lo que quería era la caja fuerte; el resto... Mirando su reloj musitó:

—Son ya las tres veintitrés. Démonos prisa.

A su pesar, Walcott iba a dejar la barra i: sus ojos leyeron una línea del manuscrito: *...una información inmediata sobre un acontecimiento desarrollándose lejos del experimentador, puede obtenerse recurriendo a cuatro técnicas diferentes...*

—¡Eh! Espera un segundo —exclamó sin tener en cuenta el gesto de impaciencia de Smithers.

Recorrió rápidamente las líneas consecutivas, asombrado por su significado. Invadido por un loco deseo de aprender más, habría continuado largo tiempo si Smithers no le hubiese cogido del brazo para sacarle fuera. Se resistió, se libró de la mano con un gesto brusco.

—¡Esos papeles valen una fortuna!—protestó—. ¡Ahí están descritos todos sus trucos! Tenemos que llevárnoslos cueste lo que cueste...

—A su tiempo —replicó Smithers, inconmovible—. ¡Primero el dinero!... Ya volveremos a pasar por aquí cuando salgamos.

Abandonaron la estancia, en busca del despacho de la Dirección.

* * *

En el instante en que Manners hacía aterrizar el helicoche o helitaxi sobre la plataforma del hotel, en Gloucester Place, Chanar se hallaba leyendo en su cuarto. Para no sucumbir al sueño, había: tomado un comprimido de Nexiton, pero, a la larga, la lectura le cansaba y aburría.

Con las manos debajo de la nuca estaba tendido en la cama y reflexionaba sobre la conclusión que Kerrick enunció la víspera. Si el formidable campo telepático que le había torturado durante el sueño significaba la aproximación de astronaves venidas de lo más hondo de la Galaxia, no podía por desgracia proporcionar indicación alguna sobre la distancia a que se encontraban. Además, el hecho que la señora de Holmes hubiera podido obtener una imagen, si es que la logró, parecía demostrar que los misteriosos navíos no se encontraban muy lejos.

En cuestión de videncia (si es que debía creerse lo que afirmaba el «Tratado») el límite de percepción queda fijado a cien veces el diámetro del planeta en que vive el sujeto. En el caso presente, esto implicaba que las astronaves evolucionaban a menos de un millón doscientos mil kilómetros de la Tierra, cuando Ursula se desvaneció claro. Pero, ¿cuál era su velocidad?

Hamid había experimentado en repetidas ocasiones la tentación de lanzar su facultad receptiva hacia el espacio, pero cada vez el temor de sufrir una descarga telepática le había hecho disuadir, pese a que en estado de vigilia las señales fueran mucho más tenues que en estado de sopor. Luchando entre el deseo de saber y el miedo a una conmoción cerebral. Chanar optó finalmente por un ensayo prudente.

Una singular transformación mental se operó en él. Sus ojos parecieron fijarse en un punto fijo en el infinito, la decoración de su cuarto se nubló. Los pensamientos personales de Chanar se esfumaron hasta el punto de que no

tuvo conciencia bien nítida de su propia realidad. Saliendo de una profunda noche, ideas que le eran extrañas se entrecruzaron en su espíritu como, en la atmósfera, se mezclan las ondas radiofónicas sin confundirse unas con otras.

Hamid operaba igual que lo hubiera hecho una persona reluctante a ser deslumbrada por una claridad ultrasolar. No hacía más que entreabrir los postigos que daban acceso al territorio de las transmisiones mentales y tenía cuidado de cerrarlos de golpe si se producía algún fulgor. Pero el campo parecía normal...

Animado y decidido a la vez, el hindú extendió su exploración por diversas regiones del espacio circundante. Retazos de frases o de imágenes perfilábanse en su cerebro, unos apenas discernibles, otros con cierta claridad inteligible. La mayor parte de las señales psíquicas eran emitidas por seres dormidos, otras por personas encolerizadas. Uno o dos moribundos a punto de fallecer lanzaron una llamada de socorro impresionante...

Bruscamente, Hamid captó una onda muy breve, pero que flameó tres veces como una enseña luminosa: *...28 Crawford Street... 28 Crawford Street... 28 Crawford Street...* Con su atención súbitamente agudizada por oír mencionar la dirección de «Invisible, S. A.», Chanar mejoró su receptividad hasta el punto de recoger otras muestras de pensamientos. Sin género de duda, tres hombres venían casi simultáneamente a pensar en aquella casa. ¿Por qué?

Otros retazos de soliloquios interiores no tardaron en ser percibidos por el hindú. Un individuo se felicitaba por no tener que penetrar en el inmueble, donde corría el riesgo de ser reconocido. Después, alguien evocó la idea de un anestésico que debía introducirse en las canalizaciones del acondicionamiento de aire... Una fugitiva inquietud dominaba al tercer personaje, sobrepasado por la voluntad de robar dinero...

Chanar comprendió de súbito que estaba a punto de efectuarse un ataque. Saltó de la cama; descalzo se precipitó al pasillo, en dirección al cuarto de Leroy. Despertándole sin contemplaciones, le dijo cuando pensó que le podría comprender:

—De prisa, Paul... Unos facinerosos piensan entrar aquí... No sé dónde están, pero usted puede descubrirlo. Dese prisa...

Aturdido, Leroy quiso argumentar algo, pero ya Chanar había salido a avisar a Kerrick.

La primera reacción de Paul fue volverse a acostar, renegando y maldiciendo al hindú por su acceso intempestivo de agitación, pero en seguida se dijo que la cuestión podía ser grave y se resignó a realizar un esfuerzo.

Apenas hubo tomado contacto con el especia circundante detectó dos sombras sospechosas en las terrazas. Se hallaban apoyadas en la balaustrada, parecían vigilar los alrededores.

Kerrick y Chanar, seguidos poco después por Kertch, irrumpieron en la estancia. Los tres escrutaron el rostro de Paul esperando su veredicto.

Completamente despierto, Leroy les anunció:

—Dos tipos están apostados allá arriba... Por el momento, no hacen

más que admirar el panorama.

—Quieren entrar aquí para robar el dinero —insistió Chañar—. No son dos, sino tres...

—No veo más que a dos —dijo Paul—. Sin duda el tercero está vigilando cerca... Esperen, voy a ver...

Volviendo a su inspección supernormal, alargó el círculo, batió escrupulosamente una zona de cien metros de radio.

—¡Vaya! —exclamó de repente cuando parecía perdido en la contemplación de la alfombra—. Si no me equivoco, ahí está nuestro amigo Woodford, o mejor, Manners. ¿Qué diablos estará haciendo?

—¿Dónde? —preguntó Spencer.

—En la plataforma del Hotel Splendid, en un helicoche de marca americana. La coincidencia es curiosa, ¿no les parece?

—Mejor podríamos decir, sensacional —articuló Kerrick con los dientes apretados—. Pero no pierda de vista a los dos bribones de nuestra terraza. Por el momento, son los que más nos interesan.

Profundamente irritado por el pensamiento de que dos malhechores osaran intentar un golpe de mano contra «Invisible, S. A. », Kertch ofreció sus servicios.

—¿Quiere que les obligue a saltar al vacío? —propuso sin levantar la voz—. Se estrellarían contra el patio...

Después, para justificarse, añadió:

—Sería un caso de legítima defensa.

Kerrick le calmó:

—No intervenga usted. Tenemos tiempo...

Chanar le interrumpió:

—¡Atención! Quieren verter un soporífero en los tubos de aspiración del acondicionamiento de aire, hace dos minutos que lo están pensando.

—Sí —confirmó Leroy, meditabundo—. Debe ser el frasco plano que el más flaco de los doá saca del bolsillo... Lo destapa.

Kerrick se precipitó hacia la manecilla reguladora del acondicionamiento de aire. El mando a distancia paró instantáneamente la bomba instalada en los sótanos, interrumpiendo la aspiración. El filtro de polvo se vio empapado por un líquido volatilizable que se vertió por la canalización, pero ni un centímetro cúbico pudo llegar a evaporarse en las rejillas que daban a las habitaciones, sino que lo hizo mucho antes sin peligro alguna.

—Esperaban anestesiamos —ironizó Paul, a quien aquella aventura nocturna parecía divertir—. Lo hacen bastante mal para descubrir un sistema cualquiera de alarma...

Spencer sonrió.

—¿No irá usted a dejarlos entrar? —refunfuñó Kertch—. Probablemente irán armados esos cerdos.

—Lo más seguro. Pero, ¿qué pueden contra *nosotros*? Dejémosles

operar tranquilamente. ¿No siente curiosidad por ver cómo trabajan auténticos gánsteres?

Sí —dijo Kertch—, pero no en mi casa.

Poniéndose serio, Kerrick explicó:

—Si son cómplices de Manners, han venido en plan de represalia, pero quisiera conocer su meta real.

—Bajan —previno Leroy, con aire distraído, pasándose la mano por su calva cabeza—. Sus pesquisas comienzan por el labora... Hablan entre ellos.

—¿Podría usted «entender» lo que dicen? —preguntó Spencer.

Su interlocutor denegó con un gesto.

—Lo lamento, pero no puedo llegar hasta tanto

— declaró—. Puedo percibir un hecho, pero soy incapaz de entender a distancia una simple vibración acústica. Además, su comportamiento es significativo: uno de ellos sopesa una barra de metal, la vuelve a dejar, se inclina sobre unas hojas escritas...

Kerrick sintió cómo su corazón le daba un salto. ¿Estaban interesados aquellos individuos en su manuscrito? ¿Era aquél su verdadero objetivo? Sin dudar, Leroy le sacó de dudas.

—Salen del laboratorio sin llevarse nada. ¿Dónde querrán ir ahora?

—Irán a buscar el lugar en que se halla la caja fuerte —predijo Chañar —. Quieren recuperar las mil libras que nos entregó Manners.

Spencer, aliviado, suspiró.

—Si no es más que eso —dijo con una chispa de humor—, vamos a divertirles un poquito. Escúcheme dos segundos, Kertch.

* * *

Con paso furtivo, Smithers y Walcott visitaron las otras piezas, vacías, del piso, luego descendieron otro tramo de escaleras.

A pesar de estar convencidos de haber puesto fuera de la circulación a los eventuales ocupantes del inmueble, una ligera angustia les oprimía el corazón cuando llegaron al primer piso.

Smithers había reducido más aún la claridad de su minúscula linterna eléctrica. Ante las cuatro puertas del corredor, se quedó dudando. Walcott, que parecía más tranquila, indicó con el dedo la primera habitación de su derecha. Era aquella en que dormía apaciblemente Ursula Holmes.

Con gesto decidido, pero lleno de precaución, Walcott empujó la puerta y metió la cabeza por la abertura. Smithers lanzó el rayo de pálida luz hacia el interior del cuarto.

Un escalofrío de terror heló la columna vertebral de Walcott, que retrocedió bruscamente, pisando los pies de su cómplice. Tuvo que reprimir un grito, un miedo cerval le retorcía el estómago. Cerrando de golpe la puerta, se quedó acurrucado, mudo, resoplando, como una foca.

Smithers, que no había visto nada, proyectó sobre su amigo el rayo de

luz y se sintió desfallecer. El rostro de Walcott estaba mortalmente descompuesto.

—¿Qué hay ahí? —sus labios formaron las palabras, pero no emitió ningún sonido.

—*Un león...* —articuló Walcott, con los ojos desorbitados.

Smithers creyó que su cómplice se había vuelto loco. Apartando a la fuerza a Walcott, todavía apoyado contra la hoja de la puerta, se encogió de hombros y quiso cerciorarse por sí mismo. A su vez, abrió unos tres centímetros, bloqueando los bajos de la puerta con el pie, después envió un delgado rayo luminoso. Tan de prisa como su compañero, volvió a cerrar, presa de un miedo insuperable.

¡Era fantástico, inaudito, asombroso, pero era cierto!

Un soberbio león, un macho de orgullosa melena, dormía adoptando la pose de la esfinge... ¡pero dormía encima de la cama! ¿Cómo podía vivir en libertad aquella bestia dentro de una casa sita en el corazón de Londres?

Con el cerebro a la deriva, los dos malhechores juzgaron que sus registros deberían hacerse a un galope triple, antes de que la fiera se despertara. De común acuerdo, se alejaron y, con una prudencia todavía atrevida, abrieron la habitación de Chanar.

Estaba vacía. No había en ella ni un mueble, ni un cuadro, nada. Tranquilizados, pero aún sin recobrarse de la emoción, pasaron a la tercera pieza de la planta, aquella en que Leroy, Kerrick, Chanar y Kertch estaban reunidos.

Los cuatro hombres vieron como la puerta se abría suavemente. La luz indirecta estaba al máxima de su intensidad. Smithers y Walcott aparecieron a plena luz y el primero enfocó su linterna con circunspección en todas direcciones.

—Vaya, es chocante —cuchicheó Smithers lanzando una mirada circular—. Acabaré por creer que aparte del león no hay nadie en esta casa. Se trata de una verdadera bicoca.

—¿Estás seguro de que no nos hemos equivocado de número? —preguntó Walcott con el mismo tono—. Esta casa no parece ser una agencia de detectives. ¿Por qué apilarán tantas cajas de naranjas en un lugar así?

Impasibles, Spencer y Leroy les examinaban asombrados ellos mismos por la demostración que les estaba efectuando Wilfrid Kertch. Chañar contemplaba la escena con indiferencia. Había visto muchos otros ejemplos de alucinación colectiva.

Completamente convencidos de que estaban solos en el cuarto, los dos ladrones siguieron dialogando.

—«Invisible, S. A.» sólo debe tener alquilada la planta baja —sugirió Smithers—. Eso reduce los gastos generales, claro.

—Vamos a ver —suspiró deprimido Walcott—. .De todos modos, a Manners lo recibieron abajo.

Después de una última mirada a las «incomprensibles cajas de

naranjas», se retiraron, volviendo a cerrar cuidadosamente la puerta tras ellos.

Al cabo de algunos segundos, Leroy abrió la boca para expresar lo que sentía, pero Kertch levantó la mano y le puso el dedo en los labios.

Los cuatro hombres oyeron un golpe sordo, después un cuerpo cayendo escaleras abajo, seguido en seguida por otro. Una salva de imprecaciones estalló, se interrumpió con brusquedad y después volvió a reinar el silencio.

—No han visto el primer peldaño... —explicó Kertch, radiante.

Sus compañeros dieron rienda suelta a su hilaridad. Wilfrid había estado muy fuerte y los dos malhechores estarían empezando a lamentar haber emprendido su expedición...

Feliz como a un niño a quien se le da permiso para romper un cacharro, Kertch iba a inventar nuevas travesuras cuando se dio cuenta de un cambio en los rasgos fisonómicos de Spencer. Este último miraba fijamente a Chañar con una mezcla de curiosidad e inquietud.

El hindú tenía sus puños pegados a las sienes, el rostro descompuesto como si experimentara el más horrible de los dolores y una palidez cerúlea se iba apoderando de su piel.

XII

—¿Qué nota usted, Hamid? —preguntó Spencer, sombrío.

—El campo telepático de la noche última acaba de volverse a establecer —dijo Chanar con voz entrecortada—. Su potencia es todavía más fuerte que ayer... Lo registro sin casi recurrir a mi receptibilidad: fuerza mis defensas psicológicas...

Kerrick comprendió pronto que era así, que su colaborador corría gran peligro.

Una honda de energía colosal podía sumergir y destruir los centros nerviosos del hindú. En este último, el sexto sentido corría el riesgo de jugar el mismo papel que una llaga en un individuo normal: es decir, convertirse en puerta de entrada que favoreciera la invasión del organismo por una infección mortal.

—No hay más que un modo de sustraemos a los efectos de este campo —le recordó Spencer—, se trata de enfriar rápidamente su cuerpo. Solo la hibernación artificial le puede salvar. ¿Está de acuerdo?

Chanar, cuyo cerebro se llenaba de un tumulto espantoso, tuvo aún fuerzas para opinar. Notaba que no podría resistir indefinidamente tal presión psíquica y que cualquier cosa era preferible al atroz martilleo que, por oleadas sucesivas, sacudía su espíritu.

Conservando toda su lucidez a pesar de la reaparición súbita del fenómeno de la víspera, y adivinando lo que significaba, Kerrick se volvió a Wilfrid y a Leroy:

—Ustedes dos, ocúpense de nuestros visitantes. Háganles desfilar lo más de prisa posible, para poder estar libres cuanto antes...

Después, acompañando al hindú hacia el cuarto de baño, le ayudó a desnudarse. Titubeando, Chanar obedeció, con auxilio de Spencer. Cuando estuvo completamente desnudo, se acostó en la bañera, estremeciéndose al contacto con el esmalte.

Antes de abrir el grito, Kerrick dio una inyección al paciente, con el fin de disminuir su ritmo cardíaco y de rebajar la temperatura interior. Aquella precaución haría que lo que siguiera fuese menos penoso y tendría como efecto secundario el de calmar en parte el cerebelo.

Un chorro de agua a diez grados comenzó a caer, envolviendo a Chanar con un sudario refrigerante. Mientras contemplaba como el agua subía dentro de la bañera, Spencer reflexionaba en los dolores del hindú. Este último, con los labios temblorosos y casi castañeteando los dientes, notaba una ligerísima disminución en su mal. Con la cabeza apoyada contra el fondo de la bañera, los brazos extendidos, soportaba estático la caricia pérfida de las onditas de agua.

—Las sirenas debían funcionar ya —exclamó Kerrick—. Si mis

previsiones son exactas, esos no deben estar muy lejos de la Tierra.

Había hablado en voz baja, como para responderse a sí mismo, pero Chanar declaró:

—Quizá no viajen en máquinas de metal, en aparatos sólidos, visibles... se pueden imaginar otros medios para franquear los espacios siderales.

A pesar de sus incursiones en las ciencias metafísicas, Spencer conservaba los hábitos mentales de un ciudadano de su época y toda idea de vehículo, aunque fuese interplanetario, evocaba en él una máquina construida en materiales duros,, equipada con motores y con instrumentos de precisión.

—Sí —admitió de buena fe—, se pueden imaginar otros medios; ya sé a lo que se refiere, pero es poco probable...

Kertch y Leroy aparecieron en la puerta, preocupados. Venían a enterarse de cómo seguía el tratamiento. Vieron a Chañar enteramente sumergido, con el rostro saliendo tan sólo de la superficie del agua y sintieron un escalofrío.

—¿Cómo va? —preguntó Kertch.

—Estamos en la primera etapa —explicó Spencer—. ¿Quiere ir uno de ustedes a la nevera y traerme hielo?

—Iré yo —dijo Kertch.

—¿Y nuestros dos amigos? —preguntó distraídamente Kerrick antes de que el otro se fuera.

—Les he comunicado un vivo deseo de marcharse a toda velocidad... Se van por el mismo camino.

—Manners ha participado en el golpe —intervino Leroy—. Les esperaba allá arriba en un helitaxi.

—Ya les ajustaremos cuentas otro día —prometió Kerrick—. Por el momento, basta con que vuelvan con las manos vacías, algunas contusiones y malos recuerdos. Tenemos otros problemas que resolver, desgraciadamente...

Se volvió hacia Chanar, cuyos labios azuleaban. Iba a comenzar la fase crítica de la operación. Un organismo con sangre caliente sometido a una refrigeración notable padece de asfixia si la caída de temperatura no es lo suficientemente brusca. El cuerpo se esfuerza por combatir la falta de calor mediante una más grande solicitud de oxígeno; las funciones vitales deben ser disminuidas muy de prisa para que esta energía de oxígeno sea, asimismo, disminuida con fuerza.

Ei hindú iba a sumirse en el sopor que, en las personas sometidas accidentalmente a un frío polar es preludio de la muerte.

Kertch volvió con los brazos llenos de trozos de hielo envueltos con servilletas.

—¡De prisa! —dijo Spencer abriendo el desagüe del agua—. Ayúdenme a aplicarle compresas de hielo por todo el cuerpo...

Los tres hombres se pusieron a la tarea. Al cabo de unos segundos, el infortunado Hamid estaba envuelto de pies a cabeza por cubos de hielo apilado. Se hallaba insensible, con el rostro falto de todo color. Inconsciente,

casi no respiraba.

Con la ayuda de un termómetro introducido en la boca del paciente, Kerrick verificó su temperatura. Veinte grados... ¡Todavía era demasiado!

—¡Más hielo! —reclamó Spencer, febril.

Kertch corrió hacia la nevera, pero comprobó desalentado que se había olvidado de volver a llenar de agua las cubetas cuando vació el hielo contenido en ellas. Aterrado, volvió sobre sus pasos para anunciar que serían necesarias varios minutos para congelar una nueva cantidad de agua.

—¡Rayos y truenos!—juró Spencer—. ¡Hamid no puede continuar así! ¡Tenemos que recalentarlo inmediatamente, o hay que enfriarle!... ¡Se está jugando la vida!

Leroy no veía más que una solución, ya que no había ni que pensar en reanimarlo.

—¡Metámoslo dentro de la nevera...!

Wilfrid abrió los ojos desmesuradamente, pero Kerrick pareció aceptar aquella sugestión providencial.

—¡Es lo único que podemos hacer! Vacíen la nevera de todo lo que contiene, retiren las bandejas y las estanterías.

Mientras que sus dos colaboradores se apresuraban a cumplir tal orden, Spencer apretaba las compresas contra el cuerpo inerte de Chanar. Felizmente, la inyección tenía efecto, activaba la velocidad de disminución de las funciones vitales. El corazón no latía más que muy débilmente, el tórax se dilataba para inspirar aire. Si en los diez minutos siguientes Chanar podía ser sometido a una temperatura de siete u ocho grados, estaría fuera de peligro.

Leroy y Kertch reaparecieron. Con un signo hicieron comprender que la nevera estaba preparada. En compañía de Kerrick, llevaron al hindú, que tenía todas las apariencias de un cadáver, hasta el mismo refrigerador. Tuvieron que doblar sus piernas contra su busto para instalarle en la cámara frígida, su cabeza reposando en las rodillas.

Kerrick no cerró por completo la puerta: La dejó con una abertura muy estrecha, pero suficiente para permitir una débil circulación de aire. Colocando a fondo el botón regulador, dejó el aparato listo para un enfriamiento acelerado.

Kertch estaba asombrado porque jamás asistió a un tratamiento parecido.

—Va a matarle —gruñó mientras se mesaba su corta cabellera gris.

—No tenga miedo —dijo Spencer, cuya «moción comenzaba a calmarse—. Con usted, por ejemplo, hubiese dudado en el sistema para reducir la congestión, pero no con él. Sus compatriotas, menos grasados en el control de las funciones vitales, se exponen voluntaria e impunemente a los fríos de las montañas del Tíbet. Más tarde, cuando le reanimemos, estas horas o estos días de vida vegetativa, análoga a la de los animales que hibernan, no dejará la menor señal en su organismo.

Kertch conservó una mueca dubitativa. No estaba muy familiarizado

con los métodos de anestesia por frío y le costaba trabajo creer que se pudiera tratar así a un cuerpo humano. Pero no deseando demostrar su ignorancia, volvió a la causa de las dificultades experimentadas por Chanar.

—¿No piensa usted que un fenómeno natural, cósmico, pudiese tener influencia en nuestro amigo? —preguntó dirigiéndose tanto a Leroy como a Kerrick.

El especialista en perfección ultrasensorial estaba más versado que sus colegas en geofísica. Era adversario resuelto de la hipótesis de Kerrick y aprovechó la ocasión para manifestarlo.

—En mi opinión, debe de haber una perturbación cualquiera en los confines de la atmosfera, bien sea de orden magnética, o de orden eléctrico. ¿Puede usted afirmar con toda certidumbre, Spencer, que ciertos fenómenos de este género no afectan a los individuos dotados de una sensibilidad tan excepcional como la de Chañar o Ursula?

Con honradez, reconoció el interpelado:

—No, no puedo pretenderlo... Al contrario, está comprobado que los eclipses, los recrudecimientos de la actividad solar o las tempestades magnéticas impresionan no solamente el psiquismo de las gentes muy sensitivas, sino también el de las otras personas, lo mismo que el de los animales.

—¡Y bien! —exclamó triunfal Leroy—. ¿Por qué se aferra entonces a esa historia... bastante indigesta, en eso convendrá usted con nosotros..., de astronaves en ruta hacia nuestro planeta? ¡Eso nos parece una fábula!

Satisfecho al ver expresar lo que pensaba, Kertch añadió:

—Sí... ¿Por qué deduce usted de lo que nos ha contado Ursula que máquinas de otro mundo vuelan hacia nosotros? Lo que ha dicho antes de desvanecerse y después me ha parecido verdaderamente demasiado obscuro para que se pueda extraer una conclusión tan limpia...

—Quién habla de informes? —preguntó de repente una voz extraña con tono agresivo.

Los tres hombres giraron a la vez sobre sus talones. En la puerta estaba Ursula Holmes, más trastornada que nunca, envuelta en su horrible kimono de flores rojas, y airada por lo que acababa de sorprender. Su desconfianza se agravó cuando vio que aquellas palabras habían sido desgraciadamente pronunciadas por Kertch, a aquel de los cuatro por el que experimentaba la mayor simpatía.

—Ejem... Discutíamos de... astronaves —explicó Wilfrid, evasivo, con el ceño fruncido.

—¿A qué viene este conciliábulo en plena noche? —preguntó severa la señora de Holmes—. Se está convirtiendo en costumbre...

Hubo un silencio, un silencio que se prolongó más de lo preciso. Nadie sabía qué responder.

—¿Dónde está Chanar?

Kerrick carraspeó.

—Duerme —mintió, colocándose delante de la puerta de la nevera—. ¿Y si pasásemos a mi cuarto todos?

Caminó hacia la señora de Holmes, la tomó amistosamente por el brazo y la obligó a retroceder. Para disminuir la tensión de la atmósfera, Leroy dijo con tono ligero:

—Nos peleábamos sobre la significación de los síntomas notables por Hamid y por usted, anoche. Esperábamos la respuesta de Kerrick cuando entró usted...

Habían llegado a la habitación donde estuvieron reunidos precisamente la víspera.

—Iba a decirle, Paul, que tengo argumentos muy serios para sostener mi opinión, más que la de ustedes —dijo Spencer—, aunque admito que tanto una como otras son respetables.

Después, volviéndose a Kertch, que tenía el propósito de pasar desapercibido:

—El término empleado por la señora de Holmes no apareció bien claro, piense usted lo que piense, Wilfrid. En mi opinión, no tiene más que una interpretación lógica: la que les proporcioné.

—¿Pero por qué están todos ustedes despiertos?- —insistió Ursula antes de que la conversación se desviara del asunto—. Me ha parecido oír ruidos raros en la casa. ¿Qué ocurría?

Lanzó una mirada inquisitiva sobre sus compañeros, aparentemente aliados contra ella para callarle la verdad.

—Se ha producido un incidente sin importancia— se resolvió a decir Spencer—. Unos ladronzuelos han tratado de penetrar en el edificio por lo alto. Leroy se ha dado cuenta, les hemos puesto en fuga y más tarde nos hemos enredado charlando...

—¡Ladronzuelos! —exclamó Ursula con voz aguda—. Y yo que dormía como una niña...

Iba a lamentarse sobre la suerte espantosa de una mujer expuesta a tales vesanias cuando Leroy, siempre él, demostró una desenvoltura poco admisible volviendo a tomar el hilo de la conversación.

—Tendría mucha curiosidad en oír cómo profundizaba en sus argumentos, Spencer. Si usted accediese a iniciarnos, revisaría sin duda mis conceptos demasiado simplistas...

Había una buena dosis de sarcasmo en sus palabras, pero Kerrick se lo perdonó de buena gana, porque aquel giro anímico le inclinaba a tener por falso lo que no ha sido demostrado. Como en francés, Leroy era cartesiano: No se le podía censurar.

—Algún día —prometió el fundador de «Invisible, S. A.»—, les explicaré esto extensamente: no se imaginen que en tres palabras puedo exponerles un argumento masivo. Eso me sería tan imposible como que ustedes explicasen en dos frases porqué hay parásitos en la radio que denuncian una perturbación atmosférica.

Involuntariamente, Kertch miró hacia el cuerpo de Chañar, acurrucado dentro de la nevera; aquel pensamiento le hacía sufrir. Para tranquilizar a su espíritu, intervino en el debate:

—Yo —dijo—, no creo en la llegada próxima de navíos del espacio. Después de medio siglo, en el que se nos atiborra los oídos con cuentos para dormir sobresaltados, porque la Humanidad ha hecho lo que debe, es decir, inventarse enemigos. Está científicamente aprobado que no existen otros seres inteligentes, además de nosotros, en todo el sistema solar. Entonces, sería preciso suponer que las astronaves que aparecieran en nuestro cielo pertenecerían a otro sistema; pero, la estrella *más cercana a nosotros* está a cuatro años luz... ¿se da usted cuenta?

Maravillado él mismo por el carácter irrefutable de sus asertos, miró sucesivamente a Leroy y a Kerrick con la esperanza de conseguir su aprobación.

Un temblor hizo estremecer al mismo tiempo a los cuatro ocupantes de la estancia. Se creían víctimas todos de una ilusión, pero dos segundos de atención sostenida les dejaron petrificados.

En el exterior, las sirenas de alarma gemían lúgubremente y lanzaban sobre Londres una señal siniestra que se creía suprimida para siempre. ¡La alarma que prevenía a la población sobre la inminencia de un ataque aéreo!

XIII

Ursula Holmes lanzó un grito de espanto Kerrick la apretó con dureza el brazo, miró a sus dos colegas y les dijo con tono hermético:

—Es posible que la alarma haya sido dada por accidente. No nos precipitemos antes de tener otros informes. El sistema de información pública difundirá con toda seguridad instrucciones. Vamos, subamos a la terraza...

Paul y Kerrick se levantaron de un salto, pero Ursula se hundió más en su sillón gritando:

—¡No! ¡Es una locura! ¡Refugiémonos «a los sótanos!

—No sea usted tonta —dijo Spencer con tono seco—. Si en verdad se ha desencadenado un conflicto, no es en el sótano donde será preciso refugiarnos, ¡sino en un abismo profundo de un kilómetro o más!... Vamos, recobren su sangre fría. Kertch, muérdala si se resiste.

Por la fuerza, levantó a la mujer de su asiento y la obligó a avanzar. Después de una breve resistencia, la vidente desfalleció, abrumada por las órdenes hipnóticas de Wilfrid. Sabiendo que su presencia en la terraza sería más embarazosa que otra cosa, Spencer decidió enviarla a su cuarto y encerrarla allí.

—Que se esté tranquila hasta nuestra vuelta —ordenó a Kertch.

Este último transmitió inmediatamente la orden a la señora de Holmes quien, con paso de sonámbulo, alcanzó su cuarto mientras que los hombres subían a saltos de cuatro en cuatro los escalones.

Leroy fue el primero en llegar a la terraza y su mirada exploró en firmamento. No vio más que un cielo sombrío, carente de estrellas, donde flotaban las formas blandas de nubes blanquinosas. Las sirenas seguían gimiendo, repitiendo con obstinación su obsesionante modular; personas con vestidos propios para dormir aparecieron, despeinadas y asustadas, en las plataformas vecinas.

Como un relámpago, Paul pensó en Cecilia, sola en aquella villa inmensa sobre la que iba a abatirse una catástrofe. Pero ahora ya no dudaba. Spencer lo había previsto con justeza, una calamidad inconcebible iba a caer sobre el mundo...

El mugir de las sirenas se extendió en un decreciente acelerado. Y Leroy se dio cuenta de que estaba solo, que Kertch y Kerrick no habían subido tras él. Atormentado, se volvió en el momento preciso que los dos hombres hacían su irrupción en la terraza. Por su expresión consternada, adivinó que un accidente suplementario acababa de surgir.

—¿Chanar? —preguntó con el corazón angustiado.

Spencer negó con un signo.

—Manners y sus cómplices nos han robado algo —dijo—. Kertch los había dejado bastante tiempo a su libre albedrío...

El fornido Wilfrid parecía abatido. Aunque se decía a sí mismo que no hay nada irremediable, el peso de su equivocación le oprimía.

—¿Qué? —preguntó Paul.

Falsamente desinteresado, Kerrick se encogió de hombros. Después, asiéndose con ambas manos a la barandilla, declaró:

—¡Los volveremos a atrapar... si Dios nos da vida! ¿Qué esperan las autoridades para dar instrucciones?

Las notas graves y majestuosas del Big Ben hicieron vibrar el silencio compacto que había sucedido a la señal de alarma. Las cuatro de la madrugada. En aquella noche saturada de miedo, los golpes resonaron largo tiempo.

Las gentes, agrupadas sobre las plataformas, escrutaban el cielo, con el oído atento, a la escucha de una vibración insólita en el clamor estridente de los proyectiles teledirigidos atravesando el espacio. Pero ningún ruido anormal, próximo o distante, venía a cristalizar su ansiedad. Todo era calma apabullante...

Algunos recuperaron su confianza. Había debido producirse algún error en cualquier parte... O bien se trataba de un atentado, mía manera original de llamar la atención de la multitud sobre cualquier reivindicación. Mañana se sabría la verdadera razón de aquella intempestiva serenata. Los responsables sé explicarían...

Mientras, la población de Londres, primero abrumada por el pánico, se puso a esperar. Bien pensado, no podría ser más que una falsa maniobra. La situación internacional era pacífica después de un cuarto de siglo, ninguna tensión se había manifestado tras muchos años y el mundo vivía en una opulencia relativa. ¿Quién hubiera sido lo bastante loco como para desencadenar una guerra?

Tres golpes de gong salieron de los millares de altavoces públicos destrozando brutalmente la renacida confianza. Una comunicación urgente, destinada a toda la nación, y difundida asimismo por los medios de comunicación al uso, iba a ser lanzada desde los estudios subterráneos de la B.C.B.S.

Consternados, los diez millones de habitantes de Londres se pusieron a la escucha. Las estaciones de radio, televisión, los aparatos telefónicos, los teletipos y los altavoces de las calles emitieron el mismo mensaje, enunciado por una voz desconocida:

Nos han informado desde Moscú que un singular fenómeno está en trance de producirse en las Indias yen la Unión Soviética. A nivel del suelo, las gentes se ven acometidas por un sopor que paraliza toda actividad. Se han producido numerosos accidentes: millares de helicoches se han precipitado al suelo, vehículos chocaron unos con otros a centenares. Los aeroplanos, faltos de guía, se estrellan. Se hacen conjeturas y conjeturas sobre la naturaleza de este fenómeno que se propaga de Este a Oeste a la velocidad del Sol. Esto nos permite prever que dentro de tres horas las Islas Británicas se verán

afectadas. Se recomienda insistentemente no abandonar el domicilio propio, no tomar ningún medio de transporte ni de circular por ninguna parte. Faltan detalles para evaluar la gravedad de esta epidemia de sueño, pero después de una hora las autoridades pondrán cuanto esté en sus manos para combatirla en cuanto roce nuestro territorio. En los Estados Unidos, ya prevenidos, movilizan a sus sabios para dilucidar este misterio y para tomar con urgencia las medidas apropiadas. Tendremos al público al corriente del desarrollo de la situación. No complique la tarea del Gobierno con un pánico injustificado: Esta epidemia es desagradable, pero no mortal. Nuestro país sabrá hacer frente con su determinación legendaria.

Otros tres golpes de gong cerraron el discurso, después de un silencio gigantesco se apoderó de la ciudad. Pero algunos segundos más tarde, una viva efervescencia se manifestó en todas las casas. Aquel comunicado, tan poco explícito, podía dar lugar a una serie de suposiciones sobre que las cosas eran mucho más graves de lo que se había dicho.

En terraza, Kerrick, Leroy y Kertch hacías escuchado con atención. Cuando hubo pasado el primer momento de estupefacción, Kerrick declaró con acento de convicción inquebrantable:

—Se trata de un ataque y viene del Espacio. Los asaltantes, quienes quiera que sean emplean una táctica contra la cual las fuerzas de defensa nada pueden; aplican a escala mundial un procedimiento que aplicamos en plano individual: la aniquilación por el sueño forzado...

Se interrumpió., la mirada fija, pues acababa de cruzar por su espíritu una idea extraordinaria. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Los seres que se lanzaban a la conquista de la Tierra *adoptaban una estrategia conforme a las instrucciones escritas en la barra*! Se acordó con claridad de la frase relativa a los rayos luminosos, transformados en vehículos de una carga hipnótica... Y el fenómeno de hipnosis colectiva coincidía con la marcha del Sol!

Spencer midió, en toda su amplitud, lo que entrañaba su razonamiento: Todo individuo expuesto a la luz diurna, directa o reflejada, sucumbiría infaliblemente al sueño. Igual que en la sombra, igual que en el interior de las casas, no habría ningún abrigo, puesto que los rayos son lo bastante intensos para impresionar allí una placa fotográfica. Al cabo de veinticuatro horas, la población mundial entera, salvo raras excepciones (los mineros, las guarniciones de las fortalezas, las tripulaciones de los submarinos o los espeleólogos...) se verían sumergidos en una inconsciencia de la que nada podría sacarles, si no los mismos asaltantes. El mundo, con una impotencia total, estaría a merced de los invasores.

—He aquí porque los satélites no han señalado nada —dijo Kerrick—. Sus ocupantes se han quedado paralizados los primeros...

—Entonces, si he entendido bien, nos quedan tres horas de vida independiente —articuló Leroy, con el rostro contraído—. Después, ¿la muerte, la esclavitud, o algo peor?

—Tengo poco miedo... No veo cómo podremos resistir... Para combatir, es preciso conservar la lucidez y los observadores no pueden ver al enemigo más que exponiendo sus ojos a la luz: Se verán fascinados por los oculares de sus instrumentos. Sólo los radares, quizá... Los sistemas puramente automáticos tienen una posibilidad, pero ¿cómo movilizar al ejército para batallas sobre el suelo? ¿Y cuáles son las otras armas del adversario?

—En este caso —dijo Leroy con resolución—, voy a buscar a Cecilia Bell. Que esté con nosotros cuando la catástrofe nos abata ...

—Vaya —aprobó Kerrick, fatalista—. Pero sea prudente, no se asuste si estallan espontáneamente acontecimientos. Sea lo que llegue, Kertch y yo estaremos aquí. Piense también que las autoridades cortarán de un momento a otro el suministro de corriente eléctrica y de gas, para evitar incendios cuando los empleados de las centrales se duerman. Haga el trayecto a pie... ¡buena suerte!

—¡Hasta la vista... o adiós para siempre! —exclamó Leroy lanzándose hacia las escaleras, preso de un nerviosismo muy cercano al paroxismo.

A pesar del picante frescor de la noche, ni Kertch ni Spencer pensaron en volver a entrar. Siguieron observando los alrededores, insensibles al frío húmedo de aquella noche de otoño.

Por todas partes las ventanas se alumbraban. Gentes descendían a centenares a las calles, deseosos de reunirse con sus parientes y su amigos, de arreglar algunos detalles antes del alba. Helicoches se elevaban de las plataformas y sus luces animaban el cielo con una farabanda de estrellas de color. Un rumor confuso, alimentado por ardientes controversias y por lamentaciones, se amplificaba progresivamente por la ciudad. Coches de policía y vehículos militares comenzaban a circular por las grandes arterias, invitando a la multitud a no quedarse en la vía pública.

—Es una pesadilla —murmuró Kertch, acodado en la balaustrada, la espalda curvada—. No puedo hacerme a la idea de que vamos a vivir una batalla interplanetaria.

—Nadie se lo piensa todavía en el momento actual —dijo Kerrick—. La versión oficial centra los pensamientos de las gentes en una calamidad puramente terrestre; tanto mejor, sólo nosotros tenemos el triste privilegio de adivinar lo que se nos espera...

Kertch asintió.

—Chanar tiene una oportunidad. Si nosotros tenemos que desaparecer, él al menos no habrá conocido las horas que se aproximan...

Apenas pronunció aquellas palabras, Kertch se dio cuenta de que no reflejaba con sinceridad su estado de alma. La perspectiva de ser testigo del primer choque entre los dos mundos emanaba de una devoradora curiosidad. En el encuentro de lo que había dicho, se sentía preso de un deseo frenético de asistir al cataclismo, de ver el rostro de aquellos seres infernales que salían de las profundidades de la galaxia... Reveló su resolución interior diciendo:

—Morir por morir, es preferible contemplar el espectáculo. ¿No existe ningún medio de substraernos a la energía narcótica que transportan los rayos solares?

Kerrick salió de su sueño, miró a su interlocutor levantando las cejas. La oportunidad de aquella pregunta, tan elemental, le retrajo súbitamente al presente. A fuerza de imaginar lo que ocurría en los territorios ya sometidos al control hipnótico, descuidó la preparación de una defensa personal.

—¡Santo Dios, Wilfrid, tiene usted razón! —exclamó—. ¡Es seguro que podemos protegernos temporalmente contra un anestésico provocado por vía psíquica!

* * *

Paul Leroy encontró muchas dificultades en atravesar la ciudad. La multitud se había lanzado a la calle utilizando toda clase de transportes terrestres. Cada cual buscaba reunirse con los seres queridos y esperar junto a ellos el desarrollo de unos acontecimientos cuya significación inmediata les llenaba de terror y desesperanza, como ocurre siempre que uno se encuentra ante lo desconocido. El tráfico no permitía la menor ordenación coherente.

Pero a Paul Leroy le impulsaba hacia adelante uno de los sentimientos más potentes de la Creación: el Amor. Así no es de extrañar que fuera venciendo con éxito los mil imprevistos obstáculos y llegara a casa de Cecilia Bell con un tiempo record.

La muchacha le debía estar esperando, porque a la primera llamada a la puerta abrió y se lanzó en los brazos del joven. Ni por un momento ninguno de los dos reparó en la mutua indumentaria. Cecilia llevaba un vaporoso salto de cama que realzaba sus encantos naturales. Paul vestía un batín colocado encima de su pijama.

Sin casi cambiar palabras, sin otro saludo que el abrazo intenso de su reencuentro, Cecilia se dispuso a acompañar a Leroy. Él la tomó del brazo y se encaminó con ella escaleras abajo, dispuesto a enfrentarse de nuevo con las turbas enloquecidas que llenaban las calles.

Comenzó para ellos una loca carrera hacia Crawford Street. Jadeaban, tropezaban, empujaban, pero seguían adelante, como si presintieran que la única posibilidad de salvación residía en «Invisible, S. A.».

* * *

Una media hora larga antes, Walcott y Smithers habían huido de la sede le «Invisible, S. A.» llevándose por todo botín un paquete de hojas cubiertas de escritura y un lingote cuyo valor comercial podía ser considerable. Se llevaban también uno de los peores recuerdos de su carrera y una perplejidad que el paso del tiempo no lograría disipar del todo.

No respondieron más que por gruñidos a las preguntas de Manners, y

este último, dudando que las cosas no hubieran resultado como se había previsto, dejó para más tarde la tarea de interrogarles con mayor extensión.

Tan pronto como estuvieron a bordo los dos hombres, el helicoche subió verticalmente, luego puso rumbo al Oeste. Volaba por la aglomeración de Reading cuando estalló el mugir de las sirenas, muy audible baja altura.

Asombrados, Walcott y Smithers hicieron el mismo gesto de duda. Manners, en los mandos, se sobresaltó y se inclinó hacia adelante como si esperara que la visión del paisaje fuera a confirmar el testimonio de sus oídos.

La segunda reacción de los tres bribones fue la de la mayor parte de los londinenses.

—¿Una alarma? ¿Están locos? —gritó Walcott—. Por equivocación algún imbécil ha debido pulsar el botón que pone en marcha a las sirenas.

—Vaya idea de hacer un ensayo por la noche —gruñó Smithers—. Son las cuatro de la madrugada.

Manners tomó la cosa con mucha desenvoltura.

—Eso sacará a la gente de sus camas —rio, con un rictus de placer en los labios—. ¡Vaya broma!

Al poco, se pusieron a mirar los tres por las paredes de piroglás de la cabina, aún intrigados pero más tranquilos. En el suelo, calles y casas presentaban su aspecto acostumbrado. No se veía rastro de movimiento ni de agitación.

—Espero que los otros acudan a la cita —murmuró Manners accionando los mandos—. ¿Les habéis dicho bien cuál es el lugar?

—¡Naturalmente! —contestó Smithers—. Nuestra coartada se caería por los suelos si el intercambio de helicoches no se realiza como está planeado...

La expresión acre de Smithers demostraba que no quería pasar por imbécil. Tenía los nervios a flor de piel y de buena gana habría comenzado una pelea con Manners para apaciguar su irritación.

Pero el piloto no respondió, absorto en el examen de un terreno al borde de un bosquecillo, al norte de Newbury. El grito de las sirenas se había apagado, acallado por la distancia.

Algunos minutos más tarde, el aparato se posó en pleno campo, con todas las luces extintas. Estaba tan obscuro que los tres hombres no vieron el helitaxi de la Agencia Atlas hasta haber puesto pie a tierra. Los cómplices de Bristol allí estaban, puntuales, después de haber cumplido su papel de macarrones anunciando por todos los clubs nocturnos de aquella villa. Uno de ellos se acercó a Walcott y dijo:

—¿Ninguna dificultad?

—No... El golpe ha sido un poco más difícil de lo que nos pensábamos, pero ha salido bien —fingió Walcott con aire de suficiencia—. ¿Y vosotros, estáis seguros de haber cambiado la matricula del aparato y que nadie se ha dado cuenta?

—Claro. Además, hemos tenido un cuarto de hora el helicoche en una

aparcamiento prohibido: la multa ha sido un hecho. Eso corroborará vuestra coartada —contestó el de Bristol—. Podéis estar tranquilos, vuestra coartada, os lo repito, es de... de uranio.

—A propósito de tranquilidad —preguntó Walcott—, ¿habéis oído también, las sirena?

—Sí... Alguien ha debido meter la pata —declaró el individuo sin al parecer conceder importancia al incidente.

Como aquella confirmaba su propia opinión, los tres recién llegados no hicieron el menor comentario.

—Buenas noches y gracias por habernos echado una manita —dijo Walcott—. Os enviaré lo convenido dentro de dos o tres días.

—Está bien.

Los dos grupos, cambiando de aparatos, se saludaron con un leve ademán y se dispusieron a despegar. Tres minutos más tarde las dos máquinas volaban en direcciones diametralmente opuestas.

—¡Uf! —exclamó Manners una vez alcanzaron la altitud de crucero—. Ahora el asunto está en el saco. ¿Cuánto habéis podido robar?

—Ni un clavo —rezongó Smithers—. Nada que valga la pena.

—¿Eh? —exclamó el piloto—. ¿Me estáis tomando el pelo?

Miró a sus dos cómplices con recelo, creyendo que trataban de bromear, o, lo que era peor, ds substraerle su parte.

—Lo que nos hemos llevado vale todo el oro del mundo —rectificó Walcott exhibiendo las hojas manuscritas con un gesto teatral—. Te explicaré en seguida porqué:

Después, con tono seco añadió:

—¿Y si escucháramos algo de música?

—¡La caraba! —exclamó Smithers—. ¿Y por qué no cantamos a coro el «Dios Salve al Rey», si lo prefieres? Tenemos motivos para estar alegres...

Manners no dio al conmutador del receptor de radio. No tenía el menor deseo de entablar una disputa. Con los ojos en los instrumentos de a bordo, pilotó en silencio. Tras él, Walcott jugaba pensativa con una barra metálica a la que acariciaba con un gesto continuado. Malhumorado Smithers estaba pegado al piroglás, contemplando cómo se acercaban a las balizas de Londres.

Al cabo de veinte minutos el helicoche llegó a la capital. Inmediatamente, Smithers notó una efervescencia anormal.

—La alarma los ha puesto en pie —dijo con tono desaprobador—. Toda la ciudad está despierta...

A su vez, Manners y Walcott fruncieron el ceño. Innegablemente la gente se había tomado en serio la señal, tenían el aspecto de estar enloquecidos. Una verdadera locura reinaba en las calles.

—Por lo menos tiene gracia —dijo Walcott—. En principio la alarma significa que todo el mundo debe permanecer en sus casas. ¿Por qué corren como estúpidos en vez de meterse en los refugios?

—Sí —convino Manners, dominado por una vaga inquietud—.

¿Ocurrirá algo en verdad? ¿No habrá emitido la B.C.B.S. algún boletín informativo...?

—¡Conecta el receptor, entonces! —clamó Smithers sin apartar los ojos de la extraña visión que ante ellos se ofrecía.

La luz pública funcionaba por completo, las grandes arterias brillantemente iluminadas se veían recorridas por los vehículos de la policía, reconocibles por su color rojo. El tráfico aéreo era todavía más denso que a las once de la mañana. En Piccadilly Circus desembocaba una verdadera riada humana.

—Nada en las ondas —anunció Manners, desilusionado—. ¿Qué es lo que hacemos?

—Volver, como está previsto en le programa —decidió Walcott—. Por lo menos, ese es el medio de enterarnos de lo que ha pasado después de nuestra salida de Crawford Street. Esa preciso que lo sepamos para saber a qué atenernos...

Smithers no dijo nada, lo que constituía una tácita aprobación.

Poco después, el helicoche descendía sobre la plataforma del inmueble de Tooley Street. Allí, como en las demás partes, reinaba una agitación insólita. Varios inquilinos de la casa estaban reunidos en la terraza de acceso y discutían en firme. No prestaron más que una mínima atención a los tres socios de la Agencia Atlas. Estos últimos desembarcaron con la mayor naturalidad, muy tranquilos, con las cabezas altas.

Antes de alcanzar su local, deambularon por entre los grupos, con el oído atento. La única conclusión que sacaron de las conversaciones en curso era que un acontecimiento sensación se produciría al alba. No queriendo hacer preguntas demasiado directas, decidieron bajar para desembarazarse del material y del botín que transportaban.

Una vez reunidos dentro del despacho, Walcott fue al grano.

—Creo que haríamos bien no separándonos.

No he entendido gran cosa de lo que decía la gente, pero en todo caso tengo la sensación de que se va a armar la gorda.

—Sí —afirmó Manners, sombrío—, lo más claro es que la alarma no es falsa. Pero, no se habla de guerra, ¿no lo habéis notado?

—Preferiría que fuera una guerra —gruñó Smithers mirando por la ventana—. Tendría menos miedo...

* * *

A las cinco de la madrugada se transmitió un segundo comunicado. Esta vez, la voz del locutor era netamente más apremiante e imperativa. Muy ampliada para sobreponerse a los ruidos callejeros, tronó con resonancias metálicas:

—El Gobierno ordena a la población que vacíe los edificios públicos. La policía tiene la misión de evacuar las calles a la fuerza a partir de las seis.

Se apagarán las pilas atómicas. La corriente eléctrica será cortada, la presión del gas muy disminuida, Se invita a los particulares a que desconecten sus aparatos electrodomésticos y a que no hagan funcionar los grupos electrógenos de emergencia que pudieran proporcionar energía.

El fenómeno afecta actualmente a todos los países sitos a la longitud de 30 grados Oeste, desde Finlandia a Africa del Sur. Moscú no transmite ya, pero informes concordantes nos llegan de Varsovia, de Berlín y de Belgrado. Todas estas ciudades han perdido contacto con el Este. Cohetes teledirigidos, equipados con cámaras de precisión, sobrevuelan los territorios afectados por la epidemia: Esta ha permitido comprobar que las poblaciones se hallan en estado de letargo. Los animales no se han visto afectados.

Las eminencias científicas han declarado que el fenómeno es pasajero y que no presenta verdadero peligro. Sólo son de temer los accidentes causados por la pérdida momentánea del conocimiento de los habitantes. Sigan pues con la mayor disciplina las órdenes de las autoridades competentes.

Los tres golpes de gong fatídicos anunciaron el fin del comunicado.

La multitud anhelante que lo escuchó dio rienda suelta súbitamente a su angustia en un vasto clamor en el que se confundían la decepción, el terror y la indisciplina. La masa sólo retenía lo esencial, a saber: que la epidemia no había sido dominada, que progresaba inexorablemente hacia el Oeste y que se la tenía que sufrir sin entrever siquiera sus consecuencias. ¿Quién sabe si la muerte no alcanzaba a las víctimas al cabo de un coma más o menos largo?

Durante varios minutos, la ciudad hirvió materialmente. En lugares diversos estallaron tumultos pero fueron reprimidos con prontitud. Se redujo la luz eléctrica del alumbrado público, lo que tuvo efecto sedante aunque en tono menor.

En conjunto, los londinenses conservaban a pesar suyo toda su sangre fría. Si algunos se entregaban a actitudes o a actos lamentables, la gran mayoría sólo se ocupaba en medidas prácticas.

Inseparables, Kerrick y Kertch habían abandonado la terraza durante media hora, en el curso de la cual habían verificado sucesivamente el estado de hibernación de Chañar, densificando el sueño de Ursula Holmes a quien vistieron, como ellos mismos, con las ropas de día. Luego, se reunieron en el cuarto de baño para preparar la medicación destinada a proporcionarles un insomnio indomable.

Mezclando en una ponchera comprimidos de Nexitón, un polvo con gran cantidad de cafeína, clorhidrato de yohimbina y otros excitantes del sistema nervioso, Kerrick explicó a su colaborador:

—En otras circunstancias no aconsejaría a nadie que ingiriese una mezcla semejante, pero no tenemos opción. Si queremos obtener un antinarcótico poderoso, capaz de tenernos despiertos mientras pasen cuarenta y ocho horas o más, esto a pesar de una intensa carga hipnótica, es preciso combinar las mayor parte de las drogas capaces de enervar el organismo. Por

otra parte, tendremos que movilizar toda nuestra voluntad para resistir al influjo. Pero cuando el efecto cese de hacerse sentir, caeremos como una masa. Peor para nosotros...

Mezcló con cuidado los distintos productos hasta reducirlos a una pasta homogénea, en cantidad suficiente para seis personas cuanto menos. Kertch le miraba hacer, semisatisfecho, semitemeroso, deseando que aquella pócima no le produjera una ventaja muy discutible: la de ver escenas de terror antes de sumirse en la nada. Y, bien considerado, prefería todavía morir con los ojos abiertos, en pie y en completa lucidez.

—¿Será malo de tomar? —preguntó inquieto.

—Abominable —le aseguró Kerrick—. Pero bastará con una cucharada.

Una vez listo el preparado, dejaron la ponchera en su sitio y volvieron a subir, mientras que los altavoces difundían el segundo comunicado. Después de la audición, Spencer se encogió de hombros ligeramente.

—El Gobierno no puede organizar nada efectivo en algunas horas, pero quizá sea mejor así. La lucha contra un adversario tan poderoso como el presente, sería demasiado desigual.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Kertch, extrañado—. ¿Es que lo conoce?

—No... Pero sé que dispone de armas invencibles contra las que las nuestras nada pueden. Ya lo verá...

Contemplaron un rato la bóveda celeste, siempre marcada por bancos de nubes. En los alrededores se estableció un calma relativa. Algunas ventanas se habían obscurecido. El rumor creciente de Baker Street y de Gloucester Place había disminuido.

De repente es oyó un rumor, procedente de la escalera. Los dos hombres se volvieron y vieron entrar a Leroy, seguido por Cecilia Bell.

Los dos jóvenes parecían sin aliento, despeinados como prueba de la carrera que se habían dado. Cecilia temblaba y tenía la frente cubierta de sudor.

—En fin, ya están aquí... —suspiró Kerrick, revelando los temores que había estado abrigando desde la partida de Paul.

—Atravesar toda esa muchedumbre no ha sido cosa sin importancia —balbuceó Leroy—. Me pregunto qué es lo que hacen la mayor parte de las personas, se diría que huyen de sus domicilios. Se lanzan a la calle sin el menor motivo...

—El anuncio de una desgracia une a toda una comunidad, es algo instintivo...

—Me alegro de verles —declaró Kertch con sinceridad—. En los momentos trágicos más vale formar prietos los codos unos con otros. Eso da valor, por lo menos...

Dándose cuenta de la angustia de Cecilia, que no había pronunciado palabra, se preguntó si Paul la habría puesto al corriente de lo que pasaba. Dirigió una mirada interrogativa a su colega que asintió.

—Sí, lo he creído más honrado decirle la verdad. Ella decía...

Kerrick aprobó con la cabeza. Puso la mano en el hombro de Cecilia y dijo con expresión grave:

—Si existe una posibilidad de sobrevivir a esta prueba, tenga la seguridad de que la hallaré. Quizá esté mejor situado que nadie para negociar nuestra seguridad, ver nuestra libertad. Pero, por eso, es preciso que permanezcamos despiertos, cueste lo que cueste y hasta el límite de nuestras fuerzas. He compuesto un producto que no deja de tener cierto peligro, pero que representa nuestra única salida. ¿Lo tomará usted como lo tomaremos nosotros tres?

Cecilia le dirigió una mirada en la que se reflejaba una infinita confianza.

—Sin dudarlo —afirmó, con las mejillas encendidas.

—Entonces, vengan —ordenó Kerrick—. No falta mucho para que den las seis y el medicamento rio hace efecto en seguida.

Volvieron a bajar juntos, tomaron uno tras otro una pequeña cantidad de la pasta blancuzca, de un gusto horrible, contenida en la ponchera y aún quedaron dos grandes cucharadas. Paul y Cecilia, más tranquilos ya, se sonrieron. Ninguna palabra de amor se había pronunciado entre ellos, paro se comprendían. La muerte les sería soportable si la encontraban juntos.

—Vístanse con ropas de abrigo —recomendó Spencer—. Probablemente tendremos que pasarnos muchas horas en nuestro puesto de observación y quizá tengamos frío.

Siguieron el consejo; poco después volvieron a subir a la azotea, con el corazón oprimido pero perfectamente dueños de sí mismos. Acababan de acodarse en la balaustrada cuando de golpe se apagaron todas las luces. Londres se vio envuelto en la noche.

En escasas ventanas se veían débiles resplandores, producidos por arcaicas velas. El rumor general decreció todavía más, de aquí o de allá se oían los silbatos estridentes de los policías encargados de vaciar las calles. Los faros de los vehículos lanzaron sus resplandores, barriendo las fachadas en tinieblas. Y poco a poco una calma presagiadora de la catástrofe se instaló en la inmensa ciudad petrificada.

* * *

El sol se alzó sobre el Canal de la Mancha. Encima de las costas de Gran Bretaña, casi cubiertas por nubes, sus rayos no llegaron al suelo, pero su luz llenó el cielo, sin embargo.

Toda la Europa Occidental estaba sumergida en un sueño sin pesadillas, las ciudades y los campos estaban silenciosos como nunca lo habían estado en muchos siglos.

Y los rayos solares, modulados por una energía que pocos hombres habían podido atisbar, propagaron por las Islas Británicas un sopor irresistible.

A las diez de la mañana, los cuatro amigos de «Invisible, S. A.» estaban aún apostados en el mismo lugar. Después de tres horas ya, la sobreexcitación debida a la pócima preparada por Kerrick les impulsaba a hablar sin parar. No tenían ni la menor noción del paso del tiempo y seguían escrutando el cielo.

Un viento del Oeste, bastante fuerte, enviaba hacia el mar a las nubes y a la niebla. Soplaba contra los soportes de las plataformas de los helicoches y les arrancaba prolongados gemidos. Hojas de árboles en remolinos antes de chocar contra algún obstáculo. Sin duda fue aquel ruido del viento lo que impidió a los seres humanos todavía despiertos, es decir a los cuatro miembros de «Invisible, S. A.», notar una extraña palpitación de la atmósfera. Lo bastante parecido a ronroneo que producen las aspas de un ventilador girando al ralentí, el sordo rumor se amplificó de manera regular, hasta el punto de llamar por fin la atención de Leroy.

El joven agarró el brazo de Cecilia Bell y el de Kerrick.

—¡Escuchen! —musitó crispado.

Los demás aguzaron el oído y no tardaron en identificar el susurro lejano, cuya causa no era en absoluto natural. Y de golpe el miedo pareció estrangularles porque comprendieron que se hallaban ante un inminente peligro. Espantados exploraron el espacio en dirección Este... ¡Y VIERON!

Al principio no fue más que un simple punto negro, movible, cuyas dimensiones no podían valorarse. Se destacaba sobre un fondo grisáceo y debía moverse con lentitud relativa. Poco a poco, sin embargo, se precisó su forma. ¡No pertenecía a nada conocido!

Rígidos en la balaustrada, casi sin atreverse a respirar, incapaces de articular palabra, los cuatro compañeros seguían el desplazamiento de aquella terrible máquina cuyas verdaderas proporciones empezaban a vislumbrarse. ¿Qué ocultaban los flancos negros de aquella máquina fabulosa, enorme como un transatlántico, totalmente hermética? ¿Qué seres fantásticos la pilotaban y de dónde venían?

El aire vibraba, pero según una vibración lenta, infrasónica, análoga a la que habría provocado el batir de alas de un águila gigantesca. Y, sin embargo, no se habría podido definir de dónde procedía tan pesada pulsación. La colosal astronave que había atravesado los espacios interestelares y que, al presente, sufría la atracción terrestre con facilidad y demostrando que pese a su enorme masa podía maniobrar con agilidad, no poseía ni medios de sustentación ni medios de propulsión visibles. Ninguna hélice, ninguna pala giratoria, ninguna turbina reactora que lanzase torrentes de gas inflamado, nada: un bloque, un bloque ciclópeo en forma de ladrillo, con las aristas redondeadas, con las esquinas planas, sin ninguna abertura, sin ventanas. Y aquella alucinante construcción flotaba por encima del Támesis, derivaba por sobre el puente de la Torre, disminuyendo todavía más la velocidad, inmovilizándose al fin a seiscientos metros de altura de Londres.

De repente, la atmósfera se vio desgarrada por un alarido demencial. Surgiendo del fondo del horizonte, un clamor estridente se amplificó, cayó

sobre la ciudad con rabia grandiosa.

Entonces, Cecilia y los tres hombres creyeron llegada su última hora. Instintivamente se lanzaron al suelo de la terraza, escondiendo la cabeza entre sus brazos^ las orejas tapadas, advirtiendo el origen de la espantosa tempestad.

Una salva de cohetes con la popa brillante, lanzados al asalto por las calculadoras electrónicas encargadas de la defensa de Londres, voló hacia la inmensa astronave para pulverizarla, para convertirla en una nube de moléculas incandescentes.

Como flechas de plata, surcaron el firmamento, directos a su gigantesco blanco. Y todos en lugar de chocar en pleno centro de tan perfecto objetivo, contornearon sus líneas como las olas contornean la proa de una canoa, pero sin rozarlas siquiera. Desorientados, con su cerebro mecánico sometido súbitamente a una impulsión ajena, los cohetes prosiguieron su curso furioso hacia el mar, consumiendo en un trayecto inútil su reserva de carburante.

El espantoso clamor decreció, se extinguió, y de nuevo un silencio de plomo cayó sobre la ciudad.

Con los ojos desorbitados por el horror, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, los cuatro únicos testigos osaron finalmente levantar la cabeza. Después, jadeantes, emprendieron la tarea de ponerse en pie. Con el alma vacía, no comprendieron aún el milagro que les había preservado de una muerte atómica, miraron de nuevo al prodigioso navío anclado en el cielo. Majestuoso, invulnerable, enigmático, el aparato permanecía horizontal, insensible a la loca turbulencia del aire que le rodeaba.

Entonces se produjo otro fenómeno. Kerrick, Leroy, Kertch y la joven notaron que el suelo temblaba. Una especie de fragor acompañó a la oscilación de los muros, y cada uno de ellos tuvo la impresión de que las casas iban a desplomarse. Pero esto no duró ni cinco segundos, después todo quedó en calma. Poco más tarde una nubecita de polvo se alzó lentamente del suelo, diluyéndose por encima de los techos al lado del puente de la Torre.

La palpitación del aire se hizo más fuerte. Seis relámpagos sucesivos produjeron un resplandor fulgurante, pero breve. Sin duda, los cohetes acababan de explotar al tocar la superficie de las aguas, en alguna parte del mar del Norte...

El navío osciló. Se elevó de modo imperceptible, después su movimiento ascensional vertical se aceleró. El paralelepípedo negro adquirió inconcebible velocidad. Al cabo de unos segundos, habiendo adquirido las dimensiones de un aparato terrestre, se perdió entre las nubes.

Atónitos los habitantes del 28 de Crawford Street recuperaron lentamente el uso de sus facultades. Las excesivas emociones que acababan de vivir habían nublado su sentido de la realidad.

Después de algunos minutos, Kerrick pudo por fin pronunciar las siguientes palabras:

—No era más que una expedición de reconocimiento... ¿Qué ocurrirá

ahora?

No podía imaginarse que en el mismo instante la vida renacía en Siberia, que la India entera se despertaba, que centenares de millares de llamadas se entrecruzaban en el éter para señalar el fin súbito de la espantosa epidemia que asoló a los territorios de Oriente. Lo más sorprendente todavía fue que el continente americano no experimentó los efectos de la ola de sopor más que algo menos de una hora. Y el torrente de angustia que había arrollado al mundo se esfumó.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Londres había recuperado su rostro habitual. Los sabios, los periodistas y la comunidad de los mortales se hacían preguntas aún acerca del sensacional acontecimiento, sin poder emitir una opinión fundamentada acerca de las causas del fenómeno sin precedentes.

Un inmenso alivio sucedió al pánico y una atmósfera de alegría reinó en todo el país. Tarde o temprano se lograría resolver aquel enigma, se descubriría un medio de protegerse contra un retorno eventual de esta calamidad. Además, los informes de diversas fuentes señalaban que un reducido número de privilegiados no había sufrido la crisis de sueño, en especial los mineros y las gentes encerradas en locales subterráneos. Eso constituía una base seria para ulteriores investigaciones...

Una cosa, sin embargo, intrigó en sobremanera a los habitantes de un barrio de Londres, de Lambeth, precisamente: durante el transcurso del período de inconsciencia colectiva, un inmueble se había volatilizado literalmente. Un inmueble bien corriente, situado en Tooley Street.

Después de la encuesta los inquilinos de aquella casa fueron considerados como desaparecidos pues ni se encontró rastro de ellos, ni del mobiliario, de los techos o los muros de la mansión.

Cuando llegó a oídos de Kerrick tan singular noticia, no comunicó a ninguna alma viviente la conclusión que se le ocurrió. Con un terror retrospectivo adivinó la suerte que habrían corrido los habitantes del 28 de Crawford Street *cuando allí estaba la barra...* Ni el mismo Chanar, reanimado de su hibernación artificial y libre de sus neuralgias cerebrales, supo el secreto de un día célebre en los anales de la Historia.

Los seres de otro planeta habían juzgado que el precioso documento de metal, caído accidentalmente al suelo tras un naufragio sideral no debía quedar en manos de los seres humanos. Por pura casualidad no habían llegado a sospechar siquiera que el texto completo había sido transferido a una memoria humana excepcional y que el mensaje mismo sería legado después a las generaciones futuras.

A demandas de Spencer, los otros testigos del increíble espectáculo no divulgaron jamás lo que habían visto. De haberlo hecho nadie les hubiera creído. Y puede ser que se les hubiese internado en un manicomio...

Dos días más tarde, «Invisible, S. A.» reabrió las puertas. En el salón de recepción, Cecilia atendió a pie firme al primer cliente. Pero, bajo su aire impersonal, una alegría profunda la llenaba el corazón. Porque en lo concerniente a Paul y a ella, Ursula, la vidente, había visto claro: les esperaba un matrimonio feliz.